El Castillo de las Mariposas

Eliana Ramirez Flores

Capítulo 1

Capítulo 1

Fabricio vivía en Brasil desde hace dos años, trabajaba como profesor en una pequeña escuela enseñando razonamiento matemático. Estaba planificando sus próximas clases, le gustaba hacerlas amenas para que los niños prestaran atención, según su propia experiencia jugando se aprendía más rápido, estaba ensimismado pensando en cómo atraer la atención de sus estudiantes cuando de repente el teléfono sonó.

–Hola mamá –dijo Fabricio animado.

–Fabricio… ¿has hablado con tu hermana en estos días?

–Sí, el domingo.

– ¿Qué te dijo Fernanda?

–No hablamos mucho porque estaba ocupado.

–Fabricio… Fernanda ha desaparecido.

– ¿Cómo que ha desaparecido?

–No sabemos nada de ella desde hace dos días –dijo su madre y su voz sonaba temblorosa.

– ¿No estará con sus amigos?

–No sabemos. Su teléfono suena apagado.

–Tranquila mamá, seguro que ya aparecerá.

Fabricio se acomodó en el sillón a la espera de noticias, sus pensamientos lo agobiaban, "va a aparecer" –se repetía a sí mismo– "las noticias malas llegan rápido, las buenas se demoran, ella tiene que aparecer". Prendió el televisor para distraerse, fue inútil, aunque la película parecía interesante no llegó a captar su atención, él no podía dejar de mirar su celular, vencido por el cansancio se quedó dormido sobre el sillón. En la madrugada el timbre del teléfono lo despertó, su madre le contaba desesperada y con voz llorosa que la policía había encontrado a una joven muerta con el documento de identidad de su hermana, Fabricio sintió que sus cinco sentidos se despertaban, su padre se estaba alistando para ir a la morgue a reconocer el cuerpo, su madre no dejaba de llorar, trató de

calmarla, prometió que regresaría a casa lo más pronto posible.

Fabricio cogió el primer vuelo que pudo, cuando llegó a la ciudad gris le confirmaron la mala noticia, Fernanda estaba muerta. En el velorio, permaneció despierto toda la noche, su madre se había quedado dormida ayudada de un tranquilizante que el médico de cabecera le había recetado, su padre permanecía sentado con los lentes negros sin poder disimular las lágrimas gruesas que le caían por sus mejillas. Al día siguiente en la iglesia, se celebró una misa en honor a su hermana, él mostraba su rostro imperturbable, sus ojos hinchados estaban a salvo debajo de las gafas negras, en esos momentos deseaba no ser observado, era imposible pasar desapercibido, su estatura alta lo delataba, cada vez que algún conocido se acercaba a decirle sus condolencias, él decía gracias y se mostraba poco dispuesto a hablar. Cuando la misa finalizo él se ofreció de voluntario para ser testigo de la incineración, ese fue el único momento que la vio, sus labios estaban morados y su tez estaba pálida. Regresaron a casa con las cenizas de Fernanda en un cofre, sus padres preferían mantener las cenizas en casa, él quería esparcirlas en el mar o en algún riachuelo, le parecía que era una forma honorable de despedirse de ella. En el acta de defunción se leía como causa de la muerte "suicidio" y como fecha de fallecimiento el trece de setiembre, ella había presentado síntomas de depresión, en los últimos días había estado taciturna, pensaron que era cansancio, el trabajo y su maestría le ocupaban todo su tiempo, nadie hubiera podido imaginar que Fernanda tomaría una decisión de tal calibre, sus padres estaban destrozados. En los pocos días que Fabricio permaneció en casa, la ausencia de ella era notoria, estaba enfadado con ella por tomar una decisión tan determinante sin pensar en los demás y consigo mismo por no darse cuenta, sintió que no era una buena compañía para sus padres, decidió que lo mejor que podía hacer era distraer su mente, ordenó todo para volver a Brasil, su vuelo salió en la madrugada, estaba tan cansado que se quedó dormido ni bien se colocó el cinturón de seguridad.

En Brasil muchos de sus amigos que sabían lo sucedido quisieron preguntarle por su estado de ánimo, él se mostraba esquivo, se concentró en su trabajo, faltaba poco para que acabe el año escolar, tenía que adelantar para cumplir con el programa, diseñar los exámenes que faltaban y pasar registros. En diciembre ya no pudo distraerse más, ya había cumplido con sus obligaciones, las aulas del colegio comenzaban a decorase con motivo a la navidad y él sentía que debía estar en casa.

Regresó a la ciudad gris faltando dos días para la navidad, desde la desaparición de Fernanda habían pasado casi cuatro meses, su madre aún vestía de negro, su padre no vestía de negro, pero todas sus ropas eran oscuras, él no decía mucho en esos días. En noche buena, ellos cenaron temprano un cafecito acompañado de panes con mantequilla, después de

la cena su madre se entretenía leyendo periódicos y su padre miraba un documental sobre los incas. Alrededor de las 9 de la noche, Fabricio salió a caminar, las calles estaban todas coloridas, se podían observar juegos artificiales interrumpiendo la negrura del cielo, un grupo de niños jugaban en el parque, vigilados muy de cerca por sus familiares. Al regresar a casa encontró que todas las luces estaban apagadas, el silencio de aquella navidad le hacía recordar al año en que su abuelo murió, ese año tampoco se quedaron despiertos hasta la medianoche, aunque Fernanda había decorado la casa. Se quedó dormido mientras pensaba que por lo menos debió armar el árbol de navidad.

Los lamentos de su madre se escuchaban varias veces, ella no dejaba de contar anécdotas de Fernanda, "Cuando ella tenía tres años le gustaba subir sobre la mesa, sobre el espaldar del sillón, era muy traviesa", también se escuchaban sus protestas "ella quería vivir ¿Por qué lo haría?" era una frase que repetía su madre, luego suspiraba y decía resignada: "No dejo ni una carta de despedida".

Debía de haber una carta de despedida, pensaba él una y otra vez. Aunque la idea no le gustaba entró a la habitación de Fernanda y comenzó a hurgar entre sus pertenencias, debajo de la cama había una caja llena de varios libros, tiró los libros sobre la cama. Eran textos académicos y manuales. Buscó la carta entre las copias, tenía la esperanza que estuviera escondida dentro de algún libro, no encontró nada. Se acercó al armario toda la ropa colgada estaba envuelta en plásticos, en el piso cerca a sus zapatos encontró su cartera y dentro de esta una pequeña agenda, empezó a mirar los quehaceres diarios, mientras leía le pareció que algo no cuadraba, en la semana posterior a su muerte Fernanda se había programada clases de equitación, había una factura arrugada por el pago de un mes. Las dudas lo asaltaron, no tenía lógica ¿Cómo alguien que planea suicidarse se matricula en un curso?

En la segunda semana de enero, Fabricio entró a la comisaria, hasta la fecha, no había sido capaz de preguntar por los detalles. Las oficinas eran pequeñas, en cada una podían entrar como máximo tres personas, aparte de las dos que atendían, la bodega era el único ambiente de tamaño mediano, ahí sacaban fotocopias, cincuenta céntimos cada una. Su polo estaba empapado de sudor por el calor excesivo que parecía incrementarse en aquellos ambientes tan pequeños. Hizo colas para ser atendido de un lado a otro, el policía que recibió su solicitud parecía aburrido, era de estatura promedio y mostraba una panza abultada, cuando aquel policía hablaba no formulaba bien las palabras y su voz ronca hacia dificultoso su entendimiento, aumentando la irritación de Fabricio. Después de una semana, por fin obtuvo el informe del hallazgo del cadáver de su hermana. En el informe decía que ella había saltado de un puente, a que distancia fue encontrada, en qué posición y como quedo

su cuerpo después del impacto.

Con la copia en mano Fabricio quiso abrir una investigación, explicó a la policía que era posible que su hermana no hubiera acabado con su vida, intentó mostrar la factura de su clase de equitación como prueba.

–Joven de nada sirve que me muestre su boleta, en esta sede no podemos atender su solicitud –dijo el policía sin dar importancia a las conclusiones de Fabricio.

– ¿En qué sede pueden atender mi solicitud? –preguntó Fabricio frustrado.

Fabricio caminaba pensativo, la rapidez de la policía había hecho que un simple informe se demorará en llegar una semana, un caso de investigación cuánto duraría, resignado concluyó que si quería una investigación debía ser privada. Buscó en la guía telefónica y llamó al primer detective que aparecía en la lista, hizo una cita para el día siguiente. Llegó a la oficina a la hora exacta, la secretaria le pidió que esperara, el detective estaba en una reunión, se acomodó en el sillón y miró las revistas que estaban en la mesa. Después de diecisiete minutos la puerta de la oficina se abrió, el detective era un hombre gordo, de estatura promedio y rondaba los cuarenta y pico. Escuchó sin interrumpir a Fabricio, luego de unos minutos de silencio mientras el detective miraba el acta de defunción de Fernanda, respondió que no podía investigar, debido al tiempo transcurrido, ya eran más de tres meses, y a la falta de pruebas. Fabricio insistió, necesitaba saber que había ocurrido, el dinero no importaba porque disponía de sus ahorros y cuándo estos se terminen, pues se encargaría de conseguir más. El detective se mostró resuelto a no iniciar la investigación, estaba seguro que ningún detective podría ayudarlo sin tener más que un indicio mínimo y por ello le recomendó a alguien especial, no tenía un número pero si una dirección.

Capítulo 2

Leonardo vivía en un distrito bullicioso, las paredes de las calles eran sucias y estaban pintarrajeadas con graffiti. Su edificio se situaba en una calle principal, los buses pasaban varias veces al día y las bocinas de los autos se escuchaban a través de la ventana. A Leonardo le gustaba su barrio, disfrutaba del hecho de poder estar tranquilo, sus viejas amistades se habían alejado desde su cambio de domicilio de un departamento de San Isidro al barrio mal oliente en el que ahora vivía, cuyo nombre no recordaban. Leonardo cubría sus necesidades básicas aprovechando su don, él podía pintar a extraños a través de la energía que dejaban en los objetos. Por sus aciertos en investigaciones anteriores se había ganado una buena reputación entre los investigadores del medio, ellos le pasaban algunos casos, los clientes no le sobraban pero tampoco le faltaban. Por lo general llegaban hacia él casos de robos, cuyas víctimas eran señoras de bolsillos holgados que buscaban recuperar a toda costa la joya heredada de la bisabuela. Eran casos fáciles de resolver, con solo estar en la casa robada y tocar algunos objetos como los pomos de las puertas, pintaba los retratos de los ladrones, luego la policía u otro investigador privado se encargaban de continuar con la captura de los delincuentes.

Un martes en la mañana, Leonardo dormía inmerso en un sueño profundo, boca abajo. Dentro de su sueño escuchaba a lo lejos el golpe de la puerta, al inicio lo ignoró, el ruido continúo y se hizo intolerable. Leonardo despertó miró el reloj nueve de la mañana, tocaban la puerta sin tregua.

– ¡Ya va! –Gritó Leonardo, mientras se ponía un short, tenía la costumbre de dormir desnudo en verano.

Al abrir la puerta se encontró con un joven alto y de contextura gruesa, este se presentó como Fabricio. Explicó que le habían recomendado sus servicios como investigador. Leonardo se hizo a un lado y lo dejo pasar. Le indicó una silla donde podía sentarse, le pidió que lo esperara y se metió al baño, se amaró el cabello en una cola, se lavó la cara y los dientes. Fue por un polo al armario, al abrirlo se pudo ver una pila de ropas coloridas, él escogió una de las que estaba en la cima. Era un cuarto grande, en un rincón estaba la cama al lado de la única ventana de la habitación, el baño estaba cerca de la cama. Las frazadas, la ropa, todo estaba revuelto y había algunas medias tiradas en el suelo muy cerca de la cama.

Leonardo acomodó otra silla cerca de Fabricio y se sentó.

– ¿Qué necesitas? –preguntó.

–Necesito… estoy aquí porque necesito que investigues el caso de mi

hermana.

– ¿Qué pasó con tu hermana?

–Ella se suicidó, no en realidad creo que no se suicidó…. Fernanda, tenía veintidós años, ella siempre fue muy risueña, tal vez era un poco solitaria, pero no creo que haya sido capaz de… –guardó silencio por un momento, su voz temblaba–. Ella era muy organizada, siempre dedicó tiempo a sus intereses, le gustaba tocar el piano, practicaba casi todos los días y lo hacía muy bien…

– ¿Cuál es tu duda?

–Encontré esto –Fabricio sacó un recibo arrugado de su bolsillo– Mi hermana murió una semana antes de que comience su curso de equitación. No tiene sentido…

–Ese recibo ¿dónde estaba?

–En su agenda.

– ¿Ella llevaba su agenda el día que falleció?

–Sí, el día que falleció la agenda estaba dentro de su bolso.

–Un momento –dijo Leonardo. Acomodó un lienzo hacia la luz que entraba por la ventana y pidió a Fabricio que le prestara el recibo, prendió la radio, la música clásica se escuchaba a todo volumen, Fabricio guardó silencio y pensaba ¿qué hacía ahí? ¿Cómo ese tipo que le abrió la puerta, semidesnudo, podía ayudarlo?

Después de algunos minutos, Leonardo bajó el volumen a la radio y dijo:
– Tenías razón, tu hermana no se suicidó.

– ¿Cómo lo puedes afirmar?, yo no creo en estas cosas de los videntes, necesito pruebas.

–Espera un momento que ya termino –dijo Leonardo mientras mezclaba las pinturas. Fabricio entró al baño, no dejaba de sentirse algo inquieto en que estaba pensando al venir. "Es absurdo", se decía.

–Puedo ayudarte a encontrar pruebas –dijo Leonardo. Volteó su lienzo y mostró la pintura, en ella se podía apreciar a Fernanda encima de un puente.

Fabricio observó en silencio por un momento.

–No dije nada sobre el puente, eso te lo pudo contar cualquiera, además esto prueba que ella saltó.

–No, esto prueba que Fernanda no estaba sola en el puente. Mira aquí –dijo señalando la pintura, una mancha negra se revelaba–, esta sombra le pertenece a alguien. Además mira la expresión del rostro de tu hermana.

–Ella sonríe –dijo Fabricio–. Nadie que piense en quitarse la vida puede sonreír así.

–Exacto.

–Entonces alguien estaba con ella ¿crees que él le hizo daño?

–Esto es todo lo que tienes, si quieres seguir son seiscientos dólares al mes.

Fabricio se quedó mirando el cuadro, recordando a su hermana, como era cuando hablaba con ella, gracias a sus conversaciones, él en Brasil, se enteraba de los últimos chismes familiares, ella siempre reía o por lo menos lo aparentaba después de escuchar sus bromas.

Leonardo esperaba la respuesta de Fabricio, si aceptaba o no la oferta, como Fabricio parecía pensativo, decidió interrumpir su distracción: –Mi servicio consiste en pintar cuadros mientras encuentre material. El material es la energía de Fernanda que sea posible percibir, la energía se puede encontrar en sus pertenencias, en sus amigos, en su familia, en fin en su vida –Guardó silencio por unos minutos y agregó– El costo por mis servicios es el mismo que pide un detective tradicional y es al contado.

Fabricio aceptó el trato, se despidieron y salió de la casa de prisa. Leonardo se quedó en su dormitorio, "¿en que estaba pensando?", se preguntó. Ni bien escuchó la palabra suicidio debió decir que no aceptaba el caso. Su don, su maldición, tenía que ser responsable. Se quitó el polo y el short miró el reloj y se metió en la cama a continuar con la siesta.

Capítulo 3

En la primera semana de febrero se inició la investigación. Fabricio se reunió con Leonardo en su departamento y le entregó las cosas que su hermana llevaba con ella el día de su muerte: su cartera y su billetera. El celular de Fernanda se había roto y lo habían tirado a la basura, la ropa que vestía nunca fue entregada por la morgue, también debió terminar en el tacho de basura. Leonardo cogió la billetera y la cartera para llenarse de energía y pintó un cuadro muy parecido al que ya tenía: Fernanda en el puente.

– ¿Por qué no tiene rostro? –preguntaba Fabricio apuntando a la sombra.

–Porque su presencia está siendo proyectada a través de la energía de Fernanda, esa sombra por ahora es un fantasma.

–Es lógico asumir que esa sonrisa significa que ella debió conocer al fantasma.

Leonardo asintió y mencionó: –Debemos comenzar a investigar a los posibles sospechosos.

– ¿Quiénes son los posibles sospechosos? –preguntó Fabricio.

–Haz una lista de las personas con las que Fernanda tuvo algún problema.

Fabricio se quedó largo rato en silencio pensando en alguien a quien podía poner en la lista. Después de un buen rato negó con la cabeza.

– ¿No sospechas de nadie? –preguntó Leonardo con suspicacia.

–No, si la hubieras conocido me entenderías, no creo que nadie de su entorno haya querido hacerle daño. Fernanda nunca se metía con nadie ni siquiera le gustaba hablar mal de otras personas.

–Está claro que si no existen sospechosos… debemos buscarlos. Se tiene que investigar a todos los contactos de Fernanda y debemos comenzar por los más cercanos.

–Tiene lógica –respondió Fabricio.

–De acuerdo ¿Cuándo me presentas a tu familia?

– ¿Por qué? ¿Crees que el fantasma está entre ellos? –preguntó Fabricio

indignado.

–No creo nada, en los casos que trabajé descubrí que los culpables pertenecían al propio entorno de la víctima.

Fabricio se mostraba algo molesto ante la idea de investigar a su propia familia pero lo mejor era no dejar cabos sueltos.

–De acuerdo, te presentaré a mi familia, pero eso será el veintidós habrá un evento familiar, mientras tanto podemos investigar a otros contactos.

–Claro –respondió Leonardo– podemos investigar a sus amigos más cercanos, a sus compañeros de colegio, de la universidad o del trabajo.

Desde su regreso de Brasil, Fabricio se había sentido algo incómodo con la amabilidad excesiva de los demás, estaba seguro que era por lastima, muchos conocidos lo saludaron como si fueran amigos de toda la vida. Por fin podía sacarle provecho a esa incomodidad, era el momento en que la lástima abriera puertas. Fabricio logró contactar con las ex parejas de su hermana, que no eran muchos, pues a Fernanda le gustaba mantener relaciones largas. Pudo contactar con sus amigos de la universidad y del trabajo. En los días siguientes se los presentó a Leonardo. Después de conocerlos, Leonardo volvía a casa y pintaba una nueva imagen. Fernanda mostraba su sonrisa pocas veces, su mirada era fija y engañaba, parecía ser el rostro de alguien serio, pero los hoyuelos que se dibujaban en sus mejillas revelaban una sonrisa escondida sin resplandecer. La pintó saliendo de compras, saludando, sentada frente a la computadora en su oficina, en el parque, eran cuadros de su vida diaria. El fantasma no estaba entre ellos.

El sábado 22 de febrero era el cumpleaños de Fernanda, se había organizado una misa por ese día tan especial y la mayoría de los familiares habían confirmado su asistencia. La misa se realizó a las seis de la tarde. Leonardo llegó cinco minutos antes de que la misa terminará, lo hizo a propósito porque no le gustaba estar en medio de grupos grandes. La mayoría de los asistentes vestían de manera formal, él desentonaba porque usaba un pantalón suelto algo viejo y roto, un polo desteñido y arrugado y su cabello estaba húmedo amarrado en una cola. Fabricio presentó a sus padres a Leonardo como un amigo de Fernanda, ambos mostraron intención de querer conversar con él, pero fueron interrumpidos por el cura, quien los entretuvo hablándoles sobre la etapa del duelo, Leonardo aprovechó el momento para saludar al cura y estrechar sus manos. La familia de Fabricio era numerosa, Leonardo estrechó las manos de cada uno de ellos y de algunos conocidos, al saludar resaltaba lo especial que era Fernanda. Intentó irse sin que nadie se diera cuenta, pero fue inútil, su apariencia lo traicionó y antes de poder decir “no gracias” ya estaba cenando con la familia de Fabricio en la casa de la abuela. Esa noche cenó espagueti en salsa roja, en la sala habían

juntado varias mesas de modo que todos los invitados podían comer a sus anchas, las risas y las bromas se escucharon en la mesa, fue una noche agradable y calurosa.

Leonardo llegó a su cuarto casi por la media noche, se quedó pintando hasta las dos de la mañana. Fabricio fue temprano a la casa de Leonardo, quería ver las nuevas pinturas, en ninguna aparecía el fantasma, ni siquiera su sombra, sentía alivio al ver que nadie de los amigos cercanos de su hermana la había traicionado, el hecho de que su familia era inocente él ya lo sabía, tenía la suerte de pertenecer a una familia grande y unida. "¿Que debían hacer?", se preguntaba, dónde podían encontrar la identidad del fantasma.

–Fernanda murió hace más de cuatro meses, será difícil encontrar al fantasma –dijo Leonardo– es normal que tome tiempo.

–Eso lo entiendo, pero si el dueño de la sombra se esconde será imposible hallarlo –respondió Fabricio.

–También lo he pensado… considero que debemos poner una fecha límite a esta investigación.

–Y dejar que el culpable no pague las consecuencias.

–No soy un mago, no puedo hacer imposibles si en seis meses no aparece una pista, esta investigación se cierra.

–Antes de seis meses, atraparemos al fantasma.

Fabricio se sentía impotente, tenía que haber una forma de hallar al fantasma, una forma más rápida, el fantasma debía pagar, se quedó mirando los cuadros de Fernanda, Leonardo los había acomodado cerca de la ventana, su mirada se concentró en el cuadro del parque.

Cuando regresaba de vacaciones, Fabricio trataba de sacarles el mayor provecho, dividía sus días entre sus amigos y su familia, siempre estaba ocupado, y hacia lo posible por volver a casa a la hora del almuerzo, la comida de casa se vuelve un tesoro invaluable cuando ya no la tienes a tu alcance. Al regresar pasaba por el parque, las bancas de madera rotas eran la causa por el que el parque le gustaba más, obligaba a quienes iban a sentarse en el pasto o por el pasillo de cemento. Entre los árboles, media dormida encontraba a Fernanda, recostada en el pasto sobre una manta, él se acercaba, y trataba de sorprenderla haciendo mucha bulla, no servía, su hermana sabía mantener un estado de calma imperturbable. Se quedaba un rato, con la intención de convencerla de ir a almorzar en familia, ella decía cinco minutos más, al final Fabricio terminaba sentado

con la espalda apoyada en el árbol, luego de un rato ella al fin se levantaba y guardaba la manta doblada llena de hojas secas y pastos, caminaban a casa, eran unos quince pasos y ya.

Un bocinazo interrumpió su ensimismamiento, calculó que debían ser alrededor de las once de la mañana, a esa hora no debería haber tráfico, miró por la ventana, los autos estaban atorados en la avenida, debió haber algún accidente, manifestación o tal vez fallas técnicas de un vehículo, pensó Fabricio. Leonardo se acercó y cerró la ventana, se acomodó en la mesa y se sirvió un vaso de agua de una jarra de vidrio, Fabricio se sentó a su frente y le dijo que ya sabía cómo podían hallar al fantasma más rápido.

– ¿Cómo? –preguntó Leonardo.

–Puedes seguir la energía de mi hermana a través de objetos y personas ¿tiene sentido que también la puedas seguir a través de sus lugares favoritos?

–Es diferente, los objetos son pertenencias de ella que estuvieron en sus manos, las personas se encariñaron con ella, los lugares no tienen nada, son inertes.

–Puedes intentarlo, podemos ir a un lugar de ella.

El vecindario de Fabricio estaba lleno de bicicletas y patines porque cerca había una ciclovía que los chicos sabían aprovechar. Era una tarde fresca, Fabricio dirigió a Leonardo hacia el par de árboles que conocía de memoria.

Leonardo tocó los árboles, se sentó al lado de ellos, mantuvo la agenda de Fernanda en sus bolsillos, quería dejar el mensaje a su subconsciente de que se concentrara en buscar la energía de ella. Permanecieron un buen rato en el parque. Regresó a su cuarto exhausto, se había mantenido concentrado demasiado tiempo, quedó en llamar en caso de que el fantasma apareciera de nuevo en la pintura. Quería pintar, pero se sentía cansado y con hambre, el día anterior solo había comido un sándwich, hoy necesitaba algo más consistente, salió de casa y se metió en el primer restaurante que encontró en cuyos olores no resaltaban los condimentos, odiaba que el olor de los condimentos se pegará en su ropa. Almorzó lento, disfrutando cada bocado, después regresó a casa y tomó una pequeña siesta para ordenar su mente. Al despertar, se sentó al lado de la ventana, aprovechando los últimos rayos del sol. Se demoró un poco más de lo normal pintando, la música clásica sonaba a todo volumen, se concentró en identificar el ruido del violín.

En el cuadro Fernanda caminaba en dirección hacia los árboles, a pocos pasos de ella el fantasma estaba sentado sobre un tronco, pero no

consiguió pintar su rostro. Por la distancia entre ellos pudo deducir que en ese entonces aún no se conocían.

Leonardo llamó por teléfono a Fabricio, le contó sobre el nuevo cuadro, acordaron encontrarse más tarde. Fabricio se sintió muy animado había resultado, pronto vería el rostro del fantasma, solo tenía un lugar en su mente, irían en la noche, no quería que nadie los interrumpa.

Leonardo contaba con un par de horas libres antes del encuentro, deseaba tener la mente fresca sin pensamientos que lo distrajeran, tomó un poco de vino para relajarse y acomodó los objetos de Fernanda a su alrededor, prendió una vela y mantuvo su mirada fija en la pequeña llama. Cuando al fin sintió que su mente estaba en calma, miró por unos minutos la primera pintura, aquella del puente, el timbre sonó y él bajo las gradas. Fabricio había contratado a un taxista, quien emprendió rumbo hacia las afueras de la ciudad.

Era de noche, las luces de los postes ayudaban a distinguir el puente ubicado al frente de la carretera, unía dos cerros, antes pasaba un rio en medio de estos, del cual no quedaba rastro. El camino más largo para subir era por el lado derecho, iniciaba por una pradera que quedaba a cinco cuadras y el camino más corto, estaba frente suyo, era por la izquierda, por el cerro más pequeño, al que habían puesto gradas.

–Todavía no he subido al puente –mencionó Fabricio en voz baja.

–Puedes esperar, estaré poco tiempo en la cima –dijo Leonardo.

"No dejes para mañana lo que puedes hacer hoy", le decía el abuelo a Fabricio, quien determinado se acercó a las gradas y comenzó a subir. El viento soplaba con poca fuerza, el clima estaba cálido. El puente estaba hecho a base de piedra, era un diseño simple, había sido construido por un grupo de campesinos hace muchos años cuando había en los alrededores de la capital haciendas prosperas de las cuales ya no quedaba rastro. Desde el puente él miraba el paisaje, las luces mostraban la ciudad, era una vista agradable.

En el certificado de defunción figuraba que Fernanda había muerto en la mañana. El fantasma debió empujarla mientras ella contemplaba el cielo. Según la imagen que había pintado, Leonardo calculó el lugar donde el fantasma estuvo parado y permaneció allí durante cinco minutos.

A pesar de ser muy tarde y de estar muy cansados, Leonardo y Fabricio fueron al cuarto de Leonardo. Fabricio se mostraba algo turbado. Leonardo prendió la radio, la música clásica se escuchaba a un volumen moderado, cogió un par de cervezas de la refrigeradora y ofreció una a Fabricio. Se tomó la cerveza de porrazo y se sentó frente al lienzo blanco, que ya lo esperaba al lado de la ventana, y trató de concentrarse en la

música. Fabricio se acomodó en una silla, bebió la cerveza con cierta rapidez y mantuvo su mente ocupada leyendo un periódico del día anterior que había comprado en el quiosco cerca de su casa. No lograba centrarse en ninguna noticia su ansiedad lo sobrepasaba, miraba su reloj a cada rato, le parecía que habían pasado horas, pero en realidad fueron cuarenta y dos minutos cuando Leonardo le indicó que finalizó la pintura, Fabricio se acercó con rapidez al cuadro y pudo ver el rostro del fantasma, él los miraba desafiante.

Capítulo 4

Leonardo observaba el rostro del fantasma, cabello negro y corto, ojos grandes, pestañas largas y piel clara. Cogió un nuevo lienzo y se concentró en ampliar el rostro del fantasma. Mientras tomaba un vaso de agua pensaba en que no debió aceptar el caso, ahora era demasiado tarde, ya se había involucrado, no estaría en esa situación si nunca hubiera aceptado el primer trabajo.

Leonardo acababa de instalarse en su dormitorio de la calle bulliciosa, necesitaba un trabajo con suma urgencia, uno de sus amigos le recomendó que revise la bolsa de trabajo de la policía, había uno que se ajustaba a su perfil, era un trabajo por horas de buena paga que consistía en hacer retratos de los cuerpos hallados sin identificación para difundirlos en la televisión, en los periódicos y en las revistas con el fin de facilitar el reconocimiento de los fallecidos a los parientes.

La primera vez que Leonardo fue a trabajar, un joven oficial lo llevó en un patrullero a un hotel. Leonardo tenía su primer cliente, esa mañana, se había denunciado el hallazgo del cadáver de una joven. Al llegar él sintió que pertenecía a la zona vip, mientras él entraba al hotel sin inconvenientes, los periodistas eran impedidos de ingresar por un grupo de policías. El hotel era pequeño, su pintura estaba afectada por la humedad, se caía a pedacitos, su decoración era llamativa, objetos presuntuosos y de baja calidad. Solo estaban dos empleados presentes, el recepcionista y el de limpieza. El oficial escoltó a Leonardo hasta una de los dormitorios que estaba en el cuarto piso, antes de entrar le advirtió que no hiciera preguntas, que solo se limitará a dibujar.

En la habitación del hotel, Leonardo atónito observaba a la joven que había sido asesinada, ella estaba desnuda, en la cama, con sus brazos y sus piernas estiradas, cada extremidad estaba atada a una pata de la cama, "quien lo haya hecho debió conocerla" decía un policía. Al percatarse de la presencia de Leonardo, el oficial al mando preguntó por la sábana que había pedido, después de unos minutos, un joven de traje cubrió el cuerpo. Leonardo se concentró en dibujar el rostro de la difunta, ella tenía las facciones delicadas, fue fácil retratarla. Entregó el retrato a un oficial, quien se encargaría de proporcionarlo a los periodistas.

"Lo que tenía que ocurrir, ocurrió", se dijo Leonardo, debía enfocarse, si encontraban al fantasma él caso se cerraba. En el sistema de identificación estaban las fotos de los rostros de todos los ciudadanos de la capital. Llamó a un viejo conocido que trabajaba en el área de sistemas de la policía para solicitarle que cotejará el rostro del fantasma con la base de datos. La solicitud tendría que esperar, su contacto le informó que el sistema de reconocimiento facial había tenido problemas con el permiso, al parecer la institución no había pagado la licencia, por lo tanto no se

podía acceder al sistema.

–Siempre puedes confiar en la eficiencia de la policía –dijo Fabricio con ironía.

Después de 4 días, su contacto indicó que no hubo coincidencia con alguna persona que haya sido sospechoso o culpable de algún crimen. También señaló que al cotejarlo con la base de datos de la ciudad se encontró con más de diez mil coincidencias, puesto que la búsqueda era en base de un dibujo y no de una huella digital. Ahora tenían un rostro sin nombre. Fabricio no le dio importancia él ya lo veía venir. "Siempre ubícate en el peor escenario" le había dicho su abuelo.

–Si preguntamos a las amistades de Fernanda, de repente alguno de ellos conoció al fantasma –dijo Fabricio.

–No, si alguno de ellos lo hubiera conocido, la sombra del fantasma se hubiera proyectado en los cuadros –refutó Leonardo.

–De acuerdo, entonces preguntemos en el parque a los visitantes frecuentes como los niños y los vecinos antiguos.

Aquel lunes, anduvieron por el parque con el retrato del fantasma en mano. En la tarde los niños ya habían salido del colegio y jugaban con la pelota o la bicicleta. Algunos abuelos llevaban a sus nietos a jugar en los rodadores o en el subibaja. Ya en la noche, el parque se llenaba de parejas. Preguntaron varias veces por el fantasma, la respuesta que se repetía era: "de tantos rostros es imposible recordar uno en particular". El martes regresaron al parque, cansados de las respuestas negativas comenzaron a preguntar en las calles del vecindario. Obtuvieron el mismo resultado, el rostro del fantasma no era reconocido por nadie.

Durante la noche Leonardo no podía conciliar el sueño, tenía un problema de insomnio, resignado prendió la luz y se acomodó para pintar, era la única manera de vaciar su mente, sintonizó a Chopin para que lo acompañara. Después de pintar, mientras Chopin aún sonaba, él ya dormía. Despertó en la madrugada, al contemplar el cuadro observó a Fernanda y al fantasma caminando con cierta proximidad, por sus miradas y sus gestos, se podía deducir que ellos ya se conocían.

–Se conocieron en mi vecindario –dijo Fabricio.

–Sí, está claro que se conocieron en tu vecindario y además está claro que él tenía planeado conocerla –respondió Leonardo.

–Él sabía la rutina de mi hermana.

–Sí, él debió verla en el parque y luego la acechó.

–La ciudad es demasiado grande, el tráfico es un caos, ¿Cómo vigilar a otra persona? ¿Cómo conocer su rutina? –dijo Fabricio más para él mismo que para Leonardo.

–El fantasma debió estar próximo a ella, tal vez se la pasaba todos los días cerca del parque.

–Tiene sentido, pero si él se hubiera quedado en el parque demasiado tiempo el serenazgo hubiera sospechado de su presencia, además si él hubiera estado vigilando por el parque los vecinos lo recordarían.

– ¿Qué quieres decir? –preguntó Leonardo intrigado.

–Que para observar a alguien se necesita una vista panorámica, para ver cuando sale de casa y hacía que calle camina ¿Tiene sentido asumir que él debió vivir cerca de mi casa?

–Sí –respondió Leonardo mirando los cuadros.

Fabricio con la ayuda de un mapa estableció los posibles puntos, desde los cuales el fantasma pudo vigilar a Fernanda. Utilizó como referencia su propio domicilio familiar. Estaba seguro de que el fantasma debía ser un vecino reciente, ya que nadie parecía recordar su rostro. Decidieron que lo mejor era preguntar en las propiedades con departamentos o habitaciones en alquiler. Después de algunos días, su retrato fue reconocido por un señor que hacia la limpieza en las instalaciones de un pequeño edificio de seis pisos. Él refirió que en el último piso vivía, en uno de los cuartos, un joven llamado Luis, no recordaba su apellido. Se había mudado hace meses atrás.

– ¿Cuándo viene la dueña? –preguntó Leonardo.

–La señora pasa por el edificio todas las tardes a las seis –respondió el señor de limpieza, mientras baldeaba el garaje.

Esa misma tarde, Leonardo y Fabricio se presentaron a la dueña del edificio, Fabricio como un antiguo vecino del barrio y Leonardo como un pintor, le preguntaron por Luis, su inquilino, y le mostraron a la señora el retrato del fantasma.

–Él es un joven muy amable –dijo la señora al reconocer a su inquilino–, estaba saliendo del supermercado con mis bolsas que se me caían cuando él se ofreció a ayudarme. Me acompañó hasta mi carro. Fue una casualidad que justo buscaba una habitación, pagaba puntual. Es una pena que a los tres meses tuviera que mudarse…

"Se fue del barrio en setiembre" –pensó Fabricio– "después de destruir a mi familia".

– ¿Sabe dónde podemos encontrarlo? –preguntó Leonardo.

– ¿Para qué lo busca? –preguntó la casera mirándolo con desconfianza.

–Es por el retrato –explicó Leonardo–, lo hice por contrato, ya está pagado y falta entregarlo.

La casera no estaba muy predispuesta a dar información sobre su maravilloso inquilino.

–Es importante para mi amigo –dijo Fabricio– mantener una buena reputación como artista que cumple con sus clientes.

La señora observó a Fabricio de pies a cabeza, conocía a su familia de vista y sabía los detalles de la tragedia.

–Desconozco donde vive el joven, pero pueden regresar mañana y pedirle a Braulio –dijo señalando al señor que limpiaba– el número del celular.

La mañana comenzaba calurosa, Leonardo llegó temprano al pequeño edificio, la puerta estaba abierta. Encontró a Braulio en la azotea, estaba distraído trapeando, se sorprendió al ver a Leonardo porque por lo general no entraban desconocidos al edificio a menos que él les abriera la puerta, cogió una pequeña franela que colgaba de su bolsillo del pantalón y se secó las manos. Saludó a Leonardo y le pidió que lo esperará, entró a un cuarto pequeño que parecía ser una especie de almacén. Leonardo se acercó a la baranda y comprobó que se podía ver la casa de Fernanda, el parque y las calles colindantes. Braulio se estaba demorando por el ruido que hacia parecía que estaba removiendo los objetos del cuartito. Luego de un rato, salió y le entregó un sobre manila, el cual contenía una copia del contrato. Leonardo agradeció por la información y salió de ahí

mientras Braulio retomaba sus quehaceres.

Al llegar a su habitación, Leonardo prendió la radio, volumen alto, sintonizó Jazz clásico. Cogió una cerveza y se la tomó rápido. Acomodó un nuevo lienzo y pintó, el fantasma era el protagonista, él estaba en la azotea, tenía los binoculares puestos.

En la copia del contrato figuraba el nombre de Luis Pérez, un DNI y un número de celular.

–Ya tenemos su nombre –dijo Leonardo optimista, imaginando que pronto podría concluir con la investigación.

–Al final la casera nos dio más de lo que esperábamos –dijo Fabricio– ¿Cuándo obtendremos su dirección?

–Mañana, ya solicité un reporte de su DNI.

Esperaron el reporte desde las ocho de la mañana, Leonardo revisaba a cada rato su bandeja del correo electrónico. Fabricio miraba una y otra vez los cuadros, cansado de caminar se quedó quieto al lado de la ventana mirando hacia la calle, no había muchos transeúntes. A las once recibieron el reporte, al observarlo se llevaron una decepción el documento identificaba a Luis Pérez, quien vivía en el extranjero desde hace años, un jubilado con abundante barba, no correspondía a la imagen del fantasma.

– ¿La casera nos entregó otro contrato por error? –preguntó Fabricio.

–No, Braulio dijo que se llamaba Luis y ambos lo reconocieron.

–Entonces el hijo de puta ocultó su nombre.

Leonardo solo se limitó a asentir resignado.

–Tiene sentido la casera hizo un contrato simple entre ambos y él aprovechó la oportunidad.

El número de celular no estaba activo. Leonardo solicitó a su amigo del área de informática de la policía que consulte el nombre de Luis Pérez en la base de datos de la capital, se encontró a más de doscientas personas

con el mismo nombre cuyas edades estaban entre veinte y cuarenta años. Al cotejar sus rostros con el retrato del fantasma hubo varias coincidencias, Fabricio se dio el trabajo de mirar cada foto para buscar al fantasma, no lo encontró.

Un agotado Leonardo tomó una ducha fría, hacía calor por lo que se quedó en calzoncillos. La invalidez del contrato le daba la sensación de que el fantasma se burlaba de él. Desanimado decidió ordenar sus frascos de pintura, el sobre de manila que contenía el contrato aún descansaba sobre su estante, lo cogió y lo rompió a la mitad, pensaba tirarlo al tacho de basura, pero mientras lo rompía un objeto cayó al suelo, era una pulsera pequeña y delgada. "Alguna de las inquilinas perdió su pulsera mientras colgaba la ropa", pensó Leonardo. Examinar la pulsera, le parecía una pérdida de tiempo pero necesitaba distraerse mientras esperaba la respuesta de las empresas telefónicas con respecto al número del celular. La pulsera estaba empolvada, era una buena condición, tal vez aún mantenía la energía de la dueña, la sacudió para liberarla del polvo, sus nudos eran torpes, parecía que los hubiera hecho un inexperto. Los primeros nudos que intentó soltar estaban sellados, los habían quemado, él los cortó con cuidado y empezó a destejer, lo hizo con mucha paciencia y en silencio, cuando llegó a la mitad, dejó la pulsera a un lado, se acomodó frente a un lienzo y comenzó a trazar. Al terminar observó un grupo de chiquillos uniformados cuyas edades debían oscilar entre once y trece años, entre ellos un chico tenía su nariz sangrando. Las miradas eran hostiles y la expresión corporal agresiva, ellos estaban en el patio de un colegio. Esperó una media hora, intrigado volvió a destejer la pulsera dejando una mínima parte aun sin deshacer, continuó pintando, el mismo chico de la nariz rota aparecía solo, estaba sentado en una carpeta, al parecer estudiando, su cara estaba limpia. El chiquillo tenía el cabello negro bien corto, unos ojos grandes y las pestañas largas. Eran las facciones del fantasma.

Capítulo 5

–Las pinturas representan escenas antiguas –dijo Fabricio– ¿Cómo has hecho para pintarlo?

–Todo depende de la energía –respondió Leonardo y mostró el fragmento de la pulsera– el fantasma debió hacerla cuando era un chiquillo.

Fabricio cogió lo que quedaba de la pulsera, le pareció inservible porque el polvo acumulado le daba un color gris verdoso sin brillo, sin duda de haberlo encontrado él lo hubiera tirado a la basura.

Los chicos de las pinturas vestían el uniforme plomo, el clásico que se había impuesto durante años.

–Desde la ventana del colegio se puede ver el cerro –dijo Fabricio– debe estar ubicado en la sierra.

–Está claro que debe ser un colegio de hombres –dijo Leonardo.

–Si es un colegio de hombres entonces debe ser de curas o de militares.

Leonardo miró por un largo rato la pintura y dijo apuntando al pecho de uno de los muchachos: – parece una insignia aunque no se ve muy bien.

¿Cómo ubicar el colegio?, se preguntaba Fabricio, acababa de llegar a la casa familiar, estaba sirviéndole la comida a su gato Gordon cuando escuchó el ruido de las llaves, era su padre, entonces recordó que por motivos de trabajo él solía viajar a diferentes departamentos del interior, decidió mostrarle el cuadro, tenía una foto en su celular, no se equivocó, a su padre le basto ver el cerro para reconocer la ciudad, Circa una provincia que quedaba próxima a la capital, a siete horas en bus, le recomendó considerar casacas para el viaje.

Circa era una ciudad pequeña que podía ser confundida por un pueblo. A esa hora de la tarde corría un viento helado y el sol a pesar de ser pleno, no calentaba, lo primero que Fabricio y Leonardo reconocieron fue el cerro que aparecía en el cuadro. Les daba la impresión que las calles y las casas de los alrededores no coincidían con la imagen que tenían de la ciudad. No hallaron el colegio antiguo que se veía en el cuadro, en su lugar encontraron un colegio nuevo. Era la hora de la salida, muchos estudiantes caminaban en grupos de amigos, sus risas eran sonoras. Decidieron entrar a preguntar, el colegio por dentro era amplio, parecía

recién pintado, y tenía un patio enorme, el cual cruzaron para encontrar a la secretaria.

–Buenas tardes Señora –dijo Fabricio a la secretaria, parecía que ella no tenía pendientes en ese momento.

–Dígame joven –dijo la secretaria mostrando una sonrisa amable.

– ¿Qué pasó con el colegio? –preguntó Leonardo.

– ¿Disculpe? –la secretaria los miraba con el ceño fruncido.

–A nosotros nos mostraron una imagen diferente del colegio, se veía más antiguo –explicó Fabricio.

–Ah, lo que pasa es que el colegio ha sido renovado, bueno en realidad toda la ciudad ha sido renovada porque hace dieciocho años, un terremoto destruyó gran parte de la ciudad, en ese tiempo, muchas de las casas eran de adobe. Fue un domingo, en la mañana, las casas se desplomaron y muchos quedaron atrapados dentro de sus propias casas. La iglesia, el colegio y el mercado eran construcciones antiguas, se derrumbaron, era día de misa y de feria, muchas personas murieron. El colegio fue el único establecimiento que se derrumbó sin aplastar a nadie, era temporada de vacaciones y estaba cerrado. La mayoría de los sobrevivientes se quedó sin un hogar y se mudaron por el susto. Los actuales habitantes son campesinos de los pueblitos cercanos.

–Es una lástima –dijo Fabricio.

– ¿Quedo algún registro de los estudiantes de antes del terremoto? –preguntó Leonardo, aunque la respuesta le parecía obvia.

–No –respondió la secretaria–, antes los registros eran llevados en cuadernos y estos, con el terremoto, se perdieron en los escombros.

–Necesitamos información de un ex alumno –dijo Fabricio– ¿nos puede contactar con algún profesor de aquellos años?

–No conozco a ningún profesor de antes… pero hay un profito jovencito que nos contó que estudiaba aquí antes del terremoto.

El calor se había intensificado, Fabricio y Leonardo caminaban sin casacas y con sombreros de estudiantes que habían comprado en el colegio, encontraron al profesor en una pequeña tienda de abarrotes, él estaba aprovechando su hora libre para hablar con el dueño de la tienda.

–Disculpe, Profesor Mamani –dijo Fabricio– podemos hacerle algunas

preguntas.

–Dígame para que soy bueno –dijo el profesor esbozando una sonrisa.

– ¿Lo conoce? –preguntó Leonardo mostrando el retrato del fantasma cuando era un chiquillo.

–Es el zancudo –dijo el profesor entusiasmado por ver un rostro conocido.

– ¿Eran compañeros de clase? ¿Eran amigos? –preguntó Leonardo.

–No fuimos compañeros ni amigos. Lo conocía de vista, los chicos siempre le buscaban pelea y cualquiera pensaría que él podía ganar porque era aalto pero no sabía defenderse, era muy lentoo al golpear.

– ¿Cómo se llamaba?

–No recuerdo, él no era de aquí, estuvo en el colegio algunos meses.

– ¿Y porque lo llamaban zancudo?

–Hablaba con muchas zetas y no se le entendía.

– ¿A qué se dedicaban sus padres?

– ¿Sus padres? No sé, no vivía con ellos.

– ¿Con quienes vivía?

–Vivía con su tía, la señora Antuca, una anciana amable que tenía su casa en la avenida principal.

– ¿Señora Antuca?

–Antonia Treyes, ella murió en el terremoto, estaba en la misa. Su cuerpo fue hallado por los rescatistas –dijo el profesor mirando hacia el costado, su voz sonaba nostálgica.

Regresaron a Lima en el último bus, estaban animados, esperaban encontrar la identidad del fantasma entre los sobrinos de Antonia Treyes. Leonardo solicitó un informe de ella y de su familia.

–Según el informe la única hermana de Antonia Treyes murió a los treinta y dos de un cáncer fulminante, sin descendencia –dijo Leonardo.

–Puede ser un sobrino de cariño… –dijo Fabricio sin dar importancia –si investigamos entre su familia…

–Ella no tenía familia. Antonia Treyes era una señora de setenta y cuatro años que no se casó y no tuvo hijos.

El sabor de la pequeña victoria se desvaneció. "El fantasma no tiene rastro", pensó Leonardo.

Leonardo había tratado de investigar el número de celular, que aparecía en el contrato, no lograba obtener respuestas de la empresa telefónica, sus funcionarios mencionaban un protocolo de seguridad y enfatizaban que era ilegal proporcionar información a desconocidos. Cansado de los enredos burocráticos, llamó a su amigo de informática, la solución dada no fue la que esperaba, tuvieron que pagar para que un oficial solicitara la información de manera "legal".

Al día siguiente en la noche, Leonardo recibió el informe con respecto al número de celular, hace unos años atrás, el celular había estado a nombre de Luis Carrión de sesenta y tres años, un contador jubilado padre de tres hijos adultos, entre ellos una hija fallecida. Pidió informes de los tres hijos, por el momento era la única pista que podía seguir, además pidió a su amigo de sistemas que cotejara la imagen del fantasma entre los familiares de Carrión. Su amigo le indicó que el retrato del fantasma no se ajustaba con ningún familiar de Luis Carrión. Después de unos días, los informes llegaron a su correo electrónico, no hubo ningún dato resaltante entre los informes de los hijos mayores, pero al leer el informe de la hija se quedó desconcertado.

–Hace más de dos años –dijo Leonardo–, una joven estudiante llamada Julia Carrión murió al saltar del mirador de Sancas.

–Ella murió dos años exactos antes de la desaparición de mi hermana –resaltó Fabricio mirando el informe.

–Sí ¿coincidencia?

– ¿Es posible que ella sea otra víctima del fantasma?

–Aún no estoy seguro –respondió Leonardo volviendo a leer el informe como si esperara encontrar la respuesta en este.

Durante la noche Leonardo no pudo conciliar el sueño, cada vez que conseguía dormir se despertaba con el mínimo ruido, ya sea el claxon de un automóvil o el murmullo de la habitación continua, cada vez que despertaba no dejaba de pensar en el fantasma, ¿estaba detrás de la muerte de Julia Carrion?, se preguntaba. No había querido confirmarlo, pero no tenía dudas, estaba seguro que el fantasma era el culpable. Su frustración aumentaba a medida que pasaban las horas. Cuando se levantó de la cama recién empezaba a amanecer, apretó entre sus manos el fragmento de la pulsera que aún conservaba con el objetivo de que lo ayudará a captar la esencia del fantasma y salió presuroso hacia el mirador Sancas.

El cielo se fue aclarando durante el camino, al llegar observó: varias casas coloridas, calles sin pavimentar y un grupo de perros que rebuscaban en la basura acumulada al lado de un poste. Algunos transeúntes caminaban con los zapatos sucios debido al polvo que provocaba el viento, andaban apresurados como si tuvieran algún recado importante por hacer. El mirador estaba en las afueras, era una torre de cinco pisos con gradas en los costados laterales y las paredes sucias. Cada grada que pisaba levantaba polvo, solo escuchaba el ruido de sus pasos y del viento. A esas horas de la mañana, era el único visitante, al llegar a la terraza caminó de un lado a otro observando los edificios de la ciudad y las casas de los alrededores, sin proponérselo, al observar por el costado derecho, su vista se topó con el puente. "Demasiadas coincidencias", pensó consternado.

Al llegar a casa, estaba hambriento aún no había desayunado, se sirvió una taza de café y se acomodó al lado de la ventana, se puso a trazar, las formas parecían abstractas. Pensó que pintando aquellas formas tal vez el lienzo revelaría una nueva pista, cogió la paleta e hizo varias mesclas de colores. La música clásica sonaba a alto volumen, escogía los colores al azar, pasaba el pincel una y otra vez. Al terminar la pintura observó una mezcla de garabatos, había usado demasiados colores y se confundían entre ellos. Fastidiado dejó a un lado las pinturas, comió una hamburguesa y tomó de un trago la última cerveza que quedaba. Intentó otra vez con el lienzo blanco y otra vez los garabatos y los colores mezclados, estaba cansado por la trasnochada, se quedó dormido sobre la mesa, cuando despertó su espalda estaba adolorida, apenas pudo dormir dos horas. Una vez más quiso dibujar pero al ver los mismos garabatos, desistió. Necesitaba despejar su mente, lo habían invitado a un cumpleaños, decidió que la bebida gratis le vendría bien. Fumó un cigarrillo, se puso lo primero que encontró y salió. El cabello mojado y el viento lo mantuvieron fresco durante el camino.

La fiesta era celebrada en el segundo piso de la casa de su amigo, habían instalado un juego de luces. Estaba cómodo en medio de la oscuridad tenue, la música sonaba a alto volumen y la cerveza abundaba. Estaban

muchos de sus amigos, uno de ellos ya estaba borracho y lo saludó con un efusivo abrazo del cual fue imposible liberarse, más tarde lo vería repartiendo más abrazos. La última vez que había estado con sus amigos le habían hecho demasiadas preguntas, la situación había cambiado, ya los demás se habían acostumbrado a sus respuestas monosilábicas y no le hacían más preguntas ni le pedían que ahonde más en las respuestas.

Mientras estaba bebiendo un vaso de cerveza, su mirada chocó con la mirada de una joven morena, media alta con un vestido negro que se ajustaba a sus curvas. Ella bailaba con uno de los invitados, cuando terminó la canción, Leonardo se acercó y la invitó a bailar, mientras bailaban se preguntaron a gritos sus nombres, ella se llamaba Verónica. Bailaron tres canciones de salsa, se sentaron, cogieron algunos mini sándwiches de pollo, tomaron más cerveza y hablaron sobre el arte. Él le mencionó las tonalidades que ella irradiaba en medio del juego de las luces, los cuales cambiaban a cada rato creando un hermoso contraste con su piel. La fiesta terminaba, eran muy pocos los que quedaban, él ofreció mostrarle sus pinturas, ella aceptó quería ver más tonalidades. Se fueron en un taxi. Él le mostró algunos cuadros, en los cuales se reflejaba las tonalidades de la luna en el mar, empezaron a pasear las manos, Leonardo rodeaba sus caderas, Verónica acariciaba su espalda, la luz se apagó y en la oscuridad las tonalidades se divisaban en escala de grises. Ella pasó la noche en un cuarto con un aroma diferente, cuando despertó, él aún dormía, se fue sin hacer ruido.

Leonardo abrió los ojos cerca del mediodía, se sentía fresco, lleno de energía, hace tiempo que esa sensación no lo acompañaba. Abrió la cortina y la ventana, el ruido de los automóviles le recordó que tenía que pintar, los trazos eran más limpios, eligió una cantidad aceptable de pinturas y el cuadro guardaba armonía. En la nueva escena figuraba el fantasma mirando hacia abajo desde la terraza del mirador Sancas.

Capítulo 6

–Es lógico asumir que el fantasma también es el culpable de la desaparición de Julia Carrión –dijo Fabricio.

–No está claro –respondió Leonardo– el cuadro solo vincula al fantasma con el lugar.

– ¿Cómo lo aclaramos?

–Con un cuadro de los dos juntos.

Un jueves en la tarde, Fabricio y Leonardo visitaron la casa de la familia de Julia, la cita ya había sido concertada por Fabricio unos días antes. En su afán de ganarse la confianza de la familia, Fabricio vestía de una forma menos casual a la que acostumbraba, usaba una camisa a cuadros, un pantalón dril de color crema y una chaqueta negra. En cambio Leonardo vestía de forma habitual, jeans rotos y polo desteñido, su aspecto empeoraba por sus ojeras bien marcadas. Los padres de Julia vivían en un condominio, en el patio los niños jugaban, se escuchaban risas y correteos. El departamento quedaba en el tercer piso, los esperaban con la puerta abierta. Luego de los saludos formales pasaron a la sala a sentarse en los sofás.

Fabricio explicó a la pareja que comprendía su situación porque hace unos meses su propia hermana había muerto de manera inesperada.

– ¿Cómo superar una pérdida tan profunda? –preguntó.

–No se supera una pérdida de esta magnitud, menos cuando es inesperado, pero se asimila con el tiempo, cuando te acostumbras a la falta de tu ser querido –respondió el papá de Julia haciendo pequeñas pausas para tomar sorbos del café.

– ¿Qué hicieron con sus pertenencias?

–Fue una decisión difícil… las donamos a un albergue de madres adolescentes.

–Los objetos más queridos de mi hija los guardé en un cofre pequeño –interrumpió la madre.

– ¿Qué tipo de objetos? –preguntó Fabricio.

–A ella le gustaba utilizar pulseras, collares y aretes, también está su ramillete de promoción y muchas fotos…

– ¿Puedo ver las fotos? –preguntó Leonardo con cierto entusiasmo.

La madre de Julia trajo una caja de madera pequeña, los aretes y las pulseras brillaban con el resplandor de la luz, estaba hablando de su hija y su colección de accesorios, cuando por accidente Fabricio provocó la caída del cofre, desparramando por el piso algunos aretes, por suerte los aretes eran grandes y llamativos, Leonardo ayudó a levantarlos, el primer arete que recogió lo ocultó en su bolsillo. Cada foto que miraban del álbum era comentada por la madre de Julia, solo les interesaba las últimas fotos, en las cuales buscaron un rostro conocido, no lo hallaron, el fantasma no estaba en ninguna foto.

El padre de Julia les contó que ella sufría de depresión, incluso visitaba al psicólogo, quien les había explicado que era un proceso común en muchos jóvenes que están en la exploración propia de la identidad. Cuando Julia desapareció ya no acudía al psicólogo, había dejado de visitarlo hace varios meses atrás, ella tenía planes de estudiar diseño y confección. Se mostraba emocionada cuando hablaba de ello resaltaba que quería hacerlo y no le interesaba la opinión de los demás sobre el hecho que haya abandonado una carrera de abogada y quiera comenzar una profesión muy diferente. Estaba buscando en que instituto podía estudiar y un trabajo de medio tiempo. En aquellos días ella se mostraba frustrada e irritable porque no conseguía trabajo.

Cuando se despidieron, los padres de Julia se mostraron encantados por la visita y recomendaron a Fabricio asistir a un grupo de apoyo, ellos iban a una reunión cada sábado en la noche, en la Iglesia, le pasaron un folleto con toda la información.

En su habitación, Leonardo cerró su puño agarrando el arete con fuerza, lo dejó cerca de las pinturas y acomodó un lienzo. Sus trazos y pinceladas fueron rápidos, pintó a Julia sonriendo frente al espejo, ella tenía el cabello ondulado y largo, usaba una vincha grande que le ayudaba a mantener su cabello fuera de su rostro y llevaba puesto un polo negro con una manga larga y una manga corta. La contempló por unos instantes le llamaba la atención sus ojos grandes. Como la imagen no representaba ninguna prueba, volvió a apretar el arete y pintó otro cuadro: Julia caminando, en un parque, junto al fantasma.

Fabricio miraba los cuadros, “a aquella chica sonriente también la rondó el fantasma”, pensaba, ya no había dudas el fantasma fue el autor material

de la muerte de Julia Carrión.

–Está claro que él no es un asesino común –dijo Leonardo.

–El fantasma estudió a las víctimas, él no las mató por impulso o por accidente, las dos murieron en el mismo día de diferentes años –dijo Fabricio.

Un silencio sepulcral se apodero de la habitación, Leonardo se sirvió un vaso de agua y ofreció otro a Fabricio.

– ¡¿Puede ser que haya más víctimas?! –preguntó de repente Fabricio alarmado, dejando a un lado el vaso de agua.

–Está claro que hay más víctimas –respondió Leonardo, hizo una breve pausa para mirar los cuadros y tomar un poco de agua– el fantasma es un asesino en serie.

Fabricio se mostró consternado, pensaba en su hermana, ella había sido perseguida como un animal de caza, sintió rabia y sintió que esta no tenía límites, estaba iracundo.

– ¡Hijo de puta! maldito hijo de puta, voy a matarlo –dijo Fabricio.

Leonardo pensaba en la primera vez que su don se mostró, acababa de pintar el retrato de la joven del hostal, estaba esperando en los pasillos al patrullero, para poder salir sin ser entretenido por la prensa que aún aguardaba en las salidas. Se sentó en el suelo, apoyó su espalda a la pared del pasillo y empezó a dibujar, los trazos otra vez volvían a mostrar a la chica atada a las cuatro esquinas de la cama. Cogió otra hoja y movió el lápiz, esta vez dibujó a la chica con sus brazos y piernas libres, ella estaba echada de costado y su rostro reflejaba calma. No estaba sola en la habitación, según el dibujo, la acompañaba un joven que estaba abriendo la puerta a otro sujeto. Se centró en los rostros de los desconocidos y los dibujó en grande en otras hojas. Perplejo se quedó mirando los rostros, se preguntaba ¿quiénes eran? y ¿por qué no recordaba haberlos visto antes? Un oficial bajaba para escoltarlo al patrullero, vio los dibujos, impresionado preguntó si eran ellos los autores materiales del crimen, Leonardo respondió que no sabía… El recepcionista declaró haber visto a uno de ellos hace algunos días atrás. Un confuso Leonardo salió del hostal acompañado de otro oficial, durante el camino no dijo ni una sola palabra. En la noche escuchó en las noticias que ella ya había sido identificada por su familia, era una enfermera que estaba pagando el derecho de piso, trabajaba en una posta médica de un pueblo. Después de un par de días los asesinos fueron capturados, eran los dos jóvenes retratados por Leonardo, fue un crimen pasional, ambos la

mataron porque cada uno de ellos se consideraba la pareja de la joven. Cuando descubrieron sus cuernos, no hicieron escándalo, ellos hablaron en una cantina, entre cerveza y cerveza el asunto quedó zanjado. Uno era un soldado y el otro un comerciante de contrabando.

La luz del día despertó a Leonardo, fastidiado se tapó la cara tratando de dormir un rato más, había tenido una pésima noche pensando en la naturaleza del fantasma. Eran cerca de las nueve de la mañana cuando un golpe de puerta interrumpió sus cavilaciones. Fabricio siempre tocaba la puerta de la misma manera.

–Tenemos que encontrarlo –dijo Fabricio determinado.

–Está claro que lo debemos encontrar, pero ¿dónde más buscar? –respondió Leonardo.

–Desde mi punto de vista, la opción más lógica es seguir buscando por el lado de mi hermana, es el hecho más reciente.

–De acuerdo, pero aún no tenemos otra pista más que seguir.

–Habrá que encontrar una.

Ambos permanecieron pensativos durante algunos minutos.

–Creo que podemos revisar en las cosas de tu hermana –dijo Leonardo interrumpiendo el silencio.

–No hay nada, he hurgado varias veces en sus pertenencias, no encontré nada significativo.

–Tal vez yo pueda encontrar algo significativo.

– ¿No hay otra opción que investigar?

–No, en realidad creo que es nuestra única salida, si encuentro algo de energía de él podré pintar un nuevo cuadro y si tenemos suerte será una escena reveladora.

–Tienes razón es la única opción viable, no perdemos nada con probar –dijo un sombrío Fabricio.

Entraron a la casa familiar de Fabricio en la mañana, casi al medio día, a esas horas siempre estaba vacía, al entrar en la habitación de Fernanda se

sintió un olor a naftalina.

–Es para que la humedad no afecte las pertenencias de Fernanda –dijo Fabricio.

Tiraron toda la ropa sobre la cama, Leonardo cogió cada prenda y luego la tiró arrugada hacia un lado de la cama, vaciaron cada cajón del armario, encontraron más ropa, luego libros, zapatos sin brillo, perfumes entre los cuales encontraron un neceser, al abrirlo hallaron un bloqueador, un peine, un brillo labial, un collar y tres pulseras: una de mariposas, otra de corazones y una de cuero trenzada.

–La pulsera de cuero tiene cierto parecido a la del fantasma –dijo Leonardo atrayendo la atención de Fabricio, estaba distraído ordenando la ropa arrugada en el armario.

–La pulsera está hecha de cuero y además tiene otro tipo de nudos, no veo la relación con la pulsera del fantasma –dijo Fabricio después de mirarla muy de cerca.

–Tiene los mismos colores –refutó Leonardo–, la pulsera del fantasma perdió su color por el polvo acumulado pero los colores de sus hilos también eran: rojo, azul y verde.

Capítulo 7

Era de noche, las luces públicas estaban apagadas aumentando la sensación de oscuridad, la ventana de la habitación de Leonardo estaba cerrada porque los vientos eran demasiados fuertes y provocaban que los lienzos se cayeran, él escuchaba "Invierno" de Vivaldi a volumen alto. Cortó con cuidado la punta de la pulsera y comenzó a deshacer los nudos, primero la mitad y pintó un cuadro, luego la otra mitad y pintó otro cuadro. Esperaba tener más de una escena, alguna relevante, pero solo consiguió pintar un par de cuadros muy parecidos. Por el tono gris de las pinturas entendió que había pintado una mañana nublada. En la imagen destacaba una casona antigua que parecía abandonada y descuidada, la casona se observaba solitaria porque era la única construcción en medio de un campo abierto. El fantasma no estaba en la imagen, no había ningún visitante.

Leonardo dejó a un lado las pinturas, apagó la luz y se fue a dormir. Otra vez una mala noche, su sueño no fue profundo, tuvo dos pesadillas por las que se despertaba sobresaltado, reconocía su habitación y volvía a tratar de dormir. Cuando volvió a abrir los ojos notó la luz del alba, tomó un vaso de agua y prendió la radio, transmitían una ópera, las melodías lo ayudaron a conciliar el sueño. Unas horas más tarde llegaba Fabricio, quien sin querer siempre interrumpía el descanso de Leonardo.

–No creo que alguien se haya atrevido a entrar a esa casa –dijo Fabricio al ver los cuadros, Leonardo permanecía sentado en la mesa sin decir nada solo asentía.

– ¿Tienes alguna idea de donde puede estar ubicada? –preguntó Fabricio, Leonardo se limitó a mover su cabeza en modo de negación. Fabricio miraba el cuadro, ahora la casona era su última pista, "¿qué podía mostrar esa antigüedad del fantasma?" se preguntaba.

– ¿Dónde puede estar? –volvió a preguntar Fabricio.

–No se me ocurre ningún lugar –respondió Leonardo malhumorado.

Mientras Leonardo se preparaba una taza de café para deshacerse de la sensación de cansancio. Fabricio miraba el cuadro, desde su punto de vista, la casona no podía estar ubicada en la ciudad porque en la imagen no figuraba ni un solo edificio cerca.

–Está claro que la casona debe estar en alguna provincia –dijo Leonardo.

–Si… pero también puede estar ubicada en las afueras de la ciudad y el fantasma nos ha estado llevando a las afueras dos veces… –dijo Fabricio ensimismado.

Fabricio subió sólo al puente, en cada paso que daba podía visualizar a Carmen subiendo las gradas, recordó que su madre le había pedido al cura echar agua bendita sobre aquel puente para pedir que el alma de su hermana descansara en paz. Cabizbajo miró hacia el suelo y sin querer midió la altura, sacudió la cabeza y la levantó, corría el viento con polvo y él lo esquivaba volteando el rostro, se podía distinguir las casas coloridas de los alrededores, a lo lejos resaltaban los edificios de la ciudad, el mirador Sancas por un costado y hacia atrás un bosque desolado, un poco más allá se divisaba una vieja propiedad, era la casona del cuadro.

La casona estaba a media hora del puente en auto, al llegar se vieron en medio de un campo abierto, se sentía una atmosfera contaminada por el olor fétido de los desperdicios acumulados. Habían escuchado que hace algunos años, un grupo de gitanos instaló su campamento en aquel terreno, ellos fueron expulsados por la policía. Desde entonces, los vecinos para evitar visitas no gratas optaron por utilizar el terreno como un basurero, práctica a la que otros pobladores se unieron. Leonardo caminó por los bordes del terreno que estaba lleno de maleza y de moscas. Él no pudo acercarse a la casona porque el mal olor de la basura le aturdía. El calor contribuía con su malestar, se estaba insolando y su cabeza comenzaba a palpitar, una ducha fría en ese momento habría sido la mejor opción. Salió del terreno dando grandes pasos, había un taxi esperándoles, entró al auto y abrió las ventanas para que entrara aire. El taxista estaba escuchando un partido de futbol. Fabricio buscaba un sendero para acercarse a la casona, todos los posibles caminos estaban llenos de basura así que caminó a través de ella. Pisaba con cuidado porque entre los desperdicios desparramados podía haber objetos punzantes como clavos, alambres o vidrios rotos. Lentamente logró estar a pocos pasos de la casona, pudo observarla mejor, todas las puertas estaban cerradas. Escuchó un ruido, al voltear vio una rata media escondida y más allá vio a otra, se abrió paso tratando de no tropezar por el primer camino de regreso que encontró. Volvieron hacia la ciudad, el partido continuó durante todo el recorrido, el taxista estaba entusiasmado porque su equipo estaba ganando.

Capítulo 8

Al investigar sobre la casona encontraron que antes había sido propiedad de uno de los hacendados más prósperos de la capital, por los años setenta la casona fue invadida y apropiada por un grupo de campesinos que la reclamaban como pago por sus servicios, después de algunos años fue abandonada. Su primer dueño era alguien a quien le gustaba ostentar, para construirla había contratado a un arquitecto francés que le dio ciertos toques a la casa que hacía que la población lo llamara el "palacito de Giráldez", la casona había perdido varios acabados después de la invasión y con ello su condición de patrimonio cultural.

Durante los días siguientes Leonardo trataba de dibujar una nueva escena que permita apresurar la investigación. No consiguió avanzar mucho porque desde la visita a la casona se sentía aturdido. En aquel lugar había demasiada energía acumulada y sin querer él absorbió un poco y se sentía sobrecargado de información. Dormía poco y con la ayuda de calmantes. Las imágenes resultantes eran garabatos y algunas veces cuando se concentraba un poco más al pintar volvía a repetir el cuadro de la casona que se mostraba imponente. Se sentía fuera de sí mismo, sus pensamientos estaban desbordados, se dispersaban hacía temas que él nunca había considerado, como los dolores del embarazo, las herramientas de un minero, las fechas de los circos, etc. Necesitaba volver a centrarse, necesitaba liberarse de esa energía y hasta el momento solo lo había conseguido con su amiga especial.

Casi al final del atardecer, llegó Verónica con un vestido rojo manga cero y corto que dejaba ver sus largas piernas, la habitación seguía oliendo a pinturas.

– ¿Por qué no participas en una exposición? –preguntó Verónica desviando su mirada hacia los cuadros.

–No estoy interesado –respondió Leonardo mientras servía dos vasos de vino.

Verónica se acercó a la ventana cerró la cortina y observó los cuadros por varios minutos en completo silencio.

–Parece una buena locación para una película de terror –dijo ella señalando la casona. Dio algunos pasos más mirando a los otros cuadros, él se acercó a ella por la espalda y la abrazo por la cintura impidiendo que avanzara, le dio besos en las mejillas y en el cuello, sus manos jugaban

con sus caderas.

–Es gracioso –dijo ella mirando el cuadro de los escolares.

– ¿Qué? –pregunto Leonardo mientras mordisqueaba con los labios su oreja.

– ¿Por qué pintas tan tétrico y a la vez tan tierno?

– ¿Tierno?

–Sí, por el cuento.

– ¿Qué cuento?

– La bella durmiente. Este niño está leyendo el cuento de la bella durmiente.

Leonardo se mostró sorprendido y contempló el cuadro.

– ¿No sabías que estaba leyendo el cuento? ¿Cómo es posible? –preguntó Verónica.

–No ¿puedes contarme? –pidió Leonardo dándole un beso en la mejilla, mientras su mano se paseaba por debajo del vestido.

–La bella durmiente es un cuento sobre una princesa hechizada en un sueño profundo, del cual solo podrá despertar con el beso de un príncipe. Es un clásico cuento de una doncella en peligro –Verónica sonreía, en la radio se escuchaba "Nocturno" de Chopin.

Leonardo terminaba su desayuno, estaba esperando a Fabricio con la puerta abierta mientras distraído miraba los cuadros preguntándose ¿cómo no lo había visto antes? Era una pista importante. No se dio cuenta de que Fabricio había llegado hasta que escuchó que la puerta se cerraba de un empujón.

–El hecho que leyera un cuento no es importante, no es un indicio que nos revele su identidad –dijo Fabricio.

–En realidad si es un indicio.

– ¿Qué quieres decir?

–He pintado cinco cuadros nuevos y en todos esta la misma imagen, la casona.

–No entiendo el punto.

–El hecho que la pintara tantas veces quiere decir que es un lugar muy importante para él y puede ser que ahí esconda algo muy importante.

–De acuerdo –respondía Fabricio pensativo– ¿Qué puede ser lo que esconde?

–No estoy seguro pero creo que ahí hay otra víctima.

– ¿Cómo llegas a esa conclusión?

–En el cuento de la bella durmiente hay un castillo –dijo Leonardo con aire de triunfo y viendo que Fabricio aún no entendía que quería decir continuó –Me parece que es posible que para el fantasma la casona represente un castillo.

Fabricio se quedó unos minutos en silencio asimilando la información.

–Debemos remover el terreno de la casona –dijo Leonardo.

–Tiene lógica, si encontramos el castillo puede ser que encontremos a la bella durmiente –concluyó Fabricio.

El local de la sede principal de la comisaria resaltaba a la distancia por el escudo nacional, ocupaba toda una cuadra. Al entrar, los atendió un suboficial que estaba sentado en un escritorio circular grande.

–Buenos días, queremos abrir una investigación –dijo Fabricio.

– ¿Sobre qué es la investigación? –preguntó el suboficial.

–Sobre un asesino –dijo Leonardo.

–Necesito mayor información –insistió el suboficial.

–Sólo hablaremos con su superior –dijo Leonardo, ya lo había visto antes para ser atendidos como correspondía debían ser exigentes.

Los derivaron con el coronel Hinostroza. Les indicaron que su oficina quedaba al fondo y a la derecha, la primera puerta. Tuvieron que esperar en el pasillo, habían colocado cuatro sillas azules para los eventuales visitantes, a pesar de que la puerta de la oficina estaba cerrada la voz del comandante la atravesaba. Después de cinco minutos la puerta se abrió,

ellos entraron a una oficina pequeña, las paredes eran de color verde, el coronel Hinostroza aparentaba estar en sus cuarenta años, era de contextura robusta, de tamaño un poco más alto del promedio y abundante cabello crespo. Ellos sustentaron el porqué de la importancia de investigar al fantasma.

–No cabe duda de que el fantasma es un asesino en serie –concluía Fabricio colocando las fotos de Fernanda y Julia en la mesa.

El comandante no miró las fotos, junto y separo lo dedos de sus manos, luego de casi dos minutos dijo: –No hay caso, ustedes no demuestran ninguna prueba contundente.

–Las fechas de fallecimiento son prácticamente las mismas… –dijo Fabricio.

–Y los lugares donde fallecieron… –agregó Leonardo.

–Es solo una coincidencia, si buscamos otros casos encontraremos más en la misma fecha y en lugares cercanos.

–Es su deber investigar… –exigió Leonardo.

–Lo que dicen es irrisorio. Si se tratara de confiar en la intuición ¿saben cuántos procesos de investigación se abrirían? –fue la respuesta final del coronel Hinostroza.

"La lógica no tiene peso sin pruebas", pensó Fabricio. Ya en camino a su domicilio, se preguntaba ¿Cómo hacer para que la policía removiera el terreno? su abuelo siempre le decía "mira todas las piezas del rompecabezas". De repente se le ocurrió una idea, su bus estaba atrapado en el tráfico, aprovechó el momento para bajar e hizo una llamada desde un teléfono público. Al día siguiente una denuncia anónima en un periódico local inició la circulación de un rumor, en un principio se hablaba de un cadáver escondido en la casona, luego de que los ciudadanos difundieran el rumor se terminó escuchando la noticia de que un grupo de drogadictos habían enterado viva a una gitana. El día martes una estación de radio de noticias recibió más de cincuenta denuncias respecto al mal olor que había en la casona, muchos se quejaban de que el lugar estaba abandonado, convertido en un basural y en un punto de encuentro de los drogadictos. Se exigió a las autoridades que tomará cartas en el asunto, los ánimos se calmaron cuando un representante de la policía confirmó que realizarían una excavación forense el lunes y enfatizó que la institución escuchaba y atendía las denuncias de la población. Durante los días siguientes, el personal de limpieza se encargó de retirar toda la basura del lugar, la tarea era ardua porque no podían utilizar equipo

pesado sobre el terreno, ya que podían destruir evidencia. Mientras retiraban la basura desalojaron a una camada de ratas que al parecer utilizaba el lugar como su refugio.

En la mañana nublada del lunes, el terreno de la casona estaba rodeado de policías, quienes habían colocado una cinta amarilla alrededor del terreno impidiendo el paso de los civiles. Leonardo y Fabricio aguardaban, junto a un grupo de curiosos y a algunos periodistas, el inicio de la excavación. Los especialistas tomaron algunas fotos, marcaron ciertas partes del terreno y comenzaron a excavar. El avance no era muy significativo porque se utilizaban herramientas pequeñas. A pesar de que el terreno estaba limpio, Leonardo aun percibía un pequeño hedor, "tal vez el olor se quedó impregnado en la tierra", pensaba. En las últimas horas del atardecer encontraron un cadáver, "la bella durmiente", pensó Fabricio. Los peritos que levantaron el cadáver determinaron que por el estado de descomposición era difícil de identificar, se sabía que era mujer o así parecía por su larga cabellera. Los arqueólogos forenses se llevaron el cadáver para realizar pruebas que les permita dar con la identidad. El viento había removido más de una vez el polvo, aquel día todos los visitantes de la casona se fueron con la sensación de tener polvo en cada uno de sus poros.

Capítulo 9

Ellos estaban satisfechos con el rumbo de la investigación y decidieron que ya podían dejarla en manos de la policía. Durante los días siguientes esperaron ansiosos las declaraciones de los efectivos, estaban atentos a las noticias y hacían algunas llamadas a la comisaria. Ya habían pasado once días y no escuchaban nada sobre "la bella durmiente".

–Consideró que hay probabilidades de que el fantasma no está relacionado con el cadáver hallado –dijo Fabricio serio.

– ¿Por qué? –preguntó Leonardo.

–Porque no es su estilo, él no esconde los restos de sus víctimas.

Leonardo se quedó pensativo, él tampoco podía estar seguro, desde el hallazgo de "la bella durmiente" había intentado pintar, pero sus esfuerzos resultaron inútiles, una y otra vez obtenía cuadros abstractos.

–La mejor opción es que volvamos al terreno y vuelvas a rastrear la energía del fantasma –dijo Fabricio interrumpiendo las reflexiones de Leonardo.

–Sí –dijo Leonardo resignado, estaba durmiendo mejor con la idea de que ya no era su deber. "Su don, su maldición", pensó.

Hacía frío, las calles estaban mojadas por la lluvia y algunos autos salpicaban agua al pasar con velocidad. Fabricio y Leonardo llegaron a la casona cerca de las dos de la tarde, ya no había policías y el terreno estaba liberado sin la cinta amarilla. El suelo estaba lodoso por la lluvia, cada pisada que daban se hundía, tenían que caminar lento y a paso firme, fue difícil llegar al que había sido el escondite de "la bella durmiente". Leonardo respiró hondo y se agachó para tocar la tierra, la sintió fría. Al mirar sus palmas negras experimentó un pequeño escalofrió, presuroso frotó las palmas con su pantalón y no dejó de frotar hasta que sus manos estuvieran limpias. Fabricio se limitaba a observar, le molestaba el silencio y el hecho de que no hubiera nadie vigilando, "si el fantasma se acerca entonces nadie lo apresaría", pensó.

Regresaron al departamento de Leonardo, bebieron agua para calmar la sed, Fabricio estaba ansioso esperando la nueva pintura. Leonardo se acomodó para pintar, su lienzo y su paleta de colores ya estaban listos. Consiguió pintar un cuadro, en el cual se observaba al fantasma

caminando cerca de la casona.

–Aún no lo vinculas con el cadáver –dijo Fabricio mirando decepcionado la pintura– ¿puedes pintar otro cuadro?

–No –respondió Leonardo sintiendo un leve dolor de cabeza que se incrementaba de a pocos–, necesito descansar.

Pocos minutos después Fabricio caminaba por las calles, con las manos en los bolsillos, necesitaba tener noticias pronto acerca del cadáver hallado. "¿Cuánto tiempo demorarán en identificarla?", se preguntó.

Un leve dolor de cabeza iba aumentando, en ese momento Leonardo no podía escuchar sus pensamientos, apretaba sus puños uno contra otro, se sentía lleno de ira. Metió la cabeza debajo de la pila y dejo correr el agua por varios minutos, tomó dos pastillas: una para dormir y una para el dolor. Cuando despertó, Verónica estaba en su cuarto, Leonardo se sorprendió al verla sentada en su mesa.

– ¿Cómo has entrado?

–Tú me has abierto la puerta –respondió Verónica– parecías un zombi, menos mal que era yo.

– ¿Hace cuánto que estas aquí?

–Lo suficiente para hacer un café y observar algunas de tus pinturas. Has olvidado que teníamos una cita hoy.

–Pensé que era para mañana –dijo Leonardo suavizando su voz.

–Parece que no has estado durmiendo bien –observó Verónica–, cada vez te pareces más a un oso panda con esas ojeras, voy a creer lo que siempre me repites, que yo soy tu somnífero más efectivo.

Leonardo respondió con una sonrisa

–No lo tomes a mal, pero este cuadro es muy triste –continuó Verónica.

– ¿Por qué lo dices?

–Este tipo tiene una cara muy triste –respondió Verónica apuntando la cara del fantasma, era la primera vez que alguien sentía pena por él.

–Las apariencias engañan, no deberías sentir pena por ese tipo, al contrario si alguna vez te lo cruzas, huye –dijo Leonardo serio acercándose a la ventana para abrir las cortinas y dejando entrar el

viento.

Verónica se acercó, Leonardo solo tenía puesto un short, ella estiró la mano sobre su espalda moviéndola de arriba abajo mientras sentía que el calor se incrementaba.

Leonardo pintó un nuevo cuadro: un cuarto de lavado iluminado por la luz que se reflejaba en el suelo de parquet blanco, parecía impecable. A pesar de que el piso ya estaba limpio el fantasma lo estaba trapeando, a un lado de la lavadora estaban acomodados varios trapitos doblados y una botella de lejía. Leonardo tomó un vaso de agua y miró hacia la ventana, los ruidos de los autos se habían minimizado. Empezó a trazar sobre otro lienzo, en el nuevo cuadro estaban un par de manos fangosas, se estremeció al verlas porque le hacían recordar sus propias manos cubiertas de barro. La imagen completa mostraba a una chica con la boca abierta, esforzándose por mantenerla abierta, su cuello era aprisionado por las manos del fantasma, ella estaba estirada sobre el barro. Ahora podían tener la certeza de que a "la bella durmiente" también la había asesinado el fantasma.

El estudio del cadáver indicaba que el individuo había muerto alrededor de hace cinco años, era de sexo femenino y su edad podía estar entre quince y veinticinco años. Existían muchas jóvenes desaparecidas entre esas edades, para poder obtener la identidad con precisión realizaron un estudio dental del cadáver. Después de catorce días, al fin la policía la identificó, su nombre era Caroline Álvarez, estudiante universitaria y jugadora del equipo de futbol de su facultad. Era una mujer joven, tenía veinte años, un día desapareció sin dejar noticias. La familia la había buscado durante mucho tiempo hasta que la búsqueda se estancó por falta de información. A veces, alguien les decía que vio a su hija en alguna calle o provincia, los teléfonos sonaban, los familiares se movían y las esperanzas se renovaban, pero todo el movimiento culminaba porque ella no aparecía. Ella pertenecía a una familia de clase media. Era la hija mayor, tenía una hermana ocho años menor, un padre fotógrafo y una madre secretaria. Mostraron una foto de ella era delgada y tenía el cabello corto. El caso fue reasignado, por fin había una investigación, aunque solo era la punta del iceberg, pensó Fabricio optimista.

La primera vez que se había investigado sobre la desaparición de la joven la policía había dado algunos puntos por sentado, al inicio no se pensó en una desaparición sino en una chica que se fue a divertir sin avisar a ningún contacto. Los investigadores consideraban que aparecería pronto, ellos no hicieron ningún esfuerzo por buscarla. Pasaron varios días, a raíz de los reclamos continuos de los familiares y amigos la policía inició las

acciones de búsqueda. Después de trece meses al no hallar evidencias contundentes se cerró el caso.

En la comisaria había demasiado ajetreo, varios efectivos bien uniformados se movían de un lado a otro apurando sus deberes. Leonardo y Fabricio escucharon, en una conversación de un efectivo por teléfono, que esperaban la visita del ministro del interior.

–Con el coronel Hinostroza –dijo Leonardo.

–Hoy no hay atención –dijo el suboficial.

–Todavía es horario de atención tienen la obligación de atendernos –dijo Fabricio con voz alta y rostro serio.

–Hoy no hay atención pueden regresar mañana a partir de las ocho hasta las seis de la tarde.

Ellos no mostraron ni la más mínima intención en salir de la comisaria. A los pocos minutos fueron enviados al despacho del coronel Hinostroza. El despacho estaba impecable y el escritorio parecía brillar.

–Buenas tardes –dijo el coronel Hinostroza con su peculiar voz en tono alto.

–Ya se comprobó que teníamos razón con respecto a la casona –dijo Leonardo sin rodeos.

El coronel Hinostroza hizo una mueca como impidiendo que una sonrisa saliera de su boca.

–El cadáver hallado debe ser vinculado con las muertes de mi hermana y de Julia Carrión –insistió Fabricio.

–No existe vinculación porque la desaparición de la jovencita es un hecho aislado, ella murió en una forma y fecha diferente –respondió el coronel Hinostroza.

–Cómo es posible… –dijo furioso Fabricio.

–Solo existe un caso y ese es el de Caroline –recalcó el coronel Hinostroza mirando a Fabricio.

Cuando salieron de la comisaria, observaron a varios efectivos esparcidos cerca de la puerta de ingreso. La calle estaba cerrada, ya solo podían entrar los vecinos. Leonardo y Fabricio se sentaron en una banca con

espaldar en un parque mediano que tenía una estatua de un soldado con un rifle en el hombro, el parque estaba silencioso pues no había muchos visitantes.

–No podemos confiarnos –dijo Fabricio–, considero que la policía no logrará capturarlo.

Leonardo asintió pensando que era clara aquella respuesta después de hablar con el coronel Hinostroza.

–Si queremos que el caso avance debemos vincularlo con el fantasma –continuó Fabricio.

–Eso está claro –dijo Leonardo.

–Pero no es una opción viable –dijo Fabricio mirando hacia el suelo– maldito hijo de puta.

Leonardo se quedó pensativo, mirando sus manos aún no se le iba la sensación de que estaban sucias.

–No podemos vincular los casos –dijo Fabricio de improvisto –pero si podemos vincular al fantasma con el caso de Caroline.

– ¿Cómo? –preguntó Leonardo.

– ¿Por qué intentó mantener el cuerpo oculto? quizás porque la conocía.

–Claro –alcanzó a decir Leonardo recordando el cuadro de ella con la boca y ojos abiertos.

Ellos llamaron varias veces a la familia de Caroline por teléfono sin conseguir ninguna respuesta. Leonardo decidió que lo mejor era acercarse a su domicilio. Para la ocasión, estaba vestido con una camisa a cuadros y jeans sin agujeros, quería dejar una buena impresión sin saber que sus jeans gastados y su camisa rosada con cuadros verdes, no eran la mejor opción para una primera visita. El distrito, donde residía la familia, era reconocido por su modernidad, seguridad y sus calles limpias, al llegar se encontró con una hilera de casas que rodeaban el parque, en el cual había juegos para los niños pequeños, algunas rampas para que los chicos más grandes jueguen con sus patines o bicicletas y una pileta sin agua que estaba siendo limpiada. A esas horas de la mañana el parque solo era ocupado por las mascotas que realizaban su paseo matutino. Todas las casas parecían diseñadas por un solo arquitecto, en todas había una ventana del mismo tamaño que daba hacia la calle, las puertas principales eran idénticas solo se diferenciaban por los rótulos en los cuales se leía

familia Morales, Ramírez, Soto,… Álvarez. La casa de Caroline era de tres pisos, el primer piso había sido alquilado a una joven pareja, la familia vivía en el segundo y tercer piso, tocó el timbre, escuchó ruidos al interior de la casa pero nadie se acercó a atenderlo, insistió tocando el timbre varias veces, los efectivos del serenazgo lo miraban, estaba a punto de desistir cuando le abrió la puerta una chiquilla muy parecida a Caroline, debía ser su hermana. Leonardo se presentó como investigador privado, ofreció sus servicios ad honoren y dejó su número de teléfono por si la familia aceptaba sus servicios.

Dos días después, en una mañana cuyo sol cálido y vientos frescos prometían un tiempo magnífico, Leonardo conocía al padre de Caroline, un señor de mediana edad, calvo y de barriga prominente que los recibió en su pequeño estudio ubicado al interior de su casa.

–Antes de iniciar la reunión quiero expresarle lo agradecido que estoy con su gesto de muy buena voluntad de ofrecerse, siendo un investigador privado, a trabajar ad honorem –dijo el caballero dirigiéndose a Fabricio con tono afable.

Fabricio y Leonardo sonrieron, ellos le explicaron al caballero que el investigador era Leonardo y Fabricio se presentó como un colaborador. Era lógica la confusión del caballero, pensó Fabricio, mientras él utilizaba una corbata para mostrar cierta profesionalidad, la profesionalidad de Leonardo quedaba en duda porque no la manifestaba en su imagen.

–Todos sus clientes lo recomendaron –dijo el caballero con una sonrisa franca– si antes no lo recibí es porque desde que hallaron a mi hija los periodistas no nos dejan tranquilos, ellos no respetan nuestro duelo.

Leonardo observaba el estudio, era un ambiente pequeño con un escritorio grande que ocupaba casi la mitad del cuarto, un estante que cubría toda la pared, repleto de varios libros y una ventana hacia la sala. Encima del escritorio se podían ver algunas fotos familiares.

–¿Cómo se le dice a un padre que pierde a su hija? no tiene nombre porque no sigue el orden de la naturaleza –continuó el señor triste, daba la sensación de que las palabras se le escapaban de la boca.

Leonardo asumió que todavía no había tenido la oportunidad de desahogarse. Él guardaba la esperanza de que Caroline siga con vida, a pesar de que ella llevaba desaparecida varios años él mantenía el anhelo de verla regresar a su casa, pero la esperanza se terminó cuando se encontró el cadáver, analizaba Fabricio aumentando su rencor hacia el fantasma, no era justo que hasta el momento el destructor de varias vidas

prometedoras continúe libre.

–Usted cree que podrá encontrar al… –dijo el padre de Caroline con la voz entrecortada.

–Sí –respondió Leonardo con seguridad, tenía claro de que tarde o temprano lo encontraría. El hombre asintió agradecido.

–Consideramos que el asesino puede estar entre los conocidos de su hija –dijo Fabricio despacio. El señor Álvarez se mostró perplejo y luego negó con la cabeza.

–Es una posibilidad –insistió Fabricio.

– ¿Podemos ver algunas fotos de Caroline? –preguntó Leonardo sin darle más vueltas al asunto.

El señor Álvarez cogió de un cajón del estante un álbum de fotos en cuya portada estaba la fotografía de Caroline de cuerpo entero, al abrirlo pudieron ver, en las primeras hojas, las fotos de una niña, pasó a las ultimas hojas y mostró fotos de ella en el equipo de futbol, bailando, manejando bicicleta, etc. Una foto atrajo la atención de Fabricio, el rostro del fantasma le sonreía, era un chico delgado y con facciones de niño. Estaba sentado en el sofá al lado de Caroline, varios vasos de refrescos en la mesa, ellos posaban junto con un grupo de jóvenes.

– ¿Usted conoce los nombres de ellos? –preguntó Fabricio intrigado.

–Solo de algunos, ella es Mayra, él es Roberto, este es Ernesto,…

Fabricio señaló con su dedo al fantasma y a dos chicos más que estaban cerca de ella.

–Él es Carlos… –dijo el señor Álvarez– no recuerdo a los otros dos.

Uno de los rostros de esos dos jovencitos pertenecía al fantasma. Leonardo pidió a su amigo de informática que cotejará el rostro del fantasma con las personas involucradas en el caso de Caroline. Su amigo informó que encontró una coincidencia, él había sido uno de los tantos chicos que exigía a la policía que inicie la búsqueda de la señorita.

Por fin habían encontrado un nombre, pensó Leonardo y entusiasmado leyó el informe, al terminar su entusiasmo se desvaneció, el contenido no ayudaría a propiciar una investigación policial contra el principal sospechoso. Resignado entendió que el caso no avanzaría y que era tarea de él hallar al fantasma. Sus pensamientos se perdieron cuando escuchó

la música del vecino, por el tono supo que se trataban de melodías tristes no logró comprender las letras ya que se escuchaban medias distorsionadas, al concentrarse más pudo identificar la potente voz de Edith Piaf. Fabricio interrumpió su ensimismamiento llegaba optimista con la idea de que por fin conocerían la identidad del fantasma, se sentó cerca de la mesa y se sirvió un vaso de agua.

– ¿Cuál es su nombre? –preguntó Fabricio ansioso sin aguantar más el silencio.

–Geraldo Hernández Salazar…

– ¡Encontramos al maldito hijo de puta! –dijo Fabricio.

Leonardo negó con la cabeza y dijo: –Según el informe, Geraldo falleció cinco meses y medio después de la desaparición de Caroline.

– ¿Muerto? ¡Él no está muerto! –dijo presuroso Fabricio mirando el reporte.

– Claro que no está muerto –resaltó Leonardo.

– ¿Cómo es posible? –dijo Fabricio enfadado– No tiene lógica, sabemos que...

Leonardo asintió en silencio, se escuchaba la potente voz de Edith Piaf cantando la última estrofa de su conocida canción “Non, Je Ne Regrette Rien”.

Capítulo 10

Fabricio estaba furioso, el informe los dejaba solos contra el fantasma, el asesino de su hermana aun no sería perseguido por la policía, se fue molesto cerrando la puerta de un tirón, en ese momento no podía formular soluciones, necesitaba enfriar la cabeza antes.

Fabricio caminaba enfadado, la tarde recién iniciaba y la calle estaba calmada, sólo se escuchaban algunos ronquidos de los motores de los autos que aceleraban su paso por la pista, había muchos transeúntes yendo y viniendo, él clima estaba frío, sin embargo él tenía calor por su caminar rápido. Abordó un taxi con dirección al club del revólver. Veintidós minutos después había llegado a una calle tradicional de la capital, en la esquina resaltaba una casa colonial que llevaba el nombre del club colgado sobre el portón principal, un pequeño jardín de rosas blancas se mostraba con su resplandor en la entrada, le parecía irónico que las rosas representantes de sentimientos tan nobles estuvieran en la puerta de un lugar donde aprendería a destruir. Al ingresar, se encontró en una sala sin visitantes, habían varios cuadros antiguos colgando en las paredes todos tenían un letrerito con la leyenda "no tocar, patrimonio cultural", en el techo colgaban las lámparas arañas, eran de bronce y mostraban cierto brillo opaco, el piso era de madera crujía al pisarla, los ambientes eran amplios y frescos, en uno de los cuartos aledaños al salón principal encontró un viejo piano de cola retocado de pintura barniz, quiso tocar una tecla pero al acercarse, un vigilante apareció y le recordó que no debía tocar nada. En medio de aquellas reliquias que adornan la casa no sabe dónde funciona el club del revólver, pregunta al vigilante y este lo guía hacia el segundo patio. Las cabinas estaban situadas en el inicio del patio y al frente, a lo lejos, los blancos colgaban. Había varios modelos de pistolas para escoger, Fabricio escogió un revolver calibre cuarenta y nueve, compró balas nuevas, observó una cabina vacía y se acomodó. Un instructor lo ayudó a colocar las balas, a cargar la pistola y le indicó como utilizarla. Fabricio se colocó el protector de oídos y se enfocó en el blanco, al principio el ruido le parecía algo ensordecedor, cuando revisaron que tal le había ido decidió que debía seguir practicando, su puntería era pésima, no logró hacer ni un solo disparo certero. El instructor le recomendó ser paciente que poco a poco la rutina se adhería a sus movimientos y con el tiempo se volvería más experto. Fabricio continúo practicando hasta la hora de cierre. Estaba caminando despacio de regreso a casa, sin querer volvió a pensar en el fantasma, "Las empuja porque sigue una rutina de cómo hacerlo, llegado el momento ni siquiera lo debe analizar mucho", de repente una idea alarmante hizo eco en su mente, "el fantasma se está moviendo rápido".

Leonardo sacó dos latas de cerveza, ofreció una a Fabricio y bebió la otra

en grandes sorbos.

–Sabes que encontrar al fantasma es una prioridad –dijo Fabricio exaltado.

Leonardo asintió no había dicho nada antes para no presionarlo.

– ¿Desde cuándo lo sabes? –preguntó Fabricio sin probar la cerveza.

–Desde que etiquetamos al fantasma como un asesino en serie –respondió Leonardo mirando hacia abajo.

–Era obvio –continuó Fabricio– los asesinos en serie continúan destruyendo hasta que alguien termine con ellos.

Leonardo guardó silencio, tomó el último sorbo de cerveza y tiró la lata hacia la bolsa de basura. No acertó, la lata se quedó a un lado junto a empaques de galletas y cascaras de naranja.

–Ya falta poco –dijo Fabricio– ¿Qué debemos hacer?

–Está claro, debemos encontrarlo para evitar que una nueva chica sea una víctima más –responde Leonardo y toma de la cerveza que había ofrecido a Fabricio.

– ¿Cuánto tiempo falta para que el fantasma ataque?

–Menos de cinco meses, eso está claro –enfatiza Leonardo contemplando las manos enlodadas del último cuadro.

Leonardo no podía dormir, se sentía apesadumbrado, su mente estaba inquieta con varias preguntas sin respuestas "¿Dónde estaba el fantasma? ¿Cómo había hecho para hacerse pasar por muerto? ¿Cómo encontrar lo invisible?" Medio somnoliento cogió sus pinceles e hizo trazos rápidos.

Eran alrededor de las nueve, corría un viento que obligaba a todos a andar con abrigos, el invierno iniciaba antes de tiempo sorprendiéndolos con su baja temperatura, aquella mañana, Fabricio y Leonardo se habían reunido en la cafetería, un pequeño establecimiento iluminado con luces cálidas, las mesas y las sillas eran de madera labrada, había algunos juegos de mesa como cartas; ajedrez; monopolio; para entretener a los comensales y las melodías de los Beatles mantenían la armonía del lugar. El aroma del café tentaba a Leonardo, quien por su constante problema de insomnio evitaba tomarlo, para darse un gusto, pidió una taza de cappuccino. Fabricio miraba de vez en cuando de reojo a la mesera era delgada, alta y con el cabello largo que casi le llegaba a la cintura.

Mientras esperaban, resumieron lo que habían leído en el informe de Geraldo Hernández Salazar, quien había muerto de cirrosis en un hospital del estado hace casi seis años, su padre ya había fallecido por problemas de salud y su madre vivía en la capital.

–Me parece probable que la madre conozca el paradero de su hijo. Tenemos que acércanos a ella –dijo Fabricio resuelto.

–Esta vez es mejor que sólo me acerqué yo –respondió Leonardo con cautela

– ¿Por qué?

–Sientes tanta rabia que sin querer me has dado la energía para trazar esta imagen– dijo Leonardo mostrando en su celular una foto de su nueva pintura. En ella se podía ver a Fabricio con un revolver.

La mesera se acercaba a ellos para entregar sus pedidos y les ofreció galletas de cortesía, esta vez Fabricio no le prestó atención, mantenía una expresión de asombro.

–La pistola es para uso de seguridad personal –se justificó después de que la mesera se fue.

– ¿Crees que puedas comportarte frente a la madre del fantasma?

Fabricio no respondió, todavía no se había imaginado en esa situación.

–Su madre puede desconfiar de nosotros y puede advertir al fantasma… –explicó Leonardo.

–Tienes razón –dijo Fabricio– si hay sospechas entonces el fantasma se escabulliría, lo que planteas tiene lógica.

Los vientos habían disminuido en intensidad, el domicilio de la madre del fantasma quedaba en una calle residencial, ubicada a pocas cuadras de la casa de Caroline, en aquella zona estaba prohibida la construcción de los edificios grandes, la mayoría de las casas tenían pequeños jardines en la entrada. Leonardo miraba intranquilo los rostros de los residentes del vecindario sin querer buscaba las facciones del fantasma. Fabricio revisaba los números de las puertas, una cuadra más a la derecha se veía una casa pequeña de dos pisos con un jardín bien cuidado.

–Esa es la casa –dijo Fabricio señalándola.

Leonardo observó a una viejita moviendo la llave de un lado a otro sin conseguir abrir la puerta, se acercó a la casa, Celestina la madre del fantasma aún seguía zarandeando la llave. Ella era de contextura delgada y tenía el cabello blanco y corto, la espalda jorobada y sus huesos largos de las pantorrillas, revelaban que en otros tiempos había sido alta.

– ¿Le ayudó a abrir la puerta? –preguntó Leonardo interrumpiendo a Celestina. Ella lo miró de arriba abajo con desconfianza, el cabello largo amarrado en un moño o los jeans rotos no ayudaban a dar una buena impresión. Ella no le respondió, se limitó a escudriñarlo.

– ¿Usted es la madre de Geraldo? –volvió a preguntar Leonardo.

–Sí –respondió ella con cierto orgullo. Ahora lo miraba con curiosidad.

–Yo lo conocí en la universidad –mintió Leonardo.

– ¿Estudiaban la misma carrera? –preguntó Celestina aun con suspicacia.

–No, yo estudié arte, por aquel tiempo la universidad era más pequeña toda la comunidad de estudiantes se conocía, aunque sea de vista.

Se escuchó un crack, era la puerta que al fin se abría.

– ¿Supo lo de la jovencita que encontraron hace poco en las afueras? –preguntó Celestina bajando la voz.

–Me llamaron para que declare sobre el caso, no tengo mucho que decir, Caroline también era una conocida –respondió Leonardo.

–Tenga cuidado –susurró Celestina, acercándose un poco a Leonardo– Cuando esa niña desapareció, intentaron culpar a mi hijo, incluso algunos de sus amigos lo amenazaron con denunciarlo a la policía si ella no aparecía.

– ¿Por qué lo culpaban?

–Ellos terminaron su relación poco antes de que ella desapareciera, mi hijo estaba muy decepcionado y discutió con la mayoría de sus amigos, ya ni quería responder el teléfono.

– ¿Alguno de sus amigos…?

– ¡Teléfono! Estoy esperando una llamada muy importante… un gusto joven, recuerde tenga cuidado.

Capítulo 11

Al día siguiente desde temprano, Leonardo monitoreaba la casa de Celestina. Mientras caminaba mirando de reojo la puerta se cruzó con los residentes de la zona, muchos vestían formal y los niños estaban impecables en sus uniformes de colegio, todos caminaban apurados para dar inicio a un día rutinario. Cuando Celestina por fin abrió la puerta, la observó barrer la vereda de la entrada.

–¡Buenos días! –saludó Leonardo aparentando sorpresa.

–Buenos días joven –respondió Celestina– ¿Qué preguntas le hicieron?

– ¿Disculpe?

–En la declaración ¿Qué preguntas le hicieron?

–Ah… ¿hace cuánto la conocía? Y… ¿Qué tan cercanos éramos?

–Oh ya veo ¿otra vez va a declarar?

–No… –respondió Leonardo–, ¿tan temprano está barriendo?

–Sí, la suciedad da mal aspecto a la casa.

–Tiene razón… su jardín está muy bien cuidado.

–No, en realidad esta descuidado ya hay algunas puntas del pasto que sobresalen, el chico que lo arreglaba se fue de viaje y todavía vuelve en dos meses.

–Yo puedo arreglar su jardín después de todo no me tomará mucho tiempo.

–Está bien –dijo Celestina después de unos minutos de contemplar el jardín en silencio. Ella le prestó los guantes y las tijeras para cortar las puntas.

Leonardo palpaba el pasto, estaba húmedo y desprendía un aroma suave. Cortaba algunas puntas que le parecían sobresalientes, en su vida había arreglado un jardín, trataba de no estropearlo. Celestina baldeaba la vereda, no prestaba atención a la presencia de Leonardo. Con la cuchilla de la tijera él se hizo a propósito un pequeño corte en la mano que parecía escandaloso por la cantidad de sangre que salía. Él pidió a Celestina que le prestara su baño, ella al ver la herida se mostró

preocupada, lo dejó pasar a la casa.

El baño desprendía un olor muy fuerte, parecía que habían abusado de los aromatizantes, Leonardo empezó a sentir el palpitar de su sien, trató de aguantar la respiración mientras presuroso se lavaba la herida, cuando salió Celestina lo esperaba en la sala con una botellita de alcohol.

–No es necesario –dijo Leonardo– basta con lavar la herida.

–Es necesario –insistió ella con mirada severa–, tiene que usar el alcohol porque la tijera estaba sucia y la herida tiene que ser desinfectada.

Leonardo no tenía la intención de debatir sobre la eficacia del alcohol, solo quería ganarse la confianza de Celestina para poder obtener pistas del fantasma. Accedió a echar alcohol sobre la herida a pesar de que odiaba su olor y el ardor que provocaba. Celestina agradecida por la ayuda con el jardín le ofreció una taza de té. Mientras ella ponía el agua a hervir, él aprovechaba para observar la sala, era un ambiente pequeño con una ventana que ocupaba la mitad de la pared que daba hacia la calle, las cortinas eran de color crema y se mantenían cerradas ocasionando que la iluminación sea tenue, el piso estaba impecable, los sillones estaban bien alineados, había una mesita en el medio cubierta de un mantel de hilos tejido a mano. Celestina se acomodó en el sillón unitario y empezó a tejer a crochet sin prestar atención a la presencia de su invitado. Leonardo buscaba algún indicio del fantasma, había algunas fotos colgadas en la pared y le llamó la atención una foto en blanco y negro porque su protagonista era muy parecido al fantasma.

–Es una foto antigua –dijo Leonardo señalando la imagen.

–Es una foto de mi padre –dijo Celestina con añoranza–, aquella es de Agusto mi esposo y esta es de mi Geraldo cuando era pequeño– ella señaló la foto de un niño con uniforme militar–. Mi esposo siempre quiso que nuestro hijo fuera militar y que tuviera el carácter fuerte como él, Geraldo era un niño tranquilo de voz suave. Agusto murió antes de enterarse que mi Geraldo no seguiría su carrera militar que él había proyectado.

Se escuchó el silbido de la tetera que indicaba que el agua ya había hervido Celestina se levantó y fue a apagar la cocina, la tetera dejo de silbar y por unos minutos Leonardo se distrajo escuchando el ruido del agua cayendo en un recipiente. Celestina regresó con el termo y en la mesita sirvió las tazas de té. Ella permaneció por algunos minutos en silencio mirando su taza.

– ¿Cómo murió su esposo? –preguntó Leonardo interrumpiendo su ensimismamiento.

–Mi esposo murió de un paro cardiaco –respondió Celestina, su voz sonaba algo más baja como si estuviera contando confidencias–. Augusto tenía un problema del estómago, una gastritis que se había complicado estuvo cerca de un mes internado en el hospital del estado.

Celestina hizo una pausa para comer un pedazo de pan y mirar el retrato del que había sido su esposo.

–Cuando fue dado de alta, el personal del hospital me entretuvo firmando algunos papeles y recogiendo medicinas, Augusto aguardaba en la sala de espera, entró al baño, estaba estreñido, fue cuando se sintió mal, no pudo levantarse, murió de un paro cardiaco con los pantalones bajos, después de veinticinco minutos de ser dado de alta.

Celestina se acercó a la mesa y tocó con sus dos manos su tasa de té humeante, lo soltó después de algunos minutos y volvió a erguir su espalda. Parecía que el dolor acentuaba los pliegues de su rostro, los cuales al hacerse más notorios le aumentaban la edad.

– ¿Qué debía hacer? –Continuó Celestina con una voz media llorosa, mostrándose afectada– el hospital me ofreció una suma cuantiosa de reparación por mi pérdida, mi Geraldo acababa el colegio y quería estudiar en la universidad, entablar un juicio hubiera consumido varios años.

Celestina se quedó en silencio mirando hacia sus manos, bebieron el té, a lo lejos se oían las voces de los vecinos y el ronquido de los motores de los pocos autos que circulaban.

Leonardo continuó visitando a la mamá del fantasma y cada día pintaba un cuadro nuevo, siempre la retrataba sola: en el comedor almorzando, en la sala mirando su telenovela, durmiendo una siesta en el sillón o limpiando la sala en las mañanas.

–Me parece una pérdida de tiempo que continúes visitando a Celestina, es probable que el fantasma no mantenga contacto con ella– dijo Fabricio decepcionado luego de ver los cuadros nuevos.

–No –respondió Leonardo –, ella debe saber dónde está.

– ¿Cómo estas tan seguro?

–Ella habla poco de Geraldo.

– ¿Y?

– ¿Qué madre no presume de sus hijos? Ella oculta algo.

Fabricio se quedó un momento en silencio analizando lo que acababa de escuchar, luego dijo: –De acuerdo hay probabilidades de que Celestina conozca la dirección del fantasma, pero averiguarlo puede tomar más tiempo y necesitamos pistas para continuar con la investigación.

– ¿Cómo obtener una nueva pista de alguien que no está cerca? –preguntó Leonardo.

–Es momento de utilizar variables, te apuesto que Celestina aún conserva la habitación de Geraldo tal como él lo dejó.

– ¿Cómo hacer para que Celestina me deje entrar a la habitación de su hijo? voy varios días visitándola y no he pasado del primer piso, no creo que tenga intención de dejarme ver más adentro.

–Hay una solución viable –dijo Fabricio serio –vas a tener que entrar sin esperar la invitación.

–Explorar la casa de Celestina sin su permiso… –dijo Leonardo reflexivo.

–Falta poco para el aniversario de la desaparición de mi hermana y aún no encontramos ningún nuevo indicio –dijo Fabricio molesto.

Aquella respuesta sorprendió a Leonardo, ellos no habían vuelto a hablar sobre la fecha límite pero ahora sabía que cada uno llevaba la cuenta.

–Si obtienes energía del fantasma, obtienes una nueva pista –dijo Fabricio convenciéndolo.

–De acuerdo ¿cómo hago para entrar a la casa?

–La mejor forma, es que entres por la puerta principal.

Leonardo asintió mostrándose de acuerdo con el plan.

– ¿Ya conoces la rutina de Celestina? ¿Qué día será posible que entres a la casa?

–El domingo –respondió Leonardo–. Celestina estará en misa.

El domingo a las seis de la mañana, Celestina salía a misa, la niebla había opacado las calles, Leonardo caminó con cautela, "es el mejor día para pasar desapercibido", se decía ya que muchos utilizaban el "plácido domingo" para dormir un poco más de lo usual. Entró por la puerta

principal, había cogido una copia de la llave cuando Celestina estaba distraída, a esa hora de la mañana las cortinas cerradas ayudaban a aumentar la negrura de los ambientes. Subió las gradas con paso firme, el primer cuarto al que entró era la habitación de Celestina se dio cuenta a simple vista por el retrato que colgaba en la pared, una foto de ella junto a su esposo, y por la cama que estaba cubierta de una colcha rosada de hilos tejida a mano. Siguió caminando por el pasillo, el siguiente cuarto que observó era un baño más grande que el del primer piso, cerró su puerta de un golpe porque el olor a lejía era demasiado fuerte. El último cuarto del fondo parecía ser el más oscuro. Al entrar notó que olía a cera, las paredes eran de color beige y era el único ambiente sin fotos colgando en la pared, antes de comenzar a hurgar quería abrir la ventana para que entrara aire fresco, se decepcionó al ver que esta no se podía abrir ya que el seguro se había oxidado. Observó que el armario estaba vacío con las puertas abiertas y tuvo la certeza de que ya nadie dormía en aquella cama arreglada, cerca del armario había un estante pequeño repleto de varios libros, al pasar su dedo por los lomos pudo comprobar que no tenían ni un asombro de polvo. Encontró que un poco más al fondo del estante había un folder de cartón cortado por la mitad, al abrirlo vio recortes de periódicos del caso de la desaparición de Caroline, se sentó en el escritorio que estaba al lado del estante. Paseó sus dos manos en el mueble, su superficie llena de rayones sus dedos encontraron un cajón que pasaba desapercibido a sus ojos, lo abrió de un jalón y encontró varias pulseras artesanales con nudos similares a los que ya había visto antes, eran de diferentes colores. Se sintió anonadado, el olor a cera era demasiado fuerte afectaba sus sentidos, metió en su bolsillo algunas pulseras y cogió el folder. Mientras bajaba las gradas escuchó el ruido de las llaves moviéndose, sorprendido miró su reloj, se suponía que faltaban 20 minutos para el regreso de Celestina, como siempre y para su suerte ella se demoraba en abrir la puerta. Tenía que encontrar otra salida, se fue por un pasillo de la sala que lo llevó a un patio pequeño, siguió por un callejón, una vieja puerta era su única salida, al abrirla una astilla se clavó en su mano, salió presuroso, no llegó a ver a Celestina pero si escuchó el ruido de la puerta al cerrarse.

Capítulo 12

En casa, Leonardo prendió la radio y sintonizó su estación preferida, esta vez las melodías de Bach le acompañaban, empezó a pintar, había estado demasiado tiempo en la habitación del fantasma, alguna imagen debía trazar, pensó. Se enfadó cuando vio otra vez los garabatos y dejó sus pinturas desparramadas. Salió a tomar aire y después de dar algunas vueltas se dio cuenta que solo había una forma efectiva de conseguir la calma, necesitaba a su amiga especial, estar con ella siempre le devolvía la calma.

Verónica entró al cuarto en la tarde, su sonrisa siempre irradiaba su rostro, se saludaron con un abrazo, él sintió un olor extraño que se mesclaba con el aroma de ella.

–Fui bautizada –dijo Verónica sonriendo– con caca de pájaro.

Leonardo solo asintió a sonreír

–Da buena suerte –dijo quitándose la chompa. Él la lleno de abrazos.

–Te veo un poco demacrado –dijo ella sentándose en una silla junto a la mesa.

–He tenido malas noches.

– ¿Por esas malas noches pintas garabatos? –dijo apuntando hacia al cuadro nuevo.

–Sí.

–Siempre tan misterioso –observó Verónica–. Me gustas Leonardo pero si quieres que esta aventura siga vas a tener que contarme un poco más.

Leonardo guardó silencio contarle a Verónica todo lo que ocurría implicaba perder la dinámica de su relación, temía perder a su amiga.

–Vamos –dijo ella–, no te pido que ahondes, basta con pequeños detalles.

Leonardo miró hacia las pinturas y luego asintió. Se sentó junto a Verónica y mientras sus dedos jugueteaban siguiendo la forma de sus pechos él le explicaba que trabajaba en un proyecto importante que tenía una fecha límite y que era muy importante terminar el proyecto antes de dicha fecha.

–Así que esa es la razón por lo que siempre estas demacrado, te estas presionando mucho y no consigues dormir.

Leonardo solo asintió mientras ella masajeaba sus hombros.

–Después de estar contigo siempre duermo bien –dijo Leonardo sonriendo mientras la ayudaba a sentarse sobre su regazo.

–Es obvio –dijo ella– después de estar conmigo duermes bien porque te regalo mis buenas vibras.

Entre abrazos y toqueteos se tendieron en la cama, mientras él comenzaba a besar sus labios y a juguetear con sus caderas, ella se inquietaba con un cosquilleo en medio de sus piernas. Como ya se había hecho costumbre, ella volvió a irse mientras él dormía.

Con la mente despejada después de dormir una siesta, Leonardo se levantó de la cama sobresaltado por el apuro de encontrar al fantasma. Había dado unos cuantos pasos con dirección hacia la ventana cuando se dio cuenta que aún estaba desnudo, se puso sus bóxers sentía demasiado calor como para ponerse algo más, acomodó un lienzo en blanco, cada vez habían menos, cogió las pulseras con una sola mano y cerró con fuerza el puño, al extender su mano sus dedos estaban rojos y marcados por los nudos de las pulseras. Obtuvo una nueva escena que se ubicaba en el cuarto de Geraldo, en la cama estaba acostado un joven de rostro pálido cuyas mejillas estaban hundidas. Una bandeja con un plato de comida y un vaso de agua estaban acomodados al lado de él. Leonardo miró por varios minutos el rostro del enfermo, no había dudas tenia los rasgos del fantasma debía ser él.

Horas después, Fabricio miraba el cuadro, estudiando cada rasgo y comparándolo con los rasgos de la imagen que ya tenían de él.

–Se trata de la misma persona, es el fantasma en mal estado de salud –dijo Fabricio tratando de convencerse más a sí mismo.

Leonardo permanecía en silencio, le daba igual el hecho de que el fantasma se hubiera enfermado, este nuevo cuadro no le parecía contundente y le molestaba recordar que había actuado en contra de sus principios para obtenerlo.

–Por el cuadro podemos deducir que el fantasma –dijo Fabricio interrumpiendo las cavilaciones de Leonardo– debió aprovechar su condición para hacerse pasar por muerto, quizás alguien del hospital le

hizo el favor.

Leonardo seguía sin decir nada, la conclusión de Fabricio le parecía acertada pero aún era una prueba sin importancia, tenía la sensación de que le faltaba pintar otro cuadro que completará la escena, había algo que no estaba percibiendo, un detalle que no consideraba ¿Qué podía ser? se preguntaba, no expresó su duda, de repente era solo una idea a la que se aferraba. Decidió seguir visitando a Celestina, si había algún misterio escondido él lo atraparía en un cuadro nuevo.

En los momentos de buen ánimo de Celestina, ella hablaba de cuando aún vivía junto a su hijo, recordaba que a ella le gustaba contarle cuentos clásicos, pero su esposo se enfurecía cada vez que la encontraba leyendo alguno de esos cuentos, según él los cuentos podían confundir la cabeza de su hijo, un día tuvieron una fuerte discusión todo porque el niño había escogido un castillo como regalo de cumpleaños, su esposo acabó con el problema votando los libros de cuentos a la basura y enviando a Geraldo por un tiempo a casa de una tía lejana.

–Aquellos días llamar por teléfono costaba caro, como sufrí sin mi hijo cerca –enfatizó Celestina.

Leonardo regresó a su habitación cuando la noche estaba iniciando, se sorprendió al hallar a Fabricio en la puerta esperándolo, había olvidado por completo la reunión programada para esa tarde.

Fabricio miró los cuadros una vez más y dijo: –Seguimos sin obtener pistas.

–Celestina es un poco cerrada a pesar de que me he vuelto una visita constante ella solo habla de su esposo y de su pequeño Geraldo –dijo Leonardo fastidiado.

–Entonces las probabilidades de hallar al fantasma se vuelven nulas.

–No, el hecho de que Celestina solo hable de un tema nos deja claro que ella oculta información.

Fabricio se quedó pensativo debía haber alguna variable que analizar, él debía andar por ahí y alguna pista debía dejar, de repente recordó que todos necesitan subsistir.

– ¿Cómo hará el fantasma para pagar sus cuentas?

–Debe tener algún trabajo –respondió Leonardo.

–Consideró que es probable que Celestina pagué sus cuentas. Sabemos que el fantasma se muda constantemente, por lo que podemos inferir,

que así como cambia de domicilio debe cambiar de trabajo.

–Claro, tienes razón.

–Exacto, si al fantasma le falta dinero entonces es posible que su mamá Celestina le depositó algo de efectivo a su cuenta.

Pasaban los días, ellos esperaban el informe acerca de los ingresos de Celestina, el reporte demoraba en llegar porque el amigo de informática había tenido que recurrir a otros contactos para obtener información más detallada, habían tenido que desembolsar una cantidad significativa de dinero como incentivo para apurar el informe. Leonardo siguió visitando a Celestina, de tanto practicar terminó aprendiendo sobre el cuidado del jardín, sus visitas ya constituían una rutina, él la visitaba inter diario en las mañanas, mientras él cuidaba el jardín ella terminaba de limpiar, luego entraban a la casa para tomar el té. En el atardecer él se dedicaba a pintar, seguía trazando a Celestina haciendo sus quehaceres cotidianos.

Un miércoles en la mañana llegó el nuevo informe, al leerlo se enteraron que Celestina solo era propietaria de la casa donde vivía, solo tenía una cuenta en el banco nacional, y su único ingreso era una pensión que le llegaba cada mes de parte de su difunto esposo.

–El informe confirma que no hay ningún nexo entre Celestina y el fantasma –dijo Fabricio vencido.

–No sé cómo explicarlo pero para mí está claro que ellos aún mantienen contacto –replicó Leonardo.

–Hemos vuelto al punto inicial debemos encontrar una nueva forma de obtener indicios –dijo Fabricio sin prestar atención.

Al día siguiente Leonardo fue a visitar a Celestina, cuando estaban en la sala tomando el habitual té, ella se mostró estresada, al parecer la soledad de sus años le pasaba factura, ella despotricaba contra el hecho de que nadie se recordaba de ella, no la venían a visitar hace mucho, "si muero se darán cuenta por el olor", decía con su voz media llorosa. Leonardo no sabía que podía decir para consolarla o para animarla, se limitaba a escuchar, pero no era suficiente las primeras lagrimas gruesas empezaban a caer sobre sus mejillas, trató de distraerla hablándole de su esposo o de su hijo, las lágrimas empezaban a salir con más fuerza, entonces recordó que en el último informe había leído que Celestina tenía seis hermanos.

–Cuénteme sobre sus hermanos –dijo Leonardo con la voz un poco más

alta interrumpiendo las quejas de Celestina.

– ¿Cómo sabe que tengo hermanos? –preguntó Celestina sorprendida dejando a un lado su tristeza.

–El… otro día me mencionó que tenía seis hermanos –mintió Leonardo.

–Oh si –dijo arrugando el ceño como tratando de recordar –en realidad no éramos muy cercanos, todos éramos hijos de diferentes madres. Mi padre era un picaflor.

– ¿Llegó a conocer a todos sus hermanos?

–Si los conocí a todos, aunque no hay mucho cariño entre nosotros, pues como ya dije no crecimos juntos.

Leonardo bebió el té la conversación no se estaba tornando alegre como él esperaba al parecer estaba abarcando un tema que podría traer tristezas de nuevo a Celestina.

–De todos mis hermanos al que más cariño le tenía era a mi hermanito menor, tenía los ojos de mi Geraldo. Ese pobre niño se quedó huérfano a los diez años, quise hacerme cargo de él, pero no pude, mi esposo no concordaba con mi idea y la economía nos alcanzaba con las justas, los policías no ganan mucho, el niño se fue a vivir a la selva con su familia materna. No supe nada de él durante mucho tiempo hasta que un día apareció en mi puerta sin anunciarme que venía.

–Supongo que aprovechó su visita para conocer la capital, debe ser un recuerdo agradable… –dijo Leonardo.

Los pliegues del rostro de Celestina se hicieron más notorios, bajó su mirada por un momento hacia al suelo y luego dijo: –la visita fue hace años, cuando Geraldo vivía en casa, el tiempo pasa tan lento para mí que parece que fue hace poco.

– ¿Él ha regresado a visitarla?

–No, él ya no viene de visita –respondió Celestina con tristeza.

Un jueves de agosto, Leonardo se reunió con Fabricio en el restaurante que quedaba cerca de su casa, era el único restaurante de la zona que ofrecía un menú no muy condimentado, aquello generaba que los olores de la comida se sintieran agradables, estaban sentados en una mesa pequeña ubicado en un rincón, lo más alejados del televisor para poder hablar, aquel día Fabricio solo disponía de tiempo a la hora del almuerzo,

había acordado hacer algunos papeleos referente a una capacitación que estaba llevando para mantener actualizado sus conocimientos profesionales. Fabricio había llegado tarde, treinta minutos después de lo acordado, a modo de disculpas se ofreció a invitar el almuerzo.

–No estoy seguro –dijo Leonardo con énfasis y expresión seria– pero creo que el hermano de Celestina puede ser la nueva pista para encontrar al fantasma.

– ¿Por qué piensas en esa probabilidad? –preguntó Fabricio.

–Porque su hermano vino de visita más o menos por el tiempo que el fantasma desapareció.

– ¿Crees que él lo ayuda a ocultarse?

–No estoy seguro, pero creo que él puede brindarnos información valiosa.

–Es razonable tu fundamento, debemos averiguar más de él.

–No es tan fácil –dijo Leonardo negando con la cabeza– ya pedí un informe sobre él, solo obtuve información general como su ciudad de origen, su fecha de nacimiento y su dirección.

– ¿Tendremos que acercarnos a preguntar?

–Su domicilio está ubicado en la selva, en Bagua.

–Nunca he estado por allá, esperemos que la comida sea buena –dijo Fabricio determinado.

Capítulo 13

En Bagua, el calor los recibió con todo su esplendor hasta el punto de sofocarlos. Tenían hambre, entraron a un restaurante que estaba reventando de comensales, pidieron purtumute, una combinación de mote y frijoles, por recomendación del mozo, sus estómagos, en agradecimiento, los enviaron al baño.

Al llegar a la dirección de Rodolfo Salazar, encontraron una casa pequeña de un piso, en cuyas paredes habían escrito en letras grandes y negras: "Propiedad en litigio". Había tablas clavadas en la puerta y en las ventanas, lo que descartaba que la casa pudiera tener algún ocupante, en la puerta de la casa de al lado, estaba un señor mayor sentado en una silla de madera leyendo un periódico, al acercarse sin querer vieron en toda una página la foto de una vedette en ropa interior.

– ¿Disculpe por casualidad conoce a Rodolfo Salazar? –preguntó Fabricio.

–Sí, el niño que vino de la sierra vivía en esa casa –respondió el caballero.

– ¿Él vivía solo? –preguntó Leonardo levantando la voz.

–No, vivía junto a su abuela.

– ¿Por qué la casa está en litigio?

–Por los hijos que comenzaron a pelear por la casa.

– ¿Sabe dónde podemos ubicar a Rodolfo? –preguntó Fabricio.

El caballero guardó silencio por algunos minutos, negó con la cabeza y dijo: –No veo al muchacho desde que sus tíos lo votaron de la casa.

"Si su casa está vacía, entonces debemos preguntar por su otra casa", pensó Fabricio y preguntó: – ¿Sabe dónde trabajaba Rodolfo?

–Trabajaba en una fábrica que queda por allá, por donde sale el humo –dijo el caballero apuntando con el dedo.

Caminaron llevando sus mochilas en la espalda en fila india pegados a la sombra de las paredes. La fábrica quedaba cerca y ocupaba toda una cuadra. Cuando entraron y preguntaron por el supervisor les sorprendió la rapidez con la que los atendieron. La oficina del supervisor no era muy grande, había un ventilador prendido muy cerca de su cara. El supervisor

era robusto y usaba un polo de manga corta con cuello. Después de saludarlos, empezó a hablar de los productos de la fábrica y de su calidad. Ellos comprendieron que la buena atención era porque los habían confundido con clientes.

–Ofrecemos descuentos dependiendo del volumen de la compra… –decía el supervisor.

–Disculpe… –interrumpió Fabricio– su producto es muy optimo, pero nosotros veníamos a consultar por uno de sus trabajadores.

El supervisor guardó silencio por algunos minutos mostrando su confusión y dirigiéndose a Fabricio dijo con amabilidad: –Lo confundimos con uno de nuestros clientes…, dígame el nombre del empleado.

–Rodolfo Salazar.

–Ah sí recuerdo al muchacho, un buen muchacho. Trabajó aquí un año y medio. Lamentablemente tuve que despedirlo, ya saben órdenes de arriba.

– ¿Por qué tuvo que despedirlo?

–Faltaba mucho al trabajo por problemas de salud.

– ¿Estaba enfermo? –preguntó Leonardo.

–Muchos trabajadores dicen estar enfermos pero en realidad toman demasiado –dijo el supervisor cogiendo el teléfono sin dirigirles la mirada señal que la atención terminaba.

Al salir de la fábrica ya era de noche, Leonardo entusiasmado miraba el cielo estrellado una imagen que se perdía a menudo debido a la niebla de la capital. Se sentía un aire caliente que les provocó bochorno, había algunos mosquitos y zancudos que revoloteaban cerca, ninguno de ellos llevaba repelente, terminaron con varias ronchas en los brazos y pantorrillas. Regresaron a pie, a esas horas la calle estaba casi desolada solo se escuchaba el ruido del viento al rozar los árboles que acompañaban el camino.

–Me parece que deberíamos ir al hospital a averiguar sobre Rodolfo Salazar –dijo Fabricio.

–Claro, para justificar sus faltas debió presentar permisos médicos –dijo

Leonardo.

–Sí y es probable que nos proporcionen indicios de su domicilio.

El martes desayunaron tacaco, un plato típico hecho a base de plátano verde, con los estómagos satisfechos se dirigieron al centro de salud nacional. Se sorprendieron al encontrar instalaciones que desde afuera se observaban despintadas, aquel centro de salud había sido construido en los años setenta y al parecer desde entonces su mantenimiento había sido mínimo, el piso estaba rajado por varios lados, la pintura se descorchaba de la pared dejándola expuesta, la falta de ventilación hacia que el calor se sintiera aún más, aumentando el olor a medicina. Esperaron por horas, vieron ir y venir a varios pacientes, los atendió una señora que no les dio tiempo para saludar, los derivó a otra oficina y continuaron siendo derivados hasta que llegaron a encontrar al responsable de actualizar el historial médico de los pacientes, Fabricio colocó un billete de cien soles sobre su mesa y le solicitó el historial de Rodolfo Salazar, el oficinista guardo el billete en el bolsillo, acto seguido les pidió que lo esperaran, veinticinco minutos después regresó con un folder, en el cual resaltaba el nombre del paciente, solo encontraron un registro que indicaba las fechas en que había acudido al hospital sin especificar el motivo de las citas médicas. El oficinista les explicó, a modo de disculpas, que antes no tenían un sistema donde guardar los datos de los pacientes, casi todo se llenaba a mano y en ese proceso se perdían los datos.

Ellos estaban caminando cerca de una plazuela cuyos arboles eran enormes y proyectaban grandes sombras, avanzaban sin un rumbo fijo. Fabricio analizaba donde más podían averiguar acerca del hermano de Celestina. Llegaron a una calle que estaba llena de puestos de venta, parecía un mercado al aire libre, los vendedores de la zona los reconocieron como forasteros y asumieron que su estadía era temporal. Muchos de ellos les ofrecieron algunos cachivaches como recuerdos del viaje, había piedras bonitas, instrumentos de música tradicionales, pulseras o collares de pepas, polos y estampitas, a Leonardo le llamó la atención que ofrecieran estampitas de recuerdo.

El vendedor al notar su interés le dijo –Es para que “San Juan Bautista” lo proteja durante su viaje de regreso.

Leonardo solo asintió y miró para otro lado mientras asumía que en Bagua todos acudían cada domingo a misa a golpearse el pecho.

– ¿Cuánto cuesta? –preguntó Fabricio.

–Cinco soles –respondió el vendedor.

– ¿Es el patrón de Bagua?

–Sí señor y es milagroso, pídale lo que quiera y él lo ayudara.

– ¿Cuándo es su aniversario?

–El veinticuatro de junio.

– ¿Hacen procesión?

–Sí señor, todo el pueblo va a la procesión.

– ¿Aquí todos son católicos? –preguntó Leonardo abruptamente.

–Sí señor, todos somos muy católicos –respondió el vendedor dando una mirada reprobatoria a Leonardo.

– ¿Sabe por dónde queda la parroquia? –preguntó Fabricio.

–A diez cuadras de aquí señor, siga de frente.

De inmediato iniciaron el camino hacia la parroquia, Leonardo no estaba muy entusiasmado con la idea, pero Fabricio le explicó que tal vez en la parroquia obtendrían información de Rodolfo. La iglesia de Bagua había sido renovada algunos años atrás, su arquitectura era moderna y se podía apreciar el portón de madera tallado en alto relieve. El padre Jacinto hablaba con acento español, era gordo, medio pelirrojo, sus mejillas chaposas revelaban que se acaloraba con facilidad.

–Buenas tardes padre –dijo Fabricio con formalidad.

–Buenas tardes –dijo el sacerdote.

Leonardo saludo haciendo una venia.

–Nosotros hemos venido porque… –dijo Fabricio

–Escuché padre, necesitamos encontrar a un viejo amigo, Rodolfo Salazar –dijo Leonardo sin rodeos.

–Agradeceríamos mucho cualquier información que pudiera brindarnos –dijo Fabricio completando la frase de Leonardo.

El padre Jacinto los guio hacia una oficina grande cuyas paredes eran de color amarillo, varios escritorios estaban acomodados uno al lado de otro y había un franelógrafo donde estaban pegadas varias imágenes acompañadas de frases como “vive en paz” o “la fe mueve montañas”.

Él se sentó en uno de los escritorios que estaban atrás y con voz apacible dijo: –Cada año la parroquia organiza un partido de futbol, Rodolfito jugaba siempre de arquero, a él le parecía una buena posición, su último juego fue hace seis años.

– ¿Actualmente, mantiene algún contacto con él? –preguntó Fabricio.

–No –respondió el sacerdote.

– ¿Sabe a dónde se fue?

–Sí, él viajó a Lima.

– ¿Sabe dónde se alojó después de que se quedó sin casa?

–Él se quedó aquí en el cuarto de servicio ¿Cuándo lo conocieron?

–No lo conocimos –respondió Leonardo– pero lo estamos buscando porque Rodolfo puede ser útil en un proyecto muy importante.

El padre los miró con profundidad por algunos segundos y luego dijo: –No creo que lo encuentren, Rodolfito estaba muy enfermo se fue a Lima para tratar de sanarse.

– ¿Sabe de qué estaba enfermo?

–De hepatitis –respondió el padre– tenía la cara pálida y los ojos amarillos. La última vez que vino se despidió y me pidió que rezara por él. Según me contó se enfermó porque en su infancia bebió agua de la acequia.

–Hepatitis… –dijo Leonardo estupefacto– ¿Tiene alguna foto de Rodolfo?

El padre Jacinto se levantó y se dirigió a un armario que estaba en el rincón pegado a la pared, del cual cogió un fichero grande forrado con papel lustre de color amarillo.

–Siempre guardo fotos de los partidos de futbol –dijo el padre ojeando el fichero hasta que una sonrisa ensancho su rostro– aquí esta.

En la foto ellos observaron al equipo completo de futbol, entre ellos a un muchacho con las facciones muy parecidas al fantasma, solo se

diferenciaba de él porque era más delgado y más moreno.

– ¡¿Cómo es posible?! –preguntó Fabricio asombrado.

–Es común que las personas que enferman de hepatitis contraigan cirrosis si la enfermedad no es bien curada –dijo Leonardo en voz baja.

– ¿Qué ocurre? –preguntó el padre sin entender.

– ¿Hace cuánto que conoce a Rodolfo? –preguntó Leonardo.

–Hombre, desde que se vino a vivir con la abuela, él tenía unos once años.

Al salir de la parroquia caminaban con paso lento pero firme, aquella visita había sido más provechosa de lo que se imaginaron, ahora sabían que nombre usaba el fantasma, pensaba Fabricio.

Capítulo 14

La tarde gris de Lima los esperaba con pequeñas brisas, ambos estaban satisfechos con los resultados del viaje, compartieron el taxi para llegar a sus respectivas casas, el auto se atoró en medio del tráfico exagerado de las calles.

–El hermano de Celestina llegó muy enfermo a buscar ayuda de ella y se hospedó en su casa –dijo Fabricio

–No tenía trabajo ni dinero. Esta claro que Celestina era su única opción

–La oportunidad propicia, él muchacho sin trabajo ya no tenía seguro médico, su única opción para ser ingresado era utilizar el nombre de Geraldo.

En las últimas cuatro visitas, Celestina se mostraba de buen humor. Agradecía la compañía de Leonardo invitándolo, como ya era de costumbre, el té acompañado de galletas. Las charlas eran algo tediosas porque Celestina volvía a contar las mismas anécdotas que Leonardo ya conocía con comas y puntos. Él se animaba cuando la escuchaba hablar sobre que hizo el día anterior, a quienes vio y los chismes que circulaban entre los vecinos, porque esperaba encontrar en medio del chismorreo algún comentario sobre Geraldo, pero ella no mencionaba nada de él. Cuando Leonardo hacia alguna pregunta directa sobre Geraldo, Celestina cambiaba de tema y algunas veces le mandaba indirectas sobre la elegancia del cabello corto en los hombres y sobre las primeras impresiones. En respuesta él solo asentía a sonreír. Cada noche Leonardo pintaba con la ventana abierta, el frío lo ayudaba a mantener la concentración, desde que pintaba a Celestina, su insomnio se había vuelto frecuente, terminó por acostumbrarse a dormir cinco horas por día. En las nuevas pinturas se observaba a Celestina: en su casa, en la iglesia y en el mercado. Al parecer el fantasma la había olvidado por completo, él no figuraba en ningún cuadro.

–Ya ha pasado una semana de nuestro regreso de Bagua y aún no sabemos nada sobre él –dijo Fabricio irritado.

–No sé por dónde más podemos buscar –reconoció Leonardo agotado–. Estaba seguro de que el fantasma se contactaría con Celestina.

–Yo también consideraba lo mismo… –dijo Fabricio y recordó que cuando vivía en Brasil sin internet no hubiera podido comunicarse tan seguido con

su familia, de repente se percató que había dejado pasar por alto un detalle muy obvio–. Para comunicarnos no necesariamente nos tenemos que ver las caras –dijo lleno de entusiasmo.

– ¿Qué? –preguntó Leonardo.

–Hasta ahora hemos asumido que el fantasma se acercaría a Celestina. Pero existen otros medios para mantener el contacto, no creo que puedan comunicarse por internet porque Celestina no tiene computadora. Entonces nos queda el celular…

–Ella no utiliza el celular, porque según ella solo se complicaría la vida.

–Entonces es más fácil para nosotros.

Leonardo pidió a su contacto que trabajaba en el área de informática de la policía que le facilitara el registro de las llamadas recibidas por Celestina, su amigo le explicó que él no podía hacerlo, ya que esa información debía ser solicitada a la empresa telefónica. Leonardo le preguntó a su amigo si conocía a alguien que pudiera hacerle el favor. Después de cierta negociación sin papeles de por medio se llegó al acuerdo de que a cambio de una modesta suma, él recibiría, todos días alrededor de las diez de la mañana, el registro de las llamadas entrantes y salientes del teléfono de Celestina. Cada mañana Leonardo comprobaba a quienes pertenecían los números del registro, por suerte no eran muchas las llamadas, en su mayoría al devolverlas se enteraba que eran de empresas que utilizaban ese medio para promocionar sus productos. Una semana y media después, estaba empezando a perder la paciencia hasta que un jueves retornó una llamada que nadie respondía, intrigado insistió varias veces hasta que le respondieron.

–Aló –respondía la voz de un niño.

–Hola me llamaron de este número –dijo Leonardo.

–Yo no lo llame –respondió el niño.

–Me puedes pasar con Geraldo –dijo Leonardo insistente.

–Número equivocado –dijo el pequeño antes de cortar la comunicación.

Fastidiado Leonardo volvió a llamar esperando que esta vez le responda algún adulto, el número no figuraba en la guía telefónica, no podía ver a quien pertenecía. Después de timbrar varias veces le respondió una

señora.

–Hola me llamaron de este número –dijo Leonardo otra vez.

–Buenos días, este es un teléfono público seguramente quien lo llamó ya se fue.

"Tal vez el fantasma llamó a Celestina", pensó Leonardo. Decidió no comentar nada hasta estar seguro. El viernes en la tarde Leonardo caminaba por una avenida bien transitada, a donde sea que miraba encontraba empresas, los autos circulaban sin dar tregua a la pista, lo que hacía que los peatones solo pudieran cruzar con la ayuda de la luz roja del semáforo. Un supermercado resaltaba por su tamaño y el color amarillo de su fachada. A un costado de la entrada estaban a disposición de los transeúntes 3 cajeros bancarios y 2 teléfonos públicos. Leonardo simuló intentar hacer llamadas en cada uno no quería ser interrumpido mientras se concentraba en la energía del fantasma. Cuando terminó se encontró con una pequeña cola de espera de 5 personas, el otro teléfono había sido ocupado por un señor que hablaba entusiasmado con varias monedas en la mano. Ya en su habitación pintó sin apuro mientras escuchaba a Mozart a todo volumen. Estaba a punto de llamar a Fabricio, cuando un sonido peculiar atrajo su atención, tocaban la puerta y él la abrió sin preguntar. Fabricio entró a la habitación a tiempo para ver la nueva pintura, el fantasma aparecía utilizando un teléfono público.

– ¿Lo has visto? ¿Cómo lo has encontrado? –preguntó Fabricio ansioso.

–Todavía no lo he visto, según el registro de las llamadas anteayer, alrededor de los nueve de la noche, Celestina recibió una llamada proveniente de un teléfono público.

–Es probable que el fantasma viva cerca al supermercado, en el cuadro se pueden ver sus bolsas de compra en el suelo, por lo general, según estadísticas, la mayoría elige hacer compras de productos básicos cerca de su domicilio –dijo Fabricio animado haciendo cálculos mentales.

Al día siguiente, desde temprano Leonardo y Fabricio anduvieron por las calles cercanas al supermercado, Leonardo caminaba en busca de la energía del fantasma, Fabricio trataba de ver los rostros de todos los que caminaban alrededor suyo. Almorzaron en el supermercado, el patio de comidas era de tamaño mediano, la comida no era muy agradable, habían utilizado demasiado aceite y este se había asentado alterando el sabor. El hambre pudo más que el mal sabor, ambos dejaron el plato limpio. Continuaron caminando un par de horas más por las calles hasta que

agotados decidieron dar la tarea por finalizada. Al llegar a su habitación Leonardo tomó varios vasos de agua y decidió dormir media hora para después dedicarse a pintar. A pesar de que había puesto la alarma durmió tres horas más de lo planeado, al despertarse en medio de la noche se apresuró en trazar en los lienzos. Pintó varios cuadros de diferentes calles, se durmió cuando resplandecían los primeros rayos solares de la madrugada.

Cuatro horas más tarde llegaba Fabricio interrumpiendo, como ya era su costumbre, el descanso de Leonardo. Fabricio se asombró al ver varios lienzos nuevos, abrió la cortina de la ventana para que la iluminación de la habitación mejorará, en los cuadros estaban estampados las calles por las que habían paseado, pero en ninguna de ellas se encontraba al fantasma.

–No llegué a enfocarme en la energía del fantasma –dijo Leonardo aun somnoliento.

Fabricio empezó a mover los lienzos acomodándolos, según el orden de las calles, cuando terminó dijo optimista: –Ahora ya podemos descartar algunas calles de la investigación. Cada vez estamos más cerca del fantasma.

Leonardo no comentó nada, la excursión y la trasnochada lo habían agotado. Necesitaba descansar.

A las cuatro con treinta y tres de la tarde, Fabricio caminaba cerca del supermercado, había hecho un nuevo cálculo de donde podía estar ubicada la casa del fantasma utilizando como referencia el supermercado y descartando las calles plasmadas en los cuadros, no esperaba encontrarlo sin la ayuda de Leonardo pero igual recorrió las calles señaladas, parecían solitarias y era obvio a media semana la mayoría se gana los "frijoles de la mesa", se dijo evocando una frase de su abuelo, solo se cruzó con algunas amas de casa, heladeros, ancianos y niños. Las calles se oscurecían y las luces públicas comenzaban a alumbrar las pistas, Fabricio agotado de caminar volvió al supermercado, estaba buscando los bocaditos chinos cuando de repente reconoció a aquel extraño, el pelo corto, los ojos claros y las cejas pobladas, confirmaron su identidad, el fantasma caminaba con una canasta, estaba haciendo compras. Fabricio había imaginado varias veces su reacción al encontrar al fantasma, aquello jugaba a su favor porque a pesar de sentirse furioso, sabía que debía ser cauteloso, se concentró en sus manos, se habían hecho puños, estiró los dedos y respiró profundo. Decidió esperarlo afuera cerca de la puerta de ingreso, al lado de un árbol que estaba entre la vereda y la pista. Las ramas del árbol se sacudían varias veces a causa del viento, él solo usaba una chaqueta delgada que apenas lo resguardaba de la brisa, sin embargo el frío no le incomodaba al contrario lo prefería

porque le hacía recordar que debía permanecer alerta. Diecisiete minutos después el fantasma salía llevando un par de bolsas grandes en cada mano, caminaba cuesta abajo sin apuro y cedía el paso cada vez que alguien se le cruzaba. Los cálculos de Fabricio eran acertados, la vivienda del fantasma quedaba por las mismas calles que él había rondado horas antes, lo observó ingresar a un edificio pequeño de seis pisos, estuvo atento a las luces se prendió la del último piso y esperó un prolongado tiempo, el fantasma se quedó en casa.

Capítulo 15

En la mañana Leonardo se alistaba para su nueva excursión, esta vez llevaría una botella de agua y algunas galletas para engañar a su estómago. Abrió las ventanas para que el cuarto se aireé, el ruido del tráfico se hizo más fuerte, Leonardo miró hacia la pista, los bocinazos sonaban una y otra vez, los choferes debían estar irritados por que no conseguían avanzar, "otra vez la procesión de autos", pensó.

Media hora después Fabricio llegaba y en voz más alta de lo normal dijo: –¡Encontré al maldito hijo de puta!

– ¡¿Qué?! –preguntó Leonardo sorprendido.

–Encontré al fantasma –dijo Fabricio modulando cada sílaba.

Leonardo no respondió nada, estupefacto solo pensaba en que por fin lo encontraron, el fantasma ya no podría acabar con la vida de otra chica. La emoción comenzaba a invadirlo.

–No podemos cantar victoria todavía –dijo Fabricio tratando de mantener la calma.

Leonardo asintió y dijo: –Tenemos que pedir una prueba de ADN entre él y Celestina.

–No es tan sencillo, esa prueba de ADN no sería aceptada como válida.

– ¿Por qué? –preguntó Leonardo intrigado.

–La prueba de ADN solo confirmaría que Celestina y el fantasma son familiares, no se podría distinguir si se trata de medios hermanos o de un padre e hijo.

Leonardo guardo silencio por un instante, sus manos se hicieron puños apretando la silla y dijo: –Está claro que debemos terminar con él, ya no puede andar por ahí, libre.

–Desde mi punto de vista solo hay dos alternativas para terminar con el fantasma –dijo Fabricio con el mentón rígido.

– ¿Cuáles son? –preguntó Leonardo manteniendo la mirada fija.

–Matarlo de un disparo es la más efectiva y la otra que parece inalcanzable es hacer que los huevones de la policía hagan su maldito

trabajo de una vez por todas.

–Lo dejas claro, escojo la primera opción, cuando lo mates sólo piensa en que para todo el mundo el fantasma será un hombre inocente –dijo Leonardo manteniendo la mirada firme.

Fabricio no podía matarlo dejando que todos lo creyeran inocente, sus padres, no, su familia entera debía saber que su hermana Fernanda no se suicidó y la única manera era exponiendo la verdad, tarea que parecía imposible. Durante algunos minutos, solo se escuchaba los acordes del violín que eran suaves y daban cierto aire de tranquilidad al cuarto, Fabricio miraba una vez más hacia los cuadros de la ventana, en aquellos momentos de frustración, la voz de su abuelo apareció en su interior evocando un recuerdo.

– ¿Quién quieres ser el zorro o el león? –le había preguntado el abuelo, mientras le metía las cucharas de sopa a la boca.

–El león porque es el más fuerte –respondió Fabricio.

Su abuelo sonriente preguntaba: – ¿Recuerdas el documental del león que vimos? ¿Cómo ataca un león a su presa?

Fabricio lo miraba atento. El abuelo volvió a preguntar: – ¿Cómo ataca el león al venado?

Fabricio se quedaba pensativo tratando de recordar el documental.

–El león corre hasta alcanzarlo, una vez cerca, el león salta encima del venado. Como el león es enorme, el venado cae al suelo y es degollado por el león.

Fabricio se mantenía callado con la comida en la boca.

– ¿Sabes cómo los zorros atacan al venado? –preguntaba el abuelo.

–No –respondió Fabricio.

– ¿Es el zorro igual de grande que un león?

Fabricio negaba con la cabeza mientras masticaba las verduras.

El abuelo continuó: –Si un zorro quiere atacar a un venado, el zorro se le acerca dando vueltas a su alrededor, porque eso provoca que el venado se mareé y una vez que el venado mareado cae al suelo, el zorro se acerca y

le da un ZAZ en el cuello.

Fabricio escuchaba atentó, mientras otra cuchara de comida entraba a su boca.

–Cuando tengas un problema –le aconsejaba el abuelo –, debes pensar cuál de los dos puedes ser, debes recordar que el león ataca de frente, mientras que el zorro ataca de forma sigilosa, según el problema que tengas vas a tener que escoger.

–Me gustaría ser el león –decía Fabricio, mientras su abuelo lo apuraba con la comida.

Una de las patas de la mesa se había gastado con el uso provocando que la mesa se balancee de un lado a otro. Leonardo intentaba nivelarla poniendo cartones doblados debajo de la pata más pequeña. Estaba empezando a sonar Jazz Clásico en la radio, el acompañamiento de la trompeta aumentaba la sensación de calma.

–Hoy visita a Celestina y pregúntale sobre su hijo, mientras yo seguiré al fantasma de cerca –dijo Fabricio de repente.

A Leonardo las ideas de Fabricio no le parecían acertadas y su duda se reflejó en su rostro.

–Aún no sabemos de qué hablaron el fantasma y Celestina el jueves por la noche, es probable que ella sepa más de lo que admite –explicó Fabricio.

–Eso está claro –dijo Leonardo.

Eran las ocho y media de la mañana, Fabricio merodeaba por la calle del domicilio del fantasma, había varias tiendas con letreros llenos de polvo y puertas despintadas. El pequeño edificio que alojaba al fantasma era de color gris, Fabricio llamó por el intercomunicador al sexto piso, no obtenía respuesta alguna, insistió presionando varias veces el intercomunicador hasta que le respondieron con un “hola”.

–Buenos días –dijo Fabricio–, hoy podemos hablar de Jehová y de sus obras. El intercomunicador dejo de emitir ruido, el fantasma había colgado.

–Si sigue en casa –se dijo Fabricio–, entonces deberé esperar a que salga.

Entró a una pastelería pequeña que quedaba al frente, era un establecimiento poco iluminado, la dueña era una señora que rondaba los

cuarenta, usaba un delantal y estaba sentada en un banco detrás del mostrador mirando despreocupada una telenovela, al principio él fue el único cliente, conforme pasaron los minutos vio entrar a dos más, se había sentado en una mesa que quedaba cerca de la puerta desde la cual observaba sin dificultades la casa del fantasma.

Cerca de las diez de la mañana el fantasma salía con un maletín, Fabricio lo observó tomar un bus de la línea amarilla, él tomó un taxi y siguió la ruta revisando cada paradero hasta que por fin lo vio bajar. Lo siguió a pie a una distancia razonable lo vio entrar en un estudio de arquitectos. Una hora más tarde, el fantasma almorzaba sin compañía en un restaurante que estaba a unas cuadras de la oficina. Treinta y cinco minutos después, el fantasma hizo una nueva llamada utilizando el teléfono público. Fabricio se quedó en la vereda del frente mirando de reojo a su alrededor, había un banco, una agencia de viajes y un puesto de periódicos; los titulares hablaban de una manifestación. Volvió la vista al fantasma, ya no estaba en el teléfono, alertado lo siguió buscando y lo encontró cruzando la pista con dirección hacia él.

–¿Nos conocemos?

Fabricio no respondió, sus manos formaron puños presionando los dedos con fuerza

–En el maletín tengo papeles, te advierto no poseo nada de valor –dijo el fantasma con rostro amenazador.

–No soy un ladrón –espetó Fabricio con calma, se dio media vuelta, camino despacio y estiro sus dedos.

Durante esa misma mañana, Leonardo había visitado a Celestina, esta vez no dejó que ella se centrara en contarle las mismas anécdotas que ya conocía de memoria, mientras ella sorbía el té despacio. Leonardo preguntó sin rodeos: – ¿Hay alguna novedad sobre el caso de Caroline?

–No, hace días llamaron para preguntarme qué relación existía entre mi Geraldo y esa pobre niña, les dije que eran compañeros de la universidad.

–Señora Celestina –dijo Leonardo serio– usted cree que él es inocente… yo sé que él es culpable de la muerte de Caroline –pronunció despacio, midiendo el impacto de cada palabra.

Celestina furiosa se levantó del sofá dejando caer la taza de té, cuyo impacto con el suelo provocó un ruido agudo que atrajo la mirada de ambos hacia el piso, la taza estaba quebrada.

–No existen pruebas, mi Geraldo es inocente, esa es una patraña que inventaron contra él por envidia ¡LARGO! ¡LARGUESE DE MI CASA!

Leonardo la miró inexpresivo por algunos segundos.

– ¡Fuera de mi casa! –dijo Celestina con los labios temblando.

En las últimas horas de la tarde, Fabricio llegaba al domicilio de Leonardo, la puerta lo esperaba abierta. Ambos compartieron los resultados de sus respectivas tareas.

–Hoy después de que Celestina me votó de su casa, me quede cerca observando y vi como el fantasma entraba a su casa sin necesidad de tocar el timbre –dijo Leonardo con rostro de grave seriedad que se acentuaba por su ceño fruncido.

–Es probable que Celestina le haya contado sobre su agradable charla con su supuesto amigo –dijo Fabricio sonriendo irónico.

–Me parece que estamos poniendo demasiada presión –dijo Leonardo con cautela–. El fantasma se puede volver más peligroso si se siente acorralado.

–No considero que el fantasma se sienta acorralado, yo no dije nada comprometedor y tú solo lo has implicado en el caso de Caroline.

–Está claro que debemos avanzar con precaución él es astuto, ahora mismo debe tener algunas sospechas sobre nosotros, no podemos tomarlo a la ligera. El descubrimiento de Caroline debe haberlo puesto alerta.

–Sí –respondió Fabricio– es razonable tu punto de vista. Desde mi perspectiva la mejor forma de capturar al fantasma es…

–Rastreando su energía –dijo Leonardo interrumpiendo.

Fabricio asintió y agrego: –El fantasma ya debe haber entablado un acercamiento con alguna joven. Según su nuevo domicilio puedo establecer un perímetro de búsqueda.

Capítulo 16

Leonardo desayunó en el supermercado, una taza de té y galletas integrales, y compró un puñado de dulces que guardo en su bolsillo, esperaba que la glucosa le ayudara a mantener la mente activa. Dentro del perímetro que marcó Fabricio en el mapa había tres parques colindantes al nuevo domicilio del fantasma, el primero que visitó era pequeño apenas ocupaba dos cuadras, al pisar el pasto su basta del pantalón término mojado, recién habían regado el césped, había una zona de juegos, varios niños correteaban de un lado a otro. En el segundo parque observó fascinado una pileta decorada con estatuas de sirenas, cuando estaba acercándose a los árboles un vigilante le indicó que no estaba permitido pisar el césped, le pareció ridículo que le impidan el contacto con la naturaleza, tocó todos los árboles que estuvieron a su alcance. El último parque que visitó era el más grande y el más descuidado, el pasto estaba lleno de desagradables sorpresas que los perros y las palomas habían dejado y al tocar los troncos de los árboles se hizo un par de raspones con sus espinas gruesas, las cuales a simple vista no se notaban.

En casa hizo varios trazos apurados, como resultado obtuvo dos cuadros sin el personaje principal y otros dos en los cuales el inconfundible rostro del fantasma lo desafiaba con su mirada. En un cuadro, Geraldo aparecía escondido detrás de un árbol mirando a dos chicas que caminaban de espaldas y en el otro, Geraldo aparecía detrás de una esquina mirando a una muchacha que llevaba consigo un bolso grande. No pudo ver el rostro de ella, la había dibujado de perfil y un mechón de su cabello caía sobre su frente.

Luego de 2 días, Leonardo se sentía presionado, concentrarse y rastrear la energía del fantasma era una tarea que lo estaba agotando cada vez más, las calles parecían interminables y las opciones se multiplicaban. Pintó varios cuadros, en algunos no aparecía el fantasma y otros lo mostraban caminando. Cuando empezó a sentir pequeñas punzadas de dolor en la cabeza, decidió que lo mejor era rastrear la energía en una zona pequeña que ya había dado resultados. Regresó al primer parque y caminó por las callecitas cercanas. En la noche, después de una pequeña siesta de la que despertó sobresaltado con la sensación de tener sus manos enlodadas, empezó a trazar y por fin pudo encontrarla. La pintó al costado del fantasma, caminando por una callecita cerca del supermercado, vestía un saco y una falda de color plomo, unos tacos altos negros y colgaba de su hombro la misma cartera grande que ya había pintado. En un nuevo lienzo amplió su rostro, ella tenía la cara ovalada, los ojos chinos y el cabello

negro y largo. Usaba maquillaje suave y aretes grandes plateados.

Desde temprano, Leonardo y Fabricio hicieron guardia cerca del supermercado. Cada uno observaba desde un ángulo diferente, después de dos horas largas de espera, alrededor de las 8:30 de la mañana, Fabricio la vio acercarse a lo lejos, ella vestía una minifalda negra y tacos rosados que combinaban con su blusa, la vieron caminar a paso rápido, los dos la siguieron sin hacerse notar mezclándose con los demás, cuando llegaron a la avenida principal casi la pierden de vista porque habían demasiados transeúntes, una parte de ellos avanzaba hacia la derecha, otra parte hacia la izquierda y otros se quedaban quietos esperando la luz roja del semáforo para poder cruzar la pista, era difícil adelantar el paso, consiguieron mantener su vista sobre ella debido a su peculiar blusa rosada, "incluso esa blusa se podría distinguir de noche", pensaba Leonardo. La vieron entrar a una empresa, "SPV" se leía en un letrero grande. Entraron detrás de ella, un vigilante se paró en medio de su camino impidiendo que ellos pudieran seguir con su tarea.

–Buenos días… –dijo Fabricio– ¿Dónde podemos solicitar información?

El vigilante les señaló un módulo que estaba delante de ellos, una señorita de cabello largo y rubio los esperaba con una sonrisa.

–Buenos días –dijo Fabricio mirando a la recepcionista– ¿con quién debo comunicarme para solicitar una entrevista de trabajo?

–Llegan tarde –dijo la recepcionista mirando el reloj de su muñeca–, las entrevistas comenzaron hace una hora, suban por el ascensor al segundo piso, la primera puerta a la derecha.

El ascensor era pequeño, máximo podían caber cinco personas dentro, se sintieron cómodos porque eran los únicos ocupantes.

–El edificio tiene varios pisos ¿en cuál podemos encontrarla? –preguntó Fabricio pensativo.

–No sé –respondió Leonardo –hay que buscar en cada piso hasta que la encontremos.

Planearon dividirse los pisos: el tercer, quinto y séptimo piso; Leonardo, el segundo, cuarto y sexto piso; Fabricio.

Las puertas del ascensor se abrieron y para su sorpresa los estaba esperando un joven de lentes redondos para guiarlos, se tomaba la

molestia porque ya faltaba muy poco para que las entrevistas terminaran.

–Nosotros requerimos personal eficiente y pro–activo para la nueva área del call center que promocionará productos en los mercados de Estados Unidos y de Canadá. ¿Cuál es su nivel de inglés?

Ambos afirmaron tener un nivel avanzado de inglés, el joven de los lentes redondos los dejó en la entrada de una pequeña oficina, tenían que esperar a que acabara la última entrevista en curso, eran muchos los postulantes que ya estaban esperando los resultados y que para entretenerse se distraían con el celular. Había otro vigilante que merodeaba cerca de las escaleras y del ascensor, no podían caminar más allá del segundo piso, Fabricio pudo leer Recursos humanos en el rotulo de una puerta de vidrio que estaba abierta. El cabello largo y los pantalones rotos de Leonardo atraían la atención, él no podía pasar desapercibido.

–Disculpe ¿Qué hora es? –preguntó Leonardo sabiendo la respuesta y tapando por unos minutos la visión del vigilante.

Situación que Fabricio aprovechó para meterse por la puerta de vidrio, habían varios cubículos, una joven se movía de un lado a otro llevando copias, miró en su fotocheck llevaba escrito "practicante", cuando ella se acomodaba en su cubículo, él le indico que la llamaban de recepción para que apoye con el nuevo paquete que acababa de llegar, la joven salió de la oficina con cierta pesadez en sus pasos, Fabricio se sentó frente a su computadora, revisando entre sus aplicaciones abrió un programa llamado "Personal Admin", pedía usuario y contraseña, datos que estaban anotados en un post–it pegado al costado del monitor, Fabricio accedió sin problemas. Los nombres de las áreas aparecían por orden alfabético: abastecimiento, contabilidad, finanzas, … entró a abastecimiento aparecía un organigrama con los nombres y las fotos de cada uno; no estaba ahí, contabilidad; tuvo suerte, ocupaba el cargo de Contador Junior. Anotó su nombre y su número del documento de identificación. Cuando volvió a la sala de espera, siete minutos después, se sorprendió al encontrar a Leonardo despidiéndose del entrevistador en perfecto inglés.

La joven se llamaba Cecilia Melendrez de veintiséis años, según el informe que su amigo de informática les proporcionó, ella todavía vivía con su familia y su domicilio quedaba lejos de su trabajo.

–No vive por la zona, pero en cierta forma está al alcance del fantasma –dijo Fabricio.

Leonardo asintió. En un nuevo cuadro la había pintado muy cerca del fantasma, estaban sentados en el paradero, ella sonreía. "No hay nada peor que estar en la mira de un cazador", pensó.

De repente la radio dejo de funcionar y el cuarto se quedó a oscuras, al mirar hacia afuera pudieron comprobar que las casas del frente también estaban a oscuras. Leonardo encendió una vela y la colocó en medio de la mesa.

–Tengo entendido que un asesino en serie guarda un objeto relacionado con la víctima para que le recuerde el crimen –dijo Leonardo modulando cada palabra– Mientras el fantasma está distraído, nosotros podemos aprovechar para buscar pruebas.

– ¿Pruebas? ¿Qué pruebas? La policía ha desechado toda la evidencia que les hemos mostrado, ni siquiera se interesaron en el testimonio del padre Jacinto, estoy empezando a pensar que la policía tiene estándares imposibles –dijo Fabricio fastidiado.

–Estas son más contundentes –dijo Leonardo sin alterarse.

Fabricio se quedó pensativo por unos momentos, si encontraban las pruebas el fantasma sería capturado por fin, pero aprovechar la distracción significaba que aún no podían advertirle a Cecilia sobre el peligro que estaba cerca de ella. Recordó a su hermana y desecho la idea de inmediato.

–No –respondió– debemos buscar otra alternativa.

–El plan tampoco me gusta –dijo Leonardo despacio– pero creo que, si no capturamos al fantasma ahora él puede continuar libre destruyendo otras vidas.

Fabricio volvió a considerarlo, Leonardo le estaba mostrando una solución adecuada y debía evaluar las probabilidades.

–Faltan ocho días para la fecha límite, si en tres días no encontramos ninguna prueba, le contamos todo a Cecilia. Su seguridad es prioridad.

–Está claro que Cecilia estará a salvo –dijo Leonardo determinado….

Leonardo y Fabricio se convirtieron en clientes de la pastelería que quedaba al frente de la casa del fantasma, por el derecho de poder sentarse en la mesa del rincón ellos compraban gelatinas y algunas tajadas de tortas de vainilla o de chocolate, permanecían durante horas dentro del local anotando en un cuaderno las horas en que el fantasma salía y regresaba a casa, lo mismo hacían con los demás inquilinos.

Por lo general el fantasma salía a las once de la mañana llevando un maletín enorme consigo y regresaba alrededor de las cuatro y treinta de la tarde, a veces hacia hora caminando por el parque hasta las seis y veinte, lo veían caminar con dirección al supermercado, a esas horas Cecilia debía

estar por ahí. Otras veces iba a manejar bicicleta, cuando el fantasma salía en bicicleta se vestía diferente, ropa juvenil y gorro, siempre con gorro, en cada salida se iba por una dirección distinta, al parecer le gustaba explorar, regresaba raspando las 11 de la noche, con el rostro brillando de sudor.

Martes, ambos habían ido en la madrugada y dejaron un par de bolsas pesadas cerca de la puerta. A las diez de la mañana ellos esperaban en la pastelería, vieron a Geraldo salir con su maletín, ellos aún seguían esperando, una hora después una pareja de ancianos salía del edificio, el caballero iba en silla de ruedas, cerca de la entrada las bolsas de basura dificultaban su desplazamiento y aunque su esposa se esmeraba en mover la silla, esta se resbalaba de sus manos. Fabricio saludó a los ancianos y ayudó a mover la basura, en aquel instante de distracción, la señora olvidó cerrar la puerta y Leonardo se aseguró de mantenerla abierta. Cuando la pareja se alejó, ellos entraron al pequeño edificio. Fabricio y Leonardo subieron las gradas, no había ascensor, hasta llegar al sexto piso, encontraron varios fieros sobresalientes, ladrillos apilados y al costado derecho un minidepartamento conformado por dos habitaciones con paredes sin acabados. Fabricio se acercó a la puerta y la abrió con la ayuda de un gancho y una tarjeta de crédito, la habitación estaba ordenada y limpia. Leonardo tocó todo lo que pudo, el armario no tenía mucha ropa y la poca que había era casi nueva y barata, no había cama, sólo un colchón tendido, pegado a la pared, cubierto con una frazada delgada, no encontró ni una sola pulsera artesanal… "una habitación vacía", pensó Leonardo, cabizbajo salió a tomar aire, "el fantasma y las azoteas", pensó, se acercó a los ladrillos apilados y pudo ver el parque y a la pareja de ancianos que andaban a paso lento, Fabricio aún seguía en la habitación, volteó el colchón y rebuscó en cada rincón. Hubiera seguido buscando, pero el reloj le advirtió que ya faltaba poco para la una y pronto empezarían a llegar los demás habitantes: una señora con sus dos hijas de uniforme de colegio, un señor de terno que parecía que entraba rápido para almorzar, una enfermera lista para tomar su siesta porque trabajaba de noche, ...

Se metieron en la pastelería no había ningún cliente, a esas horas la mayoría buscaba el almuerzo, La dueña del local permanecía detrás del mostrador mirando la telenovela de la tarde.

–No tiene lógica, esperaba encontrar alguna prueba en la habitación –dijo Fabricio frustrado –quizás en tus pinturas encuentres algo.

–No creo –respondió Leonardo–, esa habitación no tenía la personalidad del fantasma, no encontré ningún objeto significativo y la poca ropa que había era casi nueva… es como si estuviera de paso.

–¡Eso es! el fantasma está de paso, esa habitación no es importante

pronto se irá a otro vecindario.

–Creo que ya es momento de advertirle a Cecilia.

Fabricio estaba furioso, podía acabar con el fantasma, quería hacerlo, sus puños se cerraban con fuerza, movía la cabeza negando, primero debía demostrar quién era él, sus padres y las familias de las otras chicas merecían saber la verdad.

En la pared habían dibujado un corazón con grafiti, la puerta de madera brillaba porque estaba recién pintada de barniz, tocaron el timbre y un chiquillo los atendió, preguntaron por Cecilia, quince minutos después ella aparecía aun con ropa de trabajo, los miró con desconfianza, Fabricio le dijo su nombre alcanzándole su documento de identidad, le pidió hablar en privado, ella aun los miraba con suspicacia. Fabricio sacó una foto del fantasma e insistió: –Es importante que hablemos sobre este sujeto.

Cecilia los invitó a pasar a un pequeño comedor desde el cual se podía ver la sala y escuchar el ruido de la tele. Su madre, su abuela y dos pequeños niños estaban sentados en el sofá, el programa debía ser cómico porque sus risas no dejaban de escucharse.

– ¿Has escuchado sobre el caso de Caroline? –preguntó Leonardo mirándola a los ojos.

–Sí, he visto el reportaje, que pena…

–Fue él –interrumpió Leonardo mostrándole la foto del fantasma junto a Caroline.

Cecilia miraba la foto perpleja, su boca se abrió y sus ojos se pusieron más redondos. Los miró de nuevo esperando que dijeran algo más.

–En realidad –dijo Fabricio– él es un asesino en serie, mi hermana fue otra de sus víctimas.

Cecilia seguía sin responder, pero su cara de miedo respondió por ella, tal vez porque empezaba a entender de qué trataba aquella visita inesperada.

–Creemos que él se fijó en ti como su próxima víctima –dijo Leonardo despacio.

–No. No es… posible… –dijo Cecilia balbuceando– esto no está pasando, ¿Por qué alguien quería lastimarme a mí? ¿Yo que le hice?

–Solo te has cruzado en su camino –respondió Leonardo haciendo una

mueca en la boca que se convertía en una sonrisa torcida.

–Miras las noticias… sabes de estas personas… pero…pero… no te imaginas que puedan acercarse a ti– dijo Cecilia consternada. Colocó sus codos sobre la mesa y apoyó su frente sobre sus manos por unos minutos guardó silencio.

"Ahora ya siente la magnitud del peligro", pensó Leonardo. Se distrajeron escuchando los gritos de los niños, ellos discutían sobre qué equipo debían apoyar, un pequeño decía con voz potente, "equipo azul" y el otro decía, "no, equipo rojo". Fabricio esbozo una sonrisa, extrañaba los problemas tan simples y cotidianos.

– ¿Por qué no está en la cárcel? –pregunto Cecilia atrayendo la atención de ambos, su frente estaba bien roja.

–Porque no hay suficiente evidencia –respondió Fabricio con amargura.

Cecilia los miró levantando la cabeza, como si aún esperara que alguno de ellos le dijera que todo era una broma pesada, pero nada de eso pasó los rostros de ambos se mantuvieron implacables y llenos de seriedad. El miedo la invadía y se notaba en sus ojos y en su respiración acelerada.

–Tal vez –dijo Leonardo con sutileza– lo mejor será que no vayas a trabajar por algunos días.

Cecilia asintió con la cabeza varias veces.

–Entenderás que el fantasma es una persona peligrosa, por ello es importante que no cuentes ningún detalle acerca de nuestra conversación, porque si él se entera que está siendo investigado puede actuar de forma peligrosa –dijo Fabricio con calma.

Ella volvió a asentir con la cabeza, estaba muy asustada pensando en el fantasma.

–Nos gustaría que nos respondieras algunas preguntas –dijo Fabricio.

–Está bien –respondió Cecilia.

– ¿Cómo se conocieron?

–Lo conocí en el paradero que está cerca de mi trabajo, yo no suelo hablar con desconocidos pero él era alguien que veía casi todos los días. Cuando salía del trabajo, lo encontraba sentado en la banca del paradero. Pensé que trabajaba por ahí cerca porque vestía terno. Una tarde me saludó y

desde entonces nos hablamos –respondió ella recuperando la calma

– ¿De qué hablaban? –preguntó Leonardo.

–La primera vez hablamos sobre las noticias, ese día hubo un accidente y en consecuencia no había buses. Después estuvimos hablando sobre nuestros trabajos, él me decía sobre lo difícil que es satisfacer los gustos de los clientes.

– ¿Se veían todos los días? –preguntó Fabricio.

–Al principio si, después no porque estaba sobrecargado de su trabajo y salía más tarde, últimamente nos veíamos una vez por semana.

Capítulo 17

Muy temprano, al iniciar el día ellos siguieron los pasos del fantasma, Leonardo rastreaba su energía en todos los lugares que visitaba. Fabricio vigilaba muy de cerca el paradero donde el fantasma se encontraba con Cecilia, llegó puntual y no mostró ni una mueca de asombro ante el hecho de que "su amiga" no apareciera, se mantuvo impasible los 43 minutos que estuvo esperándola, luego caminó con pasos lentos al supermercado y salió con un par de bolsas llenas. "Toda acción tiene una reacción", pensó Fabricio desconcertado. Al llegar a casa Leonardo se sintió con ganas de pintar, su lienzo en blanco lo esperaba al lado de la ventana y sobraban mesclas de pinturas que ya había utilizado un día antes. Quería pintar un nuevo cuadro del fantasma que revelará sus intenciones, en lugar de ello obtuvo un cuadro con Cecilia como protagonista, ella estaba sentada en su cubículo y tenía los ojos rojos a su lado una compañera de trabajo la consolaba. Fastidiado dejó la pintura a un costado y pintó varios lienzos, pintó hasta que sus dedos hormigueaban del cansancio. En los nuevos cuadros solo aparecía el fantasma en la calle, en el paradero, en la oficina y en el supermercado. Si lo hubiera investigado sin saber que había hecho tal vez hubiera desistido, el fantasma daba la impresión de ser alguien común.

–Sabemos que el fantasma es una persona rígida que actúa según pautas establecidas –dijo Fabricio molesto.

Leonardo asentía y bebía un poco de cerveza.

–Es lógico asumir que al retirar a la próxima víctima de su alcance él debería estar iracundo –continuó Fabricio.

–Claro por la frustración de sus planes –dijo Leonardo pensativo.

–Exacto, nosotros hemos hecho que su rutina cambie y esperaba una reacción precipitada de parte del fantasma, sin embargo estoy empezando a tener mis dudas.

–Yo también, creo que el fantasma sabe que lo seguimos

– ¿Por qué lo dices? –preguntó Fabricio intrigado.

–Es solo una percepción –respondió Leonardo vaciando el vaso de cerveza.

–No –dijo Fabricio tajante– en esta circunstancia es probable que existan variables ocultas.

Faltaban tres días para la fecha límite, Leonardo cada vez más impaciente paseaba muy seguido por el domicilio del fantasma y lo pintaba en cuadros parecidos a los anteriores. Estaba empezando a sentirse confuso, sus largas trasnochadas se evidenciaban en sus ojeras cada vez más marcadas, no sentía hambre y se obligaba a tragar un sándwich de atún, necesitaba recuperar fuerzas y anheló a su amiga especial, aquella que siempre llegaba con una sonrisa que le ensanchaba el rostro.

La oscuridad estaba empezando a expandirse en el cielo, Leonardo miraba inquieto hacia la calle, Verónica había indicado que llegaría en el inicio del anochecer, él tenía una botella de vino sobre la mesa y a Vivaldi en el equipo, Verónica llego retrasada una hora, entró al departamento y a modo de saludo se dieron un abrazo y un beso que prometía una noche de diversión, ella estaba usando un provocativo vestido floreado y traía el cabello amarado en una cola alta, Leonardo le aumento la presión al abrazo, ella le puso una mano en el pecho deteniéndolo, Leonardo sirvió las copas de vino.

– ¿Por qué brindamos? –preguntó ella.

Leonardo se encogió de hombros. Ella alzó su copa y dijo: –Por los amigos especiales.

El calor se fue filtrando entre sus cuerpos, la cama estaba lista, se entretuvieron jugando con las manos, las manos de Leonardo iban desde el pecho de Verónica hasta sus caderas y las manos de ella cubrían su espalda y sus labios se apoderaron de su cuello. La cama terminó, una vez más, con las sabanas en los suelos.

Leonardo miraba hacia el techo, el calor se había apoderado de la habitación provocando bochorno, pensaba abrir la ventana para que entrara un poco de aire pero Verónica se adelantó, ella envuelta en una sábana abrió la ventana dejando la cortina cerrada. Desvió su mirada hacia los cuadros, las pinturas que estaban a la vista eran los retratos de Julia y Fernanda, ella las contempló por unos minutos.

–Es gracioso –dijo ella.

– ¿Qué? –preguntó Leonardo.

–El prototipo de las modelos que eliges pintar, a simple vista ellas no se parecen mucho, pero ambas tienen la misma sonrisa falsa en su rostro.

Leonardo se levantó de la cama y se acercó, aún desnudo, a mirar los

cuadros.

– ¿Sonrisas falsas? –preguntó sorprendido.

–Sí, sonrisas falsas –dijo ella mirándolo con interés–, una sonrisa falsa se reconoce en los ojos, ellas disimulan sonreír.

– ¿En los ojos?

–Sí, una sonrisa verdadera provoca que el contorno de los ojos se arquee más por el medio.

Leonardo las contempló por un instante, "era un detalle que había ignorado", pensó.

–Ambas tienen sonrisas muy lindas, pero puedo afirmar que están tristes porque se ocultan detrás de una sonrisa falsa.

– ¿Qué opinas de ella? –preguntó Leonardo levantando el cuadro de Cecilia.

–Ella es dueña de la situación, mira sus manos, sus ojos, ella es la que está hablando.

–¿Ellas te parecen frágiles?

–Las dos primeras sí, de la última tengo mis dudas.

–Pero está llorando.

–Esa es la razón por la que tengo dudas, las dos primeras ocultan su tristeza y eso las hace más vulnerables, mientras la última pide ayuda, ella se desahoga.

– ¿En qué estás pensando? –pregunto Verónica mirándolo a los ojos.

–Creo que mi proyecto tiene puntos débiles –respondió Leonardo con los dientes apretados esbozando una débil sonrisa.

El fantasma, no, Geraldo, no, Rodolfo, trabajaba por horas en un pequeño estudio de arquitectos, la oficina de recepción era amplia, la secretaria estaba sentada en un escritorio pequeño de color blanco, acomodada cerca de la puerta de entrada, sobre su mesa había una pila de fólderes de diferentes colores. Leonardo se sentó en una de las sillas que estaban

puestas para los clientes.

– ¿Tiene alguna cita señor? –preguntó la secretaria mirándolo de pies a cabeza.

–Sí –respondió Leonardo– estoy esperando a Rodolfo Salazar.

–Aún no ha llegado –responde la secretaria.

–Llegara dentro de poco.

Sin decir nada más, Leonardo recostó su espalda en la silla pensando que pronto las cosas se saldrían de control.

"El fantasma debió llegar hace veinticinco minutos", pensó Leonardo y su impaciencia se hizo notoria porque no dejaba de moverse y revisar la hora en el celular cada cuatro minutos, provocando que la secretaria no le quite los ojos de encima. Desde afuera llega el ruido de unas pisadas, se acerca a la puerta y ahí estaba él, por unos segundos ninguno de los dos se mueve, Leonardo estira el brazo y lo saluda con un efusivo apretón de manos.

– ¡Buenos días Rodolfo! –dice Leonardo con una sonrisa forzada.

– ¿Nos conocemos? –pregunta el fantasma perplejo mirando su rostro.

–Sí, en la selva todos somos conocidos.

–Ah –dice el fantasma– hace tiempo que no voy hacia allá. Es extraño no tiene el acento.

–Igual que tú.

El fantasma lo mira con gravedad.

–Señor Rodolfo –interrumpe la secretaria– el arquitecto lo espera.

Rodolfo asiente y le dice a Leonardo: – ¿Me disculpa cinco minutos?

–Claro.

Rodolfo entró a la oficina llevando algunos papeles consigo. Leonardo respira hondo y camina presuroso hacia la calle, la cabeza le palpita y siente la invasión del enfado que se convierte en rabia e ira. Entró a prisa a su dormitorio. Se moja la cabeza, al lavarse la cara mira sus manos

enlodadas, empieza a lavarlas varias veces, el lodo no desaparece. Un pensamiento cruza por su cabeza “estoy perdiendo el control”.

Capítulo 18

Después del caso del hostal, Leonardo ayudó a resolver muchos casos similares. Hubiera seguido colaborando pero la situación se salió de control. No recuerda con precisión cuando empezó a sentirse mal, tal vez cuando las pesadillas se volvieron diarias. La situación empeoró hasta el punto en que se tiraba en la cama exhausto, cerraba los ojos y no lograba dormir. Rendido se levantaba y comenzaba a pintar. En aquellos días experimentó leves pérdidas de memoria y alucinaciones. Él las veía, las victimas entraban a su cuarto sin invitación, hablaban con él, a veces veía sangre, ya no podía distinguir la realidad de la ficción. Podía lidiar con los verdugos, pero no con las víctimas que lo miraban como si él fuera el verdugo. No recuerda con exactitud cuántos días estuvo en ese estado. Le contaron que una noche, un policía de civil lo encontró en el parque, arrancando los arbustos de la raíz, con sus manos llenas de heridas y lo escoltó hasta un centro de salud mental. Luego de ello, los familiares aparecieron y se encargaron de todos los trámites. Aún recuerda el centro de salud mental, durante las noches se escuchaban los gritos de otros que habían perdido la cordura igual que él, los doctores lo llenaban de pastillas que lo hacían sentir adormitado, poco a poco comenzó a ubicarse en el tiempo y en el espacio hasta recordar su propia historia. Cuando empezó a decir frases coherentes los doctores se asombraron, por la forma como había ingresado habían supuesto que su recuperación demoraría un poco más de tiempo.

Las luces de su habitación estaban prendidas, la sonata “Claro de luna” de Beethoven se escuchaba a alto volumen, quería silenciar la voz de Caroline que le reclamaban por sus manos sucias. Él trataba de ignorarla, estaba acalorado se quitó la ropa y se quedó en calzoncillos. Se concentró en pintar, ninguna escena le salía bien todas eran una mezcla de líneas y colores que al final se convertían en figuras abstractas. Estaba confundido, varios pensamientos cruzaban su cabeza y no podía seguir la ilación. Siguió pintando hasta que se quedó dormido sintiendo el sabor del vino quemándole la garganta.

Dos chicas caminaban cerca de él, escuchaba sus risas, era de noche y de repente las luces de la ciudad se apagaron, caminaron a tientas cogidos de la mano, se resbalaron estaban cayendo por un precipicio, ellas se aferraban a él, soltó sus manos, a pesar de la oscuridad pudo ver sus rostros, estaban aterradas.

Abrió los ojos, aún era de noche, en la radio Pavarotti entonaba “Vesti la Giubba”, Leonardo inconscientemente traducía la letra “Mientras soy preso del delirio, no sé más lo que digo ni lo que hago” cerró los ojos y la oscuridad se hizo absoluta.

Cuando despertó le pareció extraño encontrar sus paredes pintarrajeadas, no recordaba haberlo hecho, sus lienzos estaban todos llenos de garabatos. Un leve dolor de cabeza le quedaba como resaca. No entendía bien que ocurría pero se sentía tranquilo, un ruido lo sobresalto, miró alrededor buscando a su visita, ella se le acercó, reconoció su aroma antes de ver su rostro. Verónica tocó su frente, él se incorporó.

– ¿Qué haces aquí? –preguntó Leonardo extrañado.

–Ayer insistías mucho para verme –dijo Verónica–, al llegar encontré la puerta cerrada y la toqué tan fuerte que desperté a tus vecinos y cuando por fin me dejas entrar te veías como un zombi desnudo.

–No lo recuerdo.

–Estabas pálido y con fiebre. No podías conciliar el sueño y cada vez que cerrabas los ojos delirabas incoherencias.

Ella se sentó a su lado, le cogió la mano y apoyó su cabeza sobre su hombro. "La energía de ella debe haber bloqueado al del fantasma", pensó Leonardo agradecido sin soltarle la mano. Ella lo empezó a besar en el cuello, él se acercó a ella sus manos descansaban tranquilas sobre su espalda, sus ojos estaban cerrados cuando sintió sus manos melosas, al examinarlas las encontró llenas de barro y ella tenía manchas de lodo en su cabeza y en su ropa, espantado la empujó. "¿Qué hice?", se preguntó aterrorizado. Al volver la vista hacia sus manos las observó limpias otra vez y desde la cama Verónica lo miraba enfadada.

Leonardo guardó silencio, podía sentir la energía del fantasma corriendo dentro de él como un veneno.

–Esta es mi última visita, me voy de viaje mañana –dijo Verónica rompiendo el silencio.

– ¡Perfecto! –dijo Leonardo mostrándose entusiasta de la idea.

– ¿Ya no te gustan mis visitas? –preguntó ella molesta– ¿Por qué me has empujado?

–No es eso –respondió Leonardo perturbado–. Disculpa por el empujón no fue intencional.

–De acuerdo –dijo ella– sé que no fue intencional, algo te sobresalto. ¿Has visto un fantasma o qué?

Leonardo baja la mirada hacia el suelo. Ella se acerca y deja reposar su mano sobre su hombro, él quiso abrazarla con fuerza como siempre lo hacía, pero en cuanto la bordeo entre sus brazos no pudo dejar de pensar en lo frágil que era, su cuello podía romperse con un poco de fuerza, se asustó de sí mismo y la soltó presuroso.

–Es mejor que te vayas ahora –dijo Leonardo serio.

– ¿Qué ocurre? –preguntó ella.

Leonardo desvió su mirada hacia la ventana.

–Nada como siempre eres un misterio –dijo ella con su voz marcada de un leve enojo.

Leonardo se mantuvo en silencio incapaz de mirarla, no quería ver ninguna imagen más de las posibles maneras de hacerle daño y sobre todo no quería revivir la sensación de satisfacción cuando se lo imaginaba.

Después de que Verónica se fue, Leonardo empezó a pintar, necesitaba vaciar su mente, los garabatos en la pared aparecían una y otra vez, estaba por desistir cuando de repente consiguió trazar y pintar los rostros de dos chicas jóvenes, las reconoció al instante con un leve recuerdo de un precipicio.

Fabricio estaba en la búsqueda del tesoro, buscó debajo de la cama, debajo de la mesa, en el estante, detrás del televisor, ahí encontró su juguete favorito,

– ¡Gané! – exclamaba despertando a su abuelo que se había quedado dormido viendo las noticias.

– ¿Qué pasó Fabricio? no hagas bulla vas a despertar a tu hermanita, haber déjame ver que has encontrado.

–Aquí esta –orgulloso mostraba su carro de los bomberos.

–Ese no es.

–Pero estaba escondido

–Sí, también estaba escondido

– ¿Por qué?

–Para que no encuentres el verdadero tesoro

– ¿Cuál tesoro?

–No sé, sigue buscando– su abuelo elevó el volumen del televisor mientras se acomodaba en el sillón. Después de media hora Fabricio lo despertaba otra vez, la sala estaba un desastre, había movido todo de su lugar.

– ¿Qué has hecho? –preguntó el abuelo con mirada severa.

–No lo encuentro –respondió Fabricio decepcionado.

–Mira, lo escondí aquí –respondió el abuelo mientras se paraba y sacaba un casco de bombero de arriba del estante detrás de los libros–. Elegí un buen escondiste –Fabricio lo miraba molesto.

–Es muy alto, no puedo llegar allá.

–Dices que por ser pequeño debería esconderlo al alcance de tu mano, Fabricio no es así a veces para encontrar el verdadero tesoro debes ser más creativo, haber no te parece que esa silla te ayudaba a llegar

–Sí –respondió Fabricio en voz baja.

– ¿Qué? –preguntó el abuelo– no te escuche.

–Sí –respondió Fabricio gritando.

–Bien, ahora ordena todo el desorden antes que tus padres lleguen…

Si algo sabía hacer bien Fabricio era encontrar tesoros, el fantasma había escondido muy bien su tesoro, no estaba al alcance de su mano y él debía ser más creativo. Reflexionaba ¿Dónde podía estar la colección macabra? Si el fantasma se muda constantemente y no lleva las pruebas con él, entonces debe tener las pruebas en un lugar al que pueda ir sin complicaciones, un lugar que es suyo.

A las cinco de la tarde Fabricio llegaba al domicilio de Celestina, la calle estaba casi solitaria, una lluvia ligera mojaba las casas, a esa hora ella debía estar en la capilla rezando el rosario, Fabricio entró rápido por el callejón, Leonardo le había descrito tantas veces la casa que parecía que ya la conocía, todas las ventanas estaban cerradas y había una mezcla de olor entre lejía y aromatizante de limón que fastidiaba, "Leonardo no pudo percibir el verdadero secreto por que los olores lo mantuvieron

escondido”, pensó Fabricio.

Antes de ingresar a la sala, Fabricio frotaba sus zapatos contra un trapo no quería dejar huellas, subió las gradas y caminó por la segunda planta, descartó en seguida la habitación de Celestina, ella debía conocer cada objeto guardado en su cuarto y no consideraba posible que aquella viejita sea capaz de guardar una colección macabra. El baño era grande y desprendía un fuerte olor a lejía, pero no tenía ni un solo rincón que pudiera servir de escondite, ni siquiera se asomó a la que había sido la habitación del fantasma, daba por sentado que el fantasma no pondría nada en su habitación. La sala no podía ser un escondite porque era el ambiente más sobresaliente. Entró a la cocina que tenía una pequeña división para el cuarto de lavado, recordó que en una pintura el fantasma aparecía lavándose las manos en ese mismo cuarto del lavado. Se colocó los guantes de látex y empezó a buscar, la lavadora estaba llena de ropa y la canasta para la ropa sucia estaba vacía, al seguir hurgando solo encontró un arsenal de productos de limpieza. Permaneció en el área de la cocina, tiene que estar por aquí, se decía. Se quedó mirando, descartó los reposteros todos estaban al alcance de Celestina, le llamó la atención la refrigeradora, era antigua de una marca conocida, “ya no las hacen tan duraderas”, pensó y se le ocurrió buscar debajo de la refrigeradora donde estaba el motor, donde su gato solía esconderse, a simple vista se veía vacío pero cuando metió su mano lo encontró, un pequeño libro. “La bella durmiente” se leía en la portada debajo de una princesa que sonreía, al abrir la tapa, el contenido lo dejo petrificado.

Capítulo 19

Con el libro en una bolsa de tela salió rápido por el callejón, estaba dando los primeros pasos para alejarse de la casa y se encontró con Celestina.

–Usted es el amigo de Leonardo –dijo ella con voz ronca– mi hijo me advirtió de ustedes dos ¡dejen de seguirlo!

Fabricio sujeto con más fuerza la bolsa. Intentó seguir su camino, pero Celestina se paró frente a él.

– ¡No tiene nada que hacer aquí! –gritó ella con el ceño fruncido.

–Señora no es necesario que grité –respondió Fabricio tratando de mantener la calma mientras sentía su barbilla rígida.

–Encima tiene la desfachatez de responder –dijo Celestina fulminándolo con la mirada–. Llamaré a la policía.

–Llamé y confirmé que su hijo está vivo –respondió Fabricio con la mirada dura.

–Él no hizo nada malo– insistió Celestina.

Fabricio caminó sin rumbo fijo, se detuvo cuando vio la casa de Caroline y se sentó en el parque, estaba en estado de shock y así permaneció durante algunos minutos no se dio cuenta de la presencia de Leonardo que acababa de llegar.

– ¿Qué es tan urgente? –preguntó Leonardo interrumpiendo su ensimismamiento.

Fabricio se limitó a mostrarle el libro, en la primera página estaba el documento de identidad de Caroline, en la siguiente una foto de una chica tirada en el suelo acompañado de un mechón de cabello y debajo estaba escrito un nombre y un año, en la siguiente página otra foto... Fabricio cerró el libro de golpe. Su postura era tiesa y su mentón temblaba. Leonardo sintió una rabia intensa al ver las fotos, en total fueron cinco víctimas, pensó, Caroline, Yohana, Julia, Daniela y Fernanda. Los rostros que pintó en la pared, aquella mañana, pertenecían a Yohana y a Daniela.

A Fabricio la tenebrosa colección lo había dejado asqueado solo pensaba en que pronto estaría disparando en el club del tiro. Leonardo estaba ofuscado su cabeza no dejaba de palpitar. Llegaron a la comisaria en el primer taxi que encontraron, el personal de limpieza juntaba las bolsas de

basura, ellos se dirigieron de frente al despacho del coronel Hinostroza, el suboficial que estaba en la entrada les impidió su paso.

–Es una denuncia –dijo Leonardo.

–Espere –dijo el suboficial mientras cogía el teléfono para comunicarse con el coronel Hinostroza.

–Es urgente –insistió Fabricio– tenemos pruebas.

A Leonardo le fastidiaba el calor, sentía que su malestar se acentuaba, trato de apaciguarlo tomando dos aspirinas. Esperaban impacientes, al parecer Hinostroza estaba en una reunión que, según el suboficial, ya debería haber terminado. Diez minutos más tarde el coronel los recibía en su despacho. Era la primera vez que Leonardo veía las persianas abiertas dejando filtrar la luz a los demás ambientes. Fabricio colocó lo que parecía el cuento de la bella durmiente sobre la mesa.

– ¿Qué es esto? –preguntó el coronel Hinostroza

–Ábralo –exigió Fabricio– son las pruebas.

–No olvide los guantes de látex –recomendó Leonardo que estaba empezando a sentirse medio adormitado, "las pastillas estaban haciendo efecto", pensó.

La media sonrisa de Hinostroza se borró al ver las hojas del libro, estaba estupefacto.

–Lo aseguramos desde un inicio: él es el asesino.

–Sin pruebas no había caso –atinó a decir Hinostroza, con el tono de voz más bajo de lo usual.

Los hicieron pasar a otra oficina más amplia con paredes celestes, tenía varios estantes llenos de empastados y una mesa rectangular larga. Fueron atendidos por un oficial alto y joven, él les explicó que abrirían el expediente contra Geraldo, ellos brindaron su declaración y firmaron algunos papeles en su condición de denunciantes. Leonardo agradeció el hecho de que el trámite solo los ocupara una hora y veintidós minutos.

–Lo conseguimos –dijo Fabricio emocionado.

–Sí –respondió Leonardo sintiéndose de repente agotado.

–El maldito hijo de puta pagará por todo.

–Estoy exhausto –dijo Leonardo a modo de despedida.

–Pasado mañana haremos una pequeña reunión en honor al primer año del fallecimiento de mi hermana estás invitado.

Al llegar a casa Leonardo exhausto se estiró en la cama, otra vez su cabeza palpitaba, no le extrañaba, había estado demasiado tiempo muy cerca de la evidencia del fantasma, estaba seguro que sin querer había vuelto a absorber aquella energía destructiva. Cerca de su cabecera estaban sus pastillas para dormir, tomó dos y se quedó dormido.

Caminaba por la avenida en silencio, el único ruido que se escuchaba era el silbido de los autos que avanzaban despacio como si estuvieran en medio de una procesión.

–Huele a muerte –dijo una joven.

Él sobresaltado se volteó a mirarla, era morena, menuda, llevaba el cabello suelto y tenía una voz dulce, no pudo ver su rostro porque su cabello lo tapaba.

–Huele a perro o a gato muerto –repitió ella, mirando hacia el parque.

A las ocho de la mañana el ruido de la puerta lo despertó, al abrirla encontró a Fabricio con una postura rígida y la mandíbula apretada.

– ¿Qué ocurre? –preguntó Leonardo temiendo la respuesta.

–El fantasma ha desaparecido –anunció Fabricio consternado.

Leonardo sintió un ligero temblor dentro de él, no había comentado nada acerca de sus nuevos hallazgos ni de sus dudas porque había asumido que el peligro ya había pasado, había cometido un error.

–Ayer cuando salía de la casa de Celestina, ella me dio a entender que el fantasma sabía que nosotros lo seguíamos –dijo Fabricio perplejo.

Aquello atrajo la atención de Leonardo, miró hacia sus cuadros los rostros

del fantasma parecían burlarse de ellos.

–Si el fantasma sabía que lo seguíamos, entonces es posible que nos haya engañado –continuó Fabricio.

–Está claro que nos ha engañado –dijo Leonardo resignado. Se sentó a la mesa, sirvió dos vasos de agua y con gestos indicó a Fabricio que se sentará.

–Nos hizo creer que habíamos descubierto a su próxima víctima –añadió Leonardo.

Fabricio dejó el vaso de agua a un lado y se puso de pie, sus cejas se elevaron.

– ¿Cómo estas tan seguro?

–No lo comenté porque pensé que el fantasma pronto estaría detrás de las rejas, ayer cerca del mediodía estreche su mano para ver que había dentro de él. Su energía me contaminó, puedo sentir su sed por matar, está emocionado –dijo Leonardo recordando su satisfacción cuando la idea de lastimar a Verónica se le cruzó por la cabeza.

– ¿Ya has podido dibujar el verdadero rostro de la próxima víctima? –preguntó Fabricio.

–La escuchó en mis sueños, aún no consigo divisar su rostro –respondió Leonardo mirando hacia el suelo.

– ¡Bien! todavía podemos hacer algo para ayudarla. Mañana se cumple la fecha límite, es probable que esa chica aún este a salvo. Todavía tenemos tiempo para advertirle.

Leonardo respiró profundo, el rostro de ella debía estar en algún lugar de su mente, él debía hurgar más en la energía del fantasma aunque aquello ponía en peligro su propia estabilidad mental. “Mi don, mi maldición”, se dijo.

Se enfocó en pintar, una y otra vez dibujó trazos inútiles que se convirtieron en varias figuras abstractas de colores oscuros. Para mantenerse calmado mientras pintaba, tomaba pequeños sorbos de una botella de vino. Después de pasar todas las horas de la mañana centrándose en la energía del fantasma se sintió laxado y se acomodó para tomar una pequeña siesta.

Estaba en la piscina, había pocos visitantes, el chico de la tienda lo irritaba porque cada diez minutos hablaba casi gritando por el celular, tres niños jugaban con una pelota en la parte menos honda, él hacia largos de un extremo a otro. Estaba pensando en retirarse cuando de repente ella llegó, su expresión era sería, tenía el cuerpo esbelto, moreno y menudo. Ella entró a la piscina de un salto y nadó cerca de los niños. La vio ponerse el vestido encima de su traje de baño aún mojado, era la señal para alistarse, ella salió de la piscina caminando rápido como si estuviera apurada, él la siguió, ella bebió un jugo de fresa en el mercadito. Su rostro era redondo, cabello largo y ondulado, nariz un poco quebrada, labios gruesos y ojos pardos.

Fabricio caminaba de un lado a otro, esperaba ansioso a que Leonardo terminará de pintar, hace poco había llamado a la policía el fantasma seguía sin aparecer, "es probable que esté planeando su siguiente ataque", pensaba furioso.

–Es ella a quien busca el fantasma –dijo Leonardo atrayendo la atención de Fabricio. Había conseguido retratarla tal como la recordaba.

Fabricio la miró por un largo rato, pensando en donde podía estar, ¿Cómo ponerla a salvo? No podían permitir que el maldito hijo de puta…

Atento Leonardo también miraba el cuadro, de repente le pareció que ya había pintado antes aquellos rasgos.

–La hemos visto antes –dijo con voz baja.

– ¿Qué? –preguntó Fabricio sin entender.

– ¡La hemos visto! –repitió Leonardo mientras movía los cuadros hasta encontrar la pintura que buscaba.

Fabricio miró la pintura, era el cuadro en el que aparecía Cecilia llorando junto a una compañera de trabajo que la consolaba.

– ¡Es la amiga de Cecilia! –dijo Leonardo perplejo.

No había tiempo, necesitaban el nombre de la joven, llamaron a Cecilia para preguntarle, la línea estaba fuera de servicio, cuando llamaron a la casa, respondió un familiar comentando que Cecilia se había ido por una urgencia de viaje hacia el interior, el familiar se mostró muy poco dispuesto a brindar información. Seguramente aterrada como estaba pensó que estaría más segura estando lejos. No había forma de contactarla, necesitaban el nombre de la joven, era urgente encontrarla y

ponerla a salvo.

–Ella también trabaja en la misma empresa que Cecilia –comentó Fabricio y entonces supo que debían hacer.

Capítulo 20

Fabricio caminaba cuesta arriba, se animó cuando diviso el letrero “SPV”, se acercó con pasos presurosos, al entrar a recepción se encontró con la misma recepcionista que tan amable les había tratado en la anterior visita.

–Buenas tardes –dijo Fabricio– ¿la señorita Paola Tintaya?

Después de algunos minutos, la joven practicante del área de recursos humanos se acercaba curiosa hacia Fabricio.

–Buenas tardes –saludó Fabricio.

–Buenas tardes –saludó ella.

–Señorita –dijo Fabricio– ¿me recuerda?

–Sí –respondió ella confusa.

–Bien, estoy aquí para solicitar su ayuda en un asunto urgente.

–Dígame.

–Hace poco se publicó en las noticias el hallazgo del cadáver de Caroline, ¿usted vio el reportaje?

–Sí.

–Ayer mi amigo y yo presentamos una denuncia contra el autor de ese crimen, hemos estado investigando ya buen tiempo El asesino está prófugo por el momento y consideramos que la vida de una joven que trabaja en esta empresa puede estar en peligro.

– ¡¿Qué?! –dijo ella asustada.

–Entiendo que este asunto le provoque miedo, pero ahora mismo es urgente encontrar a la trabajadora, esta es su imagen –dijo Fabricio mostrando una foto del ultimo dibujo de Leonardo –agradecería si puede brindarme su nombre.

–Yo no la conozco, de repente si preguntó a mi supervisor…

–Por favor ayúdala no pierdas el tiempo con dudas, sabemos que esta señorita –dijo Fabricio apuntando hacia la imagen– se encuentra en serio peligro y necesitamos conocer su identidad hoy para ponerla a salvo,

¿sabe cuándo aparecerá la policía?

La muchacha volvió a quedarse en silencio pensativa.

–La policía aparecerá después de hacer todo su trámite burocrático, es decir pasado mañana y la vida de ella corre peligro hoy.

No fue necesario decir más, la muchacha estaba asustada, fueron a su oficina, ella accedió al sistema de recursos humanos y buscó a la joven. Su nombre era Canela Sarmiento, veinticuatro años, proveniente del interior, al ver su dirección Fabricio comprendió que todo el tiempo estuvieron más cerca de ella de lo que se imaginaban. El domicilio de Canela quedaba cerca al del fantasma.

–¿Dónde está? necesito hablar con ella –exigió Fabricio.

–Según el registro de asistencia hoy no vino a trabajar –respondió la joven nerviosa– después de revisar una vez más la computadora.

Fabricio cogió su celular y llamó al número de Canela, llamó varias veces, no hubo respuesta.

Leonardo esperaba en el asiento del paradero, *ahí era donde solía esperar a Cecilia, esa chica muy habladora, tan habladora que le contaba de todas sus anécdotas del día y de sus compañeros de trabajo y a él siempre le interesaba escuchar sobre una de sus compañeras en particular.* Leonardo sacudió la cabeza y se incorporó, otra vez la energía del fantasma le estaba aturdiendo.

Canela Sarmiento vivía en una casa de dos pisos cuyo portón principal era una puerta de acero. Fabricio presionó varias veces el timbre, nadie salió a atenderlos. Leonardo tocó la puerta con una piedra pequeña en mano que provocó eco al interior de la casa, si los ocupantes no habían escuchado el timbre, los ecos eran lo bastantes escandalosos para llamar la atención. Aun así nadie salió a abrirles la puerta, estaban perdiendo la paciencia, permanecieron otros veinte minutos más, hasta que se encontraron con el dueño de la casa que acababa de llegar y los miraba con cara de pocos amigos.

– ¿Canela Sarmiento? –preguntó Leonardo.

El dueño de la casa era un hombre de pocas palabras, usaba un polo blanco que le quedaba apretado y que tenía algunos agujeros por la parte de la espalda. No respondió a la pregunta, los hizo pasar y les señaló una

puerta del primer piso, tocaron varias veces sin obtener respuesta.

–A estas horas, la señorita debe estar en el trabajo –dijo el casero.

–Ella no está en el trabajo –respondió Fabricio– ¿sabe dónde más la podemos encontrar?

–No.

– ¿Está seguro? –preguntó Fabricio– tenemos que tratar con ella un asunto urgente.

–No sé dónde pueda estar, no estoy interesado en la vida de mis inquilinos.

–Es urgente encontrarla –dijo Leonardo preocupado.

– ¿Por qué no la llaman? –les dijo el dueño impaciente.

Fabricio volvió a llamar al celular de Canela, para su sorpresa escucharon que el celular timbraba desde adentro de la habitación.

– ¿Canela estará en su habitación? –preguntó Leonardo.

El dueño solo movió sus hombros y desvió su mirada hacia el patio.

–Debería abrirnos la puerta para asegúranos que ella está bien –dijo Leonardo.

–Invadiría la privacidad de mi inquilina –dijo el dueño con sus brazos cruzados.

–Es probable que no responda porque esta indispuesta quizás necesita ayuda médica, talvez debería llamar a los bomberos o a la policía– insistió Fabricio.

El dueño abrió la puerta, la habitación estaba vacía y el celular estaba sobre la cama.

–Es probable que Canela no vuelva a casa hoy –dijo Fabricio– necesitamos saber más acerca de ella.

Leonardo asintió, era hora de rastrear su energía, decidió caminar por las calles que bordeaban la casa. Él tenía la sensación de haber estado hace poco en aquel lugar, aunque estaba seguro que era la primera vez que pisaba aquellas calles escondidas, la cabeza le palpitaba, sin querer terminó llegando hasta una entrada pequeña que parecía un callejón cuyas paredes estaban adornadas de enredaderas, él conocía al detalle

aquel lugar porque más de una noche se había ocultado ahí para observar, de repente sintió un escalofrió, se estaba apropiando de un recuerdo del fantasma.

La habitación de Leonardo estaba más desordenada de lo usual y los garabatos de las paredes incentivaban una sensación de conflicto, desesperanza y violencia. Leonardo puso música clásica con volumen alto, debía encontrarla, esta vez tenía que presionarse, debía encontrar alguna imagen que les informara sobre el paradero de Canela, se concentró en las melodías, su técnica estaba mejorando, no plasmó ni un solo garabato, pintó un cuadro, la nueva escena lo dejo perplejo, ya no era necesario hacer más conjeturas acerca de Canela, en la nueva pintura: el fantasma le tapaba la boca y la jalaba.

– ¿Cómo es posible? ¿Qué hacemos? –preguntó Leonardo sintiéndose cansado, la situación lo abrumaba.

– ¿Y si todas nuestras acciones provocaron que él se sienta presionado y actuará antes de tiempo? ¿Es probable que ya la haya…? –dijo Fabricio pensando que a lo mejor había esperado demasiado, debió acabar él mismo con el fantasma.

–No –respondió Leonardo–, está claro que él es alguien inflexible que sigue pautas bien marcadas. No hará nada hasta que llegue el día señalado.

La negrura de la noche les recordaba que no debían perder el tiempo, llegaron a la comisaria después de las 8, se reunieron con Hinostroza, él les comentó en términos generales los avances en el caso. Durante la tarde habían allanado la casa de Celestina, la madre del fantasma se había mostrado histérica e insistió en que su hijo no era ningún criminal. La orden de arresto contra Rodolfo Salazar se difundiría en las noticias del día siguiente.

–Está claro que su trabajo es muy eficiente –dijo Leonardo molesto– ¿Cómo es posible que el fantasma haya podido huir?

El coronel Hinostroza respondía sin perder la calma

–Verán, la policía no puede estar haciendo caso a todas las denuncias que aparecen porque….

-Canela Sarmiento ha desaparecido hoy y sabemos que ese hijo de puta la tiene… ¿Qué hacemos? ¿Esperamos a que aparezca muerta para que sea otra víctima más? –interrumpió Fabricio molesto tirando los retratos de las

otras víctimas sobre el escritorio.

Después de algunos minutos de silencio el coronel respondió:

–Bien, con respecto a la chica no formalizare ninguna denuncia pero para mañana organizaremos una emboscada –dijo el coronel mientras acomodaba los retratos en su escritorio.

Leonardo miraba los retratos y recordaba la expresión de las chicas antes de caer, "no hay nada mejor que morir volando", pensó y al instante se arrepintió era otro pensamiento del fantasma que se colaba en su cabeza.

–Yo me comprometo que junto a mi equipo daremos todo de nuestra parte para que este animal pagué sus deudas con la sociedad. Mañana es un día importante, la vida de una inocente corre peligro, por lo mencionado queda prohibido que alguno de ustedes se acerque al terreno –dijo el coronel Hinostroza con la voz más alta de lo habitual mirando a Fabricio por algunos segundos para luego desviar su mirada y enfocarse en Leonardo.

Capítulo 21

Caminaba despacio, bordeando un precipicio, miraba hacia abajo y sonreía. Escuchaba irritado el cacareo de la gallina, no le dejaba pensar con claridad, la cogió con cuidado y la calmó con un par de caricias, volvió a mirar hacia abajo, levantó a la gallina con ambas manos impidiendo que moviera las alas, un viento suave le movió los cabellos, y eliminó la calma de la gallina que empezaba a cacarear con más fuerza, la soltó sin compasión, escuchó el ruido de sus alas abatiéndolas a prisa y vio como caía al suelo en cuestión de segundos, bajó la cuesta calmado, ya solo se escucha el susurro del viento en los árboles, la gallina estaba con el cuello doblado y con sus plumas llenas de tierra.

Leonardo despierta exaltado, son las seis de la mañana, se lava la cara mientras intenta poner en orden sus pensamientos, se moja la cabeza, el frío le ayuda a reactivar sus sentidos, nervioso coge un papel y un lápiz, hace algunos trazos rápidos y al terminar se queda pasmado mirando el papel. "Cambio de planes", se dice y sale presuroso de su habitación con una sola idea en la cabeza: ir hacia la casona.

Fabricio está en su habitación, tendido sobre la cama, "falta poco para que el hijo de la gran puta sea cagado", se decía justo cuando su celular sonó.

–¡Tenemos que ir al castillo! –espetó Leonardo.

– ¿Qué pasa con la casona? Recuerda la policía ya está vigilando el puente y el mirador –dijo Fabricio tratando de apaciguar a Leonardo.

–Lo vi, hay un precipicio, la hará volar desde ahí –responde Leonardo nervioso, la imagen de la gallina con el cuello torcido sigue en su mente.

–¿Precipicio? ¿dónde?

–A la espalda de la casona.

A esas horas de la mañana el bosque se veía brillante, una ligera garua tempranera había limpiado las hojas de los árboles. Leonardo ha llegado al bosque por el lado opuesto hacia el mirador, desde ahí no se puede divisar la ciudad.

Fabricio está más cerca de la casona, en una de sus tantas subidas al puente había divisado un camino más corto, está lleno de maleza y él tiene que caminar mirando al suelo para no tropezarse. Intentó comunicarse más de una vez con Hinostroza, no lo consiguió, todas sus

llamadas fueron desviadas al buzón de voz. Asume que no hay conectividad por la zona. Avanza presuroso cuidando su respiración para no agitarse antes de tiempo, su pistola ya está en la mano lista para ser utilizada.

Ellas aparecen de una en una y vuelan antes de desplomarse en el suelo, Leonardo trata de recordar el precipicio, le resulta difícil reconocer el camino, tropieza con una roca y cae. Las rodillas le duelen y sus brazos tienen pequeños raspones. Se levanta y se acerca a un árbol para apoyarse y ahí cerca la encuentra. Canela está en el piso con el cuello roto, sus mejillas aún están rosadas y sus ojos siguen abiertos con cierto brillo. Cierra los ojos por unos segundos y los vuelve a abrir, sus ojos siguen abiertos y sus mejillas son rosadas "No está muerta", se dice, "no está muerta", se repite, ya no está ahí. "Aún puedo salvarla", concluye y mueve los pies dejando que estos le guíen.

–¡AUXILIOOO…! ¡AYUDAAA…!

Alza la mirada, ellos ya habían llegado al precipicio, Canela forcejeaba tratando de liberarse, el fantasma la jala hacia el borde, ella intentaba pegarse más al lado contrario. Leonardo corre, sus brazos los tiene levantados para protegerse de las ramas de los arbustos.

–¡QUIETO! –gritó Fabricio apuntando con una pistola a unos dos metros del fantasma– quieto o te mato.

El fantasma lo mira sorprendido, una pequeña mueca se dibuja en su rostro por algunos segundos. Sujeta con más fuerza a Canela, un brazo bordea su cuello, el otro su cintura, está delante de él.

–Si te acercas la dejo caer –advierte sin mostrarse alterado. Retrocede arrastrando a Canela consigo.

–¿Por qué lo haces? –preguntó Fabricio tratando de entretenerlo, esperaba que la policía pudiera acercarse a ellos a tiempo.

No obtuvo respuesta, algunas piedritas caían por el precipicio.

–¿Por qué Caroline? –volvió a preguntar Fabricio, había dado en la llaga, el fantasma se detuvo.

–No estoy seguro ¿por qué lo hice? Ella lo quería, nunca lo dijo pero lo demostró, pues no dejaba de estar triste, hacia cosas estúpidas como fingir no conocerme, andaba desorientada, ella quería que yo la matará, así ella quedaba como la inocente y yo como el verdugo despreciable, nadie ve la realidad, ella me manipuló desde que se me acercó y yo no voy a mentir ¡quería hacerlo! ¡Quería acabar con ella! … dejé que ella nos

guiara en su estúpido juego.

El fantasma continúa retrocediendo sin dejar de observar a Fabricio, grave error descuidar la retaguardia, Leonardo lo empuja por atrás. El fantasma se aferra más a Canela, Leonardo le avienta un puñetazo en la mejilla izquierda, Canela forcejea liberándose del brazo que la aprisionaba y empieza a correr por el lado que llegó Leonardo, el fantasma trata en vano de agarrarla de nuevo, Leonardo sigue aventándole más golpes, el fantasma le responde con un puntapié y un golpe en la cabeza, Fabricio dispara al aire, por fin se queda quieto.

–Mira que Canela esté bien –ordena Fabricio. Leonardo asintió, quería alejarse del fantasma le daba asco mirar dentro de él.

Encontró a Canela unos pasos más allá, sus ojos estaban rojos, una de sus zapatillas se había perdido en el forcejeo dificultando su movimiento, él le ofreció su hombro como apoyo, ella temblaba, caminaron despacio. Apenas habían pasado tres minutos cuando el ruido de un disparo los sobresalto. Leonardo corrió hacia el precipicio, no era el único que corría miró a los costados y al fin vio a los oficiales.

–Intentó agredir a Canela –dijo Fabricio.

–Canela ya estaba a salvo –refuto el coronel Hinostroza con la frente fruncida.

Fabricio se quedó en silencio, el coronel Hinostroza le pidió el arma.

Leonardo podía afirmar que ya no escuchaba los pensamientos del fantasma, "la sangre es escandalosa" pensó. El fantasma estaba estirado sobre el piso, su ropa se veía marrón igual que su pelo por todo el polvo que estaba encima de él. Su frialdad había desaparecido, en su lugar una expresión de dolor lo humanizaba, él se retorcía de dolor, tocándose su pierna.

–La bala está adentro –dijo el coronel Hinostroza luego de observarlo.

Poco después se habló en los noticieros de la gran hazaña de la policía, se difundió la historia de las víctimas, las familias se conocieron y se consolaron entre ellos, meses más tarde los periódicos informaban en una pequeña nota que el temible fantasma había muerto dentro del penal, cuatro balas le dejaron el pecho como un cernidor, nunca se pudo

identificar quien le hizo el favor. Poco después Fabricio regresó a Brasil a seguir ejerciendo de profesor.